ÁNGELES EN LA BASURA

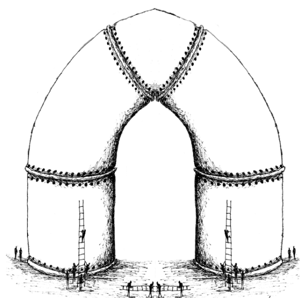
MAXIMILIANO ÁLVAREZ

a
astromulo



Ángeles en la basura

Maximiliano Álvarez





Colección Curva pronunciada / **4**

Edición
Astromulo
Colección Curva pronunciada /4
abril 2021
astromulo@gmail.com
astromulo.blogspot.com
Fb: Astromulo
Ig: @astromulo2005
Por contacto con el autor:
aldomax2@hotmail.com
Ilustración de solapa: Lalo
Astromulo integra el colectivo de editoriales Sancocho



I
EDIFICIO BOLA DE CRISTAL

Agosto de 2006

GORE

Subo y subo escalones de una escalera caracol muy empinada. No es tan estrecha como la de un faro, pero lo suficiente como para tener que subir en fila india. No sé cuántos somos, aunque por el murmullo que siento al subir, al menos cinco voces reverberan por toda la construcción que, dicho sea de paso, requiere de una aceptable condición física para no llegar a la cima en cuatro patas y respirando como una hiena.

Adelante va un hombre. Lleva pantalón azul, remera blanca y botas negras, como un aspirante a policía aunque sé que no lo es: es que no estamos en Uruguay y hace un calor pesado como en la calma chicha previa al huracán.

Los últimos escalones los subimos con dificultad, pero con ánimo, porque se ve un claro al final. Al penetrar en la luz, nos encontramos en una azotea desde la que se ve gran parte de una ciudad colorida, caribeña. Cuento cerca de diez personas uniformadas y yo, que también voy uniformado. «¿Qué mierda pasa? ¿Qué hago acá?», pienso.

Tengo colgada una cámara Concord de los noventa como las que se usaban en cumpleaños infantiles, totalmente inapropiada para la situación. El botón para sacar fotos era enorme.

Un uniformado dice: «¡Dale, saca fotos!». Empiezo. Le saco al cielo, a la ciudad, que reconozco como Santiago de Cuba, a los uniformados parados en la azotea y a los huesos que estaban desparramados por el piso hormigonado de tonos grisáceos y con huellas de patas de gatitos.

La imagen no me impresionó. Parecía estar acostumbrado a ver ese tipo de escena, como los



de *CSI*, *Criminal Minds* o el fotógrafo forense de Maldonado amigo de mi hermano Johnatan. A ese mierda le encantaba hablar de las famosas fotos que le sacó a una mujer muerta dentro de un contenedor. Siempre decía: «¡Soy un fotógrafo forense!».

En la azotea la escena era oscura. Había un esqueleto partido en dos simétricamente, excepto el cráneo que parecía mirar hacia el mar. Cerca de los huesos había una silla y una escopeta. Me dirijo a uno de los uniformados que estaba parado con las piernas bien separadas y los brazos en jarra:

—¿Qué pasó?

—Bueno..., es el esqueleto de una mujer que se suicidó hace... —pasa el índice sobre un hueso y lo huele— catorce semanas más o menos.

—¿Y recién ahora la encuentran?

—Y sí... estaba abandonada esta casa, pero hace dos semanas unas personas la ocuparon. Un día destrabaron la puerta que da a la azotea, subieron y encontraron esto. ¡BOOM! Huesos.

—¿Cómo sabés que se suicidó?

—Si habré visto eso, *asere*. Se suben a una silla, apoyan la escopeta en el suelo o en la base de la silla y se apuntan al coño. Atan una piola desde el pulgar del pie hasta el gatillo, tiran el pulgar hacia atrás, y se disparan.

—¿Eh? Pero no tiene sentido que el esqueleto quede partido en dos.

—Pues así queda, compañero. Es como se matan en Cuba, cuando pueden conseguir un rifle, claro. Se disparan en el coño, entonces la bala destruye los huesos que hay en su camino hasta que sale por la parte superior del cráneo. ¿Ves? —lo toma y mete el dedo en el agujerito por donde salió la bala.

—Pero eso es imposible.



—Bueno…, aquí lo ves, *asere*. ¡Saca fotos!

Saco fotos sin parar, pero lo absurdo del esqueleto partido en dos hace que todo empiece a fundirse lentamente en negro.

Despierto empapado de sudor y me abraza el sonido de un tema del *Afro-sambas* de Vinicius y Baden Powell que quedó reproduciéndose indefinidamente en el Winamp. En el suelo, al lado de la cama y abierto con la tapa hacia arriba, *Carne de Perro* de Pedro Juan Gutiérrez. Como para no tener un sueño *gore* caribeño.

Ese mismo día me encontré con mi amiga Patricia en el centro. Le conté sobre lo trastornado que me había dejado el sueño y ella me dijo que lo que soñé fue una expresión de mi machismo y de mi misoginia. Yo le dije que no era ni machista ni misógino y Patricia me respondió: «Todos los hombres tienen algún grado de machismo y misoginia a pesar de lo que se crean que son».



CONTENEDORES «COOL»

Hacía poco de mi renuncia a PROVAL: una transportadora de valores en la que contaba plata y luego la cargaba en los cajeros automáticos de Montevideo. Estuve dos años y medio ahí.

Al mes me llamó una tal Ángela para concertar una entrevista. Dos días después, a las nueve menos cuarto, estaba en un *Carlucho* rumbo al lugar: Zonamérica. Nunca había estado dentro de esas parcelas de sueño americano tangible, tajeado en Wisconsin, moldeado en Wyoming, empaquetado en Carolina del Sur y transportado en un Air Force X a la periferia de Montevideo. El césped cortado a la perfección, un autito que te llevaba a cualquiera de los edificios, entre los cuales resaltaba uno con forma de bola de cristal con base y todo; otro que parecía aquellos helados que te dan en una canastita de waffle con tres bolas y unos barquillos, y muchos otros que eran más bien unos contenedores gigantes con un ligero *touch* que los hacía más *cool*.

El primer día llegué muchísimo antes de la hora, creo que ocho y cuarto. Tenía que hacer tiempo por al menos media hora para tratar de llegar cinco o diez minutos antes y quedar como un tipo prolijo. Mi viejo siempre decía: «llegar muy temprano a una entrevista es igual de malo que llegar tarde. Lo ideal son cinco o diez minutos antes, si tenés una buena idea del tiempo». Llegué a entender lo de «idea del tiempo» después de los veinticinco, cuando me di cuenta de que estimaba la hora con bastante exactitud. Simplemente sabía el ritmo del tiempo, como los antiguos habitantes de este planeta.



Al llegar a la entrada de Zonamérica, había un par de puestos como los del peaje y ahí esperaba un veterano con el bigote como Mostachón, el malo de *Sonic, el Erizo*, con un autito cuya única función era llevar gente a los pabellones como hacen en los grandes Resorts, en especial los caribeños que son los más titánicos y exagerados.

El autito me dejó en el lugar donde se erigía un enorme edificio con forma de bola de cristal, enteramente de vidrio. Me pareció de muy mal gusto. Golpeé. «Adelante», dijo una voz femenina que parecía sonar desde un baño. Pasé y me dirigí al escritorio donde estaba quien calculé era Ángela; sentada de piernas cruzadas y con el brazo derecho apoyado en la mesa de vidrio. Era una mujer de unos treinta y algo de años, baja estatura, cara regordeta y una sonrisa falsa como la que hace Ricky Gervais en *The Office*. Mi libido la ignoró por completo.

Me presenté y respondí las preguntas habituales: «¿Por qué te fuiste del último trabajo?» «¿Cómo te ves de acá a cinco años?» «¿Te gusta trabajar solo o en equipo?» Las respuestas las tenía tan claras como si me las hubiesen vendido el día antes. A través de las respuestas, relaté que me fui de PROVAL porque no había un buen ambiente de trabajo en equipo, cada uno hacía la suya y yo entonces necesitaba un cambio, un lugar donde poder trabajar en armonía con otras personas y que en cinco años me veía trabajando ahí si todo salía bien y había un buen equipo con quien trabajar y ¡claro que me gusta trabajar en equipo! ¡Equipo! ¡Equipo! ¡Muero por trabajar en equipo! ¡No puedo respirar sin un equipo!

A la salida del edificio bola de cristal me esperaba nuevamente el autito que me llevó a la salida. El chofer estaba en edad de jubilarse. Manejaba con solidez y concentración. Sin quitar la mirada de la



calle vacía, me preguntó: «¿Cómo le fue?». «Creo que bien», respondí. El viejo remató con un «Nos veremos de nuevo entonces. Aníbal, un gusto» y me estiró la mano derecha dejando la izquierda en el volante y el codo apoyado en la ventana. Le di la mano y me bajé. Tomé el COPSA para el barrio, volví a casa y me acosté de nuevo. A la semana siguiente me llamaron. ¡Contratado! Hice un movimiento con el brazo como si festejara un gol y, extrañamente, por una décima de segundo pensé que el viejo Aníbal era Satanás y estaba orquestando todo para llevarme a la desgracia. Es que hacía poco había vuelto a ver *El Abogado del Diablo* y a mi cerebro le cuesta abandonar las tramas.



MI NOMBRE
ES MARCELO AMADO

Primeros días en PEMARF (nunca supe a qué correspondía la sigla, si es que era una sigla), la empresa dentro del «edificio-bola-de-cristal». Entraba a las nueve y salía a las tres de la tarde. O sea, salía 7:45 de mi casa y retornaba antes de cuatro y media de la tarde. Vivía en Isla de Flores y Magallanes, así que tenía que caminar más de diez cuadras hasta la parada del Copsa o del *Carlucho.* Para esa caminata llevaba el mp3, que era de esos que no permitía elegir pistas ni discos, y arrancaba siempre con «Y control» y «Date with the night» de los Yeah Yeah Yeahs y un tema larguísimo del segundo disco de The Mars Volta con nada menos que Flea en el bajo. Durante las primeras semanas me motivaban mucho para encarar el laburo. Después me aburrí, los borré, y en su lugar puse el *Oktubre* entero en un solo track y lo escuchaba durante la caminata y casi todo el trayecto en el ómnibus.

Y así era todos los días. Un viaje en un ómnibus lleno de gente que bajaba en la Plaza Huelga General de la Curva de Maroñas, en el bar-almacén-verdulería *El Serrano* de Flor de Maroñas, en la Escuela de Policía, en los complejos habitacionales del terror del Chacarita de los Padres, en el repechito de Punta de Rieles, en el Batallón del Ejército, en la Estancia-Empresa-Chacra *Jacksonville*, y finalmente en Zonamérica: pequeño Estados Unidos. Si estaba el autito que me llevaba a Bola de cristal, me subía, si no, iba caminando y en diez minutos llegaba.

Después de recorrer el largo y curvado pasillo de vidrio estilo *Minority Report,* se abría una pesada



puerta blanca que daba a la oficina y que estaba dividida en dos sectores de cubículos blancos. Un sector era el de atención inmediata a incidentes recientes y el otro sector atendía los reclamos que estaban más avanzados, cerca de la indemnización (o no). Los reclamos correspondían a la pérdida de equipaje en el aeropuerto de Barajas, España.

Yo me sentaba en el cubículo asignado, me ponía unos auriculares *manos libres y* tenía delante un monitor y a la derecha un teléfono. Apenas me sentaba, tomaba el teléfono, discaba una clave y de inmediato me ponía disponible ante la primera llamada. De ahí en más, atendía gente furiosa por haber perdido su equipaje. Mi tarea era calmar a la persona, tomar notas de las características del equipaje, informarle que debía esperar unos días a que apareciera antes de comenzar el trámite de indemnización. Mientras tanto, se le pedía al furioso que guardara los recibos de las compras de necesidad básica ya que la empresa más adelante le iba a reintegrar parte del dinero. Por supuesto que estos beneficios no lograban calmar al furioso. Yo, después de tomar las notas correspondientes, colgaba y registraba en el sistema el asunto de la comunicación y los datos de la víctima del extravío. Al principio no dejaba de empatizar con cada una de esas personas que perdía parte de su vida en ese equipaje. A los tres días dejó de importarme todo.

Ángela, la supervisora, nos vigilaba, pero no con su mirada, sino con su computadora. Ella escuchaba las conversaciones y si algo estaba mal, enviaba un mail a todo el personal con la descripción de la situación, el diálogo transcrito, y marcando en rojo los errores del funcionario junto con agregados sobre lo que debería haber dicho en lugar de lo que dijo. O sea, una mandapreso de primera línea. Al principio, me la



fumé sin problemas. El lunes de la segunda semana viví la primera situación rancia. A eso de las 9:30, nos llegó a todos un mail de Ángela vía Outlook Express sobre una situación irregular que se había dado en una de las llamadas:

«Estimados/as:

A continuación les detallo algo que sucedió ayer a las 14:37 entre un cliente y el funcionario Marcelo Amado:

Marcelo Amado (MA) PEMARF: Buenas tardes. // `En España son las 19:37 y ya es de noche, por lo que debió decir «Buenas noches».`

Cliente (CL): Buenas noches. ¿De dónde eres?

MA: Señora. ¿En qué le puedo ayudar?

CL: No, me refiero a tu país de origen.

MA: De Uruguay, señora.

CL: ¡Ah! Pues que ahora estos tíos están abaratando costos. ¡Ni funcionarios españoles ya contratan, joder!

MA: ¿En qué le puedo ayudar, señora?

CL: ¡Es que han perdido mi maleta!

MA: Dígame cómo es su maleta, señora.

CL: Es una Samsonite marrón.

MA: ¿Cuántos cierres?

CL: Dos.

MA: Bien, señora. Dejo la comunicación registrada y en cuanto haya novedades nos comunicamos, ¿sí?

CL: ¿Y cómo saben a quién llamar? // `Tiene razón la cliente. No se le han tomado los datos personales.`

MA: Tiene razón, señora. Dígame su nombre y un teléfono de contacto. // `No le pide dirección.`

CL: Angustia Sellanes. (34) 91 5920021.

MA: Bien.

CL: Tengo que comprarme algunas cosas. ¿Ustedes me van a devolver el dinero que tengo que gastar?

MA: Sí, señora. Usted guarde todos los recibos y luego le reintegramos el dinero. // `No le dijo que no se`



reintegra todo lo gastado, sino que hay un límite de 30 Euros.
CL: Vale, vuelvo a llamarle si mañana sigo sin mi equipaje.
MA: No hay problema.
CL: Vale, adiós.
MA: Adiós.

Yo sabía que tarde o temprano me iba a tocar el escarnio de Ángela. Al leer ese correo, mi cuerpo se calentó y mi cara subió de temperatura. Seguro que desde fuera se me veía completamente rojo. No me iba a dar por vencido por un mero artificio psicológico de esa mujer servil a los millonarios que la contrataron.



EL BANCO DE SUPLENTES SIRVE PARA PENSAR

Entre Ángela y el resto del personal había un cargo intermedio: el Team Leader. Cuando fue presentado a todos los nuevos, le encontré cara conocida. ¡Pablo! Enseguida sonreí. Pablo y yo fuimos compañeros del baby fútbol. Jugamos juntos en la Asociación Deportivo Juvenil Club de Pesca Belvedere (más conocido como la «Asocia») durante unos cinco años.

Empecé a los seis años yendo a las primeras prácticas en el gimnasio del club que quedaba en Santa Lucía pasando Mariano Sagasta, poco antes de la vía del tren. Me gustaba ir. La práctica era en una cancha de fútbol sala pero toda hecha de hormigón. Aunque en ese momento no tenía un sentido de la estética muy desarrollado, recuerdo haber sentido un poco de desagrado por la combinación del equipo deportivo: buzo gris con una raya horizontal mostaza y otra azul, y pantalón gris con las mismas rayas pero verticales.

Me venía acoplando bien al equipo rumbo al campeonato de la Liga Atahualpa, hasta que me agarré una hepatitis que me dejó un mes y pico fuera de las canchas. Estaba en primero de escuela y no repetí porque mi maestra Elena se tomó el trabajo de ir a mi casa todos los días a enseñarme. Cuando volví de la hepatitis, ya estaba el equipo armado y bien entrenado, lo que me dejó como suplente. Alguien podría pensar: «Pero si eras bueno, te habrás ganado el puesto enseguida». Pues no. No sucedió. No que me ganara el puesto a pesar de ser bueno, sino que no era bueno. Entonces estuve cinco años de suplente



entrando siempre un ratito como delantero por el gordo Gustavo. Hice dos goles en cinco años.

Habitualmente el técnico de baby fútbol procura primero que todos jueguen y, a partir de esa premisa, emplear alguna táctica. Pero nuestro técnico era un conservador y un defensivo. Entonces, aunque teníamos nueve años, no cambiaba el equipo por nada: al arco Juampa, el único que siguió jugando profesionalmente hasta que se lesionó a los treinta y dejó el fútbol como el maestro Tabárez; Marcos, el hijo del técnico, titular indiscutido; Pedro y Joaquín en defensa; al medio, el negro Javier, Pablo el Team Leader y los mellizos Arismendi. Arriba solo el gordo Gustavo. Suplentes: Gonzalo y yo. Primero entraba Gonzalo por el negro Javier, y luego entraba yo por el gordo. Cuando Gonzalo se enfermaba, traían a un pendejito de una categoría inferior que usualmente entraba también por el negro Javier y después, como siempre, yo por el gordo. Si el que se enfermaba era el golero, llamaban a mi hermano Johnatan, dos años más chico que yo. El equipo levantaba cuando atajaba mi hermano porque tenía un estilo osado, iba bien de abajo y salía jugando como René Higuita o Jorge Campos. Esos días mi hermano jugaba con su categoría y después con los grandes. A veces a los mellizos Arismendi también les tocaba jugar dos partidos porque andaban volando. Solo que ellos jugaban con los más grandes, dirigidos por el negro Coco. A los Arismendi los llevaba el técnico en auto. Los iba a buscar a un cante en Nuevo París. Quedaba por Emancipación pasando la cancha del Iriarte y antes de la fábrica de hielo. Los iba a buscar y les prestaba championes. Lo que les tocó en talento con la pelota, no les tocó en lo material. Y yo, que comía cuatro veces por día, los envidiaba porque jugaban siempre de titular.



Yo jugaba mal. El técnico me ponía un rato porque mi viejo no faltaba a ningún partido y era además de los que llamaba la atención con gritos al juez y pidiendo cambios al técnico. En la escala de los suplementos deportivos, yo sería siempre un «5» con un comentario del tipo «Entró poco tiempo», «No logró meterse en el partido» o «No entró bien». Solo hubo dos partidos en los que pude haber llegado a «6». Me temblaban las piernas cuando me tocaba entrar. Me temblaban por los nervios y también por el frío durante el invierno. Los gritos de mi padre y de los otros padres me desconcentraban. Era aún peor cuando el equipo estaba perdiendo. Sentía que entraba como una solución para revertir el resultado y me temblaban más las piernas, me tropezaba solo, recibía la pelota y me rebotaba como si mi cuerpo fuera de goma, trataba de pisarla y me caía: era realmente malo.

El día que hice mi primer gol ante Estrella del Norte, Gustavo estaba enfermo y me tocó entrar de titular como único delantero. ¡Vaya presión! A los quince minutos (los partidos consistían en dos tiempos de veinticinco minutos), uno de los melli me tiró un pase habilitación por aire, corrí todo lo que pude hacia la pelota que iba picando alto, llegué sobre el área grande, me quedaba alta, entonces tuve que levantar la pierna más de lo debido para pegarle. Le pegué. ¡GOL! Al ángulo derecho. La gente gritaba, yo corría y me abrazaba con los compañeros. No lo festejé mucho: sentía vergüenza de mostrar euforia. Al final perdimos cinco a uno, pero desde ese día entendí la obsesión de los delanteros por el gol. Es un momento de tanta belleza, satisfacción... ¡gloria! Es adictivo. Cuando se habla de hambre de gol debería decirse adicción al gol.



El otro gol fue contra Penino pero no da ni para contarlo. Lo podía haber hecho cualquiera.

Un día le dije a mi padre que ya no quería jugar más. Me daba pereza salir los domingos, siempre a jugar a la concha de la madre, para estar ahí sentado en el banco cagado de frío o de calor. Esa no era vida para un niño. Mi viejo se decepcionó un poco, pero creo que entendió. Igual me dijo que tenía que terminar el campeonato, que era lo que correspondía, y después si quería que no fuera más. Dije «Bueno» y seguí jugando. Igual terminé yéndome antes por un lío que no recuerdo. Solo me acuerdo de ir a un juzgado y que estaba todo mal con la madre de Marcos, la esposa del técnico.

Sobre el club en el que jugué, más adelante, en lugar de fusionarse como Defensor y Sporting, se separó en la «Asociación Deportiva Juvenil» y el «Club de Pesca Belvedere», en el que mi hermano siguió jugando y en el que pasó a comer banco porque se aburrió de ser golero y como jugador se ve que no andaba tan bien. Mi viejo, seguramente cansado de que sus hijos comieran banco a lo loco, llevó a mi hermano al Huracán Belvedere y ahí sí jugó tranqui y se destacó. Hasta pateaba los penales. Él y su amigo Venancio eran las figuras del equipo.

Y ahí estaba parado Pablo, ahora de Director Técnico en PEMARF y yo de suplente recién incorporado a su equipo. Siempre con ese jopito de Tin Tin sobre su linda cara con una perfecta nariz en el centro y un cuerpo en forma, superándome en todo como siempre.

Sorete.



UNA OFERTA QUE NO PODRÁ RECHAZAR

Señalar con vehemencia los errores masivamente via mail era el derecho de piso que le cobraban a los nuevos en ese microuniverso *cubiculado.* Yo más bien me sentía *cubiculeado* y era estresante, así que cuando me llegó un mail de Los Jugadores Sensibles con un afiche de su próximo toque, en ese momento mi banda nacional favorita, sentí alivio.

Tocaban en el Roxy, gestionado por un loco bien, pero mal acompañado por un conocido garca del under. Se hacía llamar Karlo Sombrero, pero los músicos, de costado, le decían «Karolo». El tipo era uno de esos expertos en exprimir a las bandas nuevas haciéndolas pagar una X cantidad de entradas previas de manera que, si las bandas llegaban a esa cantidad, la empataban, y si no, había que poner la plata y el grupo terminaba pagando para tocar. Siempre me pregunté por qué hay gente que intenta hacer plata con el under en lugar de abrir un kiosco.

Esa noche fui solo al toque de Los Jugadores Sensibles. Cuando llegué al Roxy estaban los de la banda afuera. Eduardo me vio y se acercó a acompañarme como buen músico agradecido. A Eduardo lo conocí en mi anterior trabajo. Armamos una tríada junto a Martín y charlábamos pila durante los descansos. Eduardo hablaba poco, pero cuando conectamos a través de Martín, se comunicaba con normalidad. Solo necesitaba entrar en confianza, como yo. Nos hicimos amigos y me mostró un mundo de música que yo no conocía (Luna, Pixies… todo el *School Rock,* básicamente).



La noche del toque estábamos los dos medio duros y conversábamos a *tempo* veloz sobre algo que le pasaba con una mujer:

—Yo no sabía bien si había onda o no —empezó a contarme—, y era raro porque es amiga de mi madre, ¿entendés? Pero no sabés, tiene una cabeza tan fresca… Estudia en Bellas Artes. Entonces un día me pide que le mande algo grabado de la banda y me pasa el mail. Le mando unos temas y me responde: «Muchas gracias, Edu. Estamos en contacto tacto». Ese error me terminó de convencer de que está conmigo. Lo tomé como un acto fallido.

—¿Buena onda entonces? ¿Es mucho más grande que vos?

—Y tendrá 45, ponele; me lleva 15. Es madura…, centrada. Le decís algo y se queda unos segundos callada pensando qué responderte. Y cuando te responde parece un discurso estudiado. Como si cada palabra hubiese estado ahí guardada esperando para salir en el momento justo. Es una diosa, me encanta.

—Suena re interesante, «Edu».

—Sí, nadie me llama así.

—Te veo metido. Nunca te había escuchado hablar así tan emotivamente de alguien. Te tenía como un loco cerrado. ¿O estás más abierto porque estás como un frasco?

—Jaja, un poco de todo.

—Bueno, me gusta escucharte tan emocionado.

—Ya que estamos, te comento otra cosa, un poco más seria, pero esto queda entre vos y yo, ¿ok?

—Sí, tranqui.

—Bueno, mirá, después del toque este vamos a rajar al batero. No está encarando, no va a ensayar, no se pone las pilas con los temas y no le pone huevo. No se aprende los arreglos y después se manda cagadas en los toques. Además chupa pila y cagó algunos toques

por estar mamado. Un toque lo tuvimos que terminar porque se le cayó el redoblante y salió rodando por el escenario. Así que, bueno, no le digas a nadie, pero este es su último toque.

—¡Fa, qué fuerte!

—See.

—¿Y ya tienen a alguien o van a buscar después de rajarlo?

—Y… yo ya estoy buscando desde ahora y por eso te estoy contando esto. ¿No querés sumarte a la banda?

Quedé congelado unos segundos.

—Y… dejame pensarlo un poco. Estoy laburando y haciendo unas materias de facultad. No sé si voy a tener tiempo, pero tá, me interesa. Vos sabés que me gusta la banda.

—Sí, por eso te digo. Además te conozco desde hace unos años por PROVAL y sé que sos bien, y eso es lo más importante para estar en una banda, más que cómo toques la batería.

—Tá, eso está bueno porque la verdad es que hace un tiempo que no toco la batería y ando tronquito. ¿Dónde ensayan? ¿En sala?

—No, en mi casa. Es por el Cerrito. Tengo bata.

—¡Bien ahí!

—¿Te copa entonces?

—Como coparme me copa, pero dejame igual pensarlo un poco. No te tengo que responder ya, ¿no? Todavía tienen batero.

—Sí, tranqui, pero si me decís que te copa ya me quedo tranquilo de que hay chance de que te sumes.

—Hay chance, sí.



OASIS CONTAMINADO

Comenzaba setiembre y todavía hacía un frío de cagarse. La faceta primaveral del mes se vislumbraba muy a lo lejos. Uno de esos días, durante la hora libre, conversamos con Pablo sobre las «madres del baby fútbol». Apasionadas a muerte por sus hijos, durante los partidos dejaban de ser la mujer comprensiva que va al colegio a hablar con la maestra, la que recibe a los amiguitos de su hijo el día de su cumpleaños con una sonrisa amable y cálida. Esa era la sonrisa que recibía cada vez que me llevaban al cumple de uno del cuadro. Sin embargo, en los partidos, las caras demoníacas que veía desde dentro de la cancha, caras salidas de una típica Casa del Terror de un parque de diversiones americano tipo Cedar Point, me confundían primero, luego me asustaban. Era muy chico para entender la doble personalidad de los adultos. Imaginen lo que puede ser para un niño de nueve años correr en una cancha de tierra con algo de pedregullo y unos pastitos, rodeado de una multitud de gente gritando como inyectados con Viagra para toro a lo *A Serbian film*. Había además un polvillo constante en el aire, como si una yeguada estuviera dando coces al suelo a toda hora.

Sin embargo, la madre de Marcos, esposa del técnico, siempre miraba con una sonrisa relajada, como si estuviese cumpliendo su sueño. Se la veía feliz, y cada vez que la miraba, allí estaba, sonriendo: un oasis. Marcos, con todos esos contactos, era por supuesto el capitán del equipo a pesar de ser un tronco.



Al terminar cada partido, iba enseguida a servirnos jugo o agua. A veces yo entraba a jugar los últimos cinco minutos. Era lo peor porque no tenía tiempo para tocar la pelota y además terminaba sudado y me tenía que bañar al llegar a casa. Eso hacía todo el domingo un bajón porque encima el lunes tenía que ir a la escuela. Sí, con la depresión del domingo se nace y es más difícil de quitar que un tumor en la espina dorsal.

La madre de Marcos fue la que me hizo aguantar tanto tiempo en el baby fútbol, salir todos los domingos de mi casa rumbo a los peores barrios de la capital. Era una figura angelical. Yo era muy niño como para que me gustara, pero recuerdo que me sentía muy atraído hacia ella más allá de lo maternal.

Toda esa historia terminó súbitamente. Dejaron de llevarme por un tiempo a los partidos y tiempo después mis padres me llevaron al Juzgado de Menores tres o cuatro veces. Del otro lado estaba ella, la madre de Marcos. Yo no entendía nada, pero sabía que mis padres y ella no estaban en buenos términos y que el centro del asunto era yo. Parece que las reuniones del club que hacía en la casa con nosotros cuando el esposo no estaba se ponían sórdidas. No me acuerdo. Cuando me encontré con Pablo en ese nuevo trabajo en PEMARF se me desbloqueó ese recuerdo que nunca comenté con mis padres.

—Pablo, ¿vos te acordás de la madre de Marcos?

—¡Sí! Margarita. Un amor…

—¿Vos sabés qué pasó después de que me fui?

—Y nada. Seguimos jugando con Gonzalo de suplente y el pendejito aquel que traían de la otra categoría. ¿Por?

—No, por nada. ¿Y la madre de Marcos siguió yendo?

—Sí, como siempre. Una genia.

—Claro…



II
NOELIA

Agosto de 2006

DULCE COMO LA GRAPAMIEL

Hacía un mes que andaba con Noelia. Estaba hipnotizado. Ella tenía un pelo bien fino y lacio. Una cara con facciones delicadas y un cuerpo delgado, pero que al recorrer había qué agarrar y amasijar. Tenía un estrabismo moderado y me encantaba.

Cuando me encontré con ella en 18 de Julio y Pablo de María, al lado de un carrito llamado *MacCarro*, me comentó que ya no estaba más con un amigo (ni tan amigo) que, de costado, le decía La Amarga por un suceso asqueroso de la intimidad. Cuando me dijo que ya no estaba con él, me puse en modo «seducción». Después de encontrarnos e intercambiar unas palabras, me acompañó a la Facultad de Humanidades donde ella, como yo, cursaba Ciencias de la Educación, y conversamos sin parar hasta llegar a Magallanes y Uruguay. La invité a ver Los Jugadores Sensibles que tocaban el fin de semana siguiente en Arteatro. Ella dijo que sí.

Esa noche conversamos mucho y no le dimos mucha bola a la banda. Estábamos tan en sintonía y nos sentíamos tan bien el uno con el otro que no hubo necesidad de algún centro que derivara en una frase de remate y luego beso. Simplemente conversamos hasta que en una quedamos en silencio, nos miramos fijo y nos besamos. Durante una hora apretamos excitados. Las lenguas combatían con furia; su saliva con gusto a menta y cerveza se mezclaba con la mía sabor Gregson´s. Yo estaba realmente feliz.

Ese primer mes fuimos seguido a la playa Ramírez aunque fuese otoño. Nos sentábamos en la arena y apretábamos sin parar. Siempre terminaba



tomándola como si fuera un bebé, la besaba en la boca con mucha lengua y después en el cuello. En determinado momento, dejaba de darle besos y directamente le pasaba la lengua. Eso la calentaba totalmente y comenzaba a sacudirse mientras yo seguía dándole lengüetazos y hundía mis manos en sus tetas y después en su entrepierna donde sentía la humedad y hasta olía el dulce aroma de la lubricación. Seguíamos así hasta que nos calmábamos un poco, nos parábamos, íbamos hasta mi casa que estaba a unas diez cuadras, por Palermo, y cogíamos con mucho amor. Yo seguía pasándole la lengua hasta que acababa. La volvía loca eso de la lengua. Otras veces llegábamos a casa, íbamos al cuarto, ella me sacaba el pantalón, yo a ella, y entrábamos en un furioso 69. Ella me masturbaba con suavidad, agregaba después su lengua áspera que recorría todo el miembro desde la base hasta la punta, luego se llenaba la boca hasta la campanilla, me masturbaba alternando con la lengua hasta que me hacía convulsionar. Yo movía mi lengua de forma circular en torno a su clítoris, después alternaba con chupadas como si fuera un micropene y cuando veía que estaba por llegar la penetraba con la lengua. Creo que nos gustaba más que coger porque teníamos más control de nuestros cuerpos y podíamos llegar a la vez.



ÁNGELES EN LA BASURA

A mediados de octubre fui al primer ensayo con Los Jugadores Sensibles, la banda de Eduardo, otrora compañero de trabajo, ahora compañero de banda y amigo. No deja de sorprenderme el conocer a una persona y no tener idea del lugar en la vida que puede ocupar más adelante. Cuando pienso en eso se me eriza la piel y me angustio un poco.

Ensayábamos dos veces por semana en lo de Eduardo, una casita color mostaza en San Martín y Guenoas, a pocas cuadras de la Iglesia del Cerrito. Nada en la casa estaba en su lugar. Cuando entré por primera vez, pensé que recién lo habían robado. La mesada de la cocina no tenía un centímetro libre de platos, cubiertos, vasos, *tuppers* y ollas sucias. La pila llegaba a mi altura. Mugre dura. Había también una mesa llena de botellas, latas abiertas, cajas de vino y cigarros partidos o aplastados. Cada espacio estaba ocupado por un objeto sucio. El living tenía una estufa a leña tapada de pelotitas de papel y para sentarte en alguno de los sillones había que sacar mucha porquería. El cuarto donde se ensayaba tenía unos veinte centímetros de pelotas de ropa, botellas vacías y bolsas de nylon con algo pegoteado dentro que bien podía ser cemento seco. Lo único que estaba ordenado era un rinconcito de ese cuarto en el que había un equipo de audio Aiwa conectado a una computadora vieja, creo que una 486, gris, como de los noventa; una pila de discos ordenados alfabéticamente y, al lado, unas revistas Rolling Stone ordenadas también por la letra en el lomo. Se leía «RonSon». Lo bueno de toda



esa mugre es que la batería no se iba para adelante al tocar, así que no precisaba alfombra.

Nos juntábamos martes y viernes. El ensayo de los martes era tranquilo y para arreglar canciones, mientras que los viernes nos poníamos en pedo o re locos o duros o de ácido y hacíamos cualquier cosa: *covers* desde los Clash a Cranberries; tocábamos un mismo ritmo de diez a treinta minutos o nuestras canciones pero con el doble o la mitad del *tempo «oficial»*, o sencillamente nos quedábamos tirados en el piso con la vista al techo, agitando los brazos como ángeles en la basura mientras sonaba un mismo disco una y otra vez.

El que más alentaba el exceso era Germany: el cantante. Le decían así por rubio. Él se detonaba en los dos ensayos. Un poco menos los martes, pero quedaba siempre hecho mierda en mayor o menor medida. Lo necesitaba. Él salía todos los días. Era su forma de vida. Lo único que sabía era hacer era contactos con gente de la noche: un grupo muy finito. En eso era un experto. Para él era muy importante conocer personas de ese ambiente. Se sentía reputado y además le servía como puerta de acceso a las mujeres del entorno, en especial aquellas que también buscaban híbridos roqueros ligeramente conocidos por haber tocado en *De Igual a Igual.* La vez que tocamos ahí con Los Jugadores, Germany le dijo a Omar Gutiérrez que dejara el mate porque lo hacía fumar mucho.

Cuando algún conocido de la banda iba al ensayo, ingresaba a la casa, abría la puerta de madera del cuarto y se encontraba con la siguiente formación: a la izquierda y con el bajo colgado a la altura de la pelvis, Eduardo: flaco, pelado y de All Star celestes o negros; en el medio Germany: vocalista, rubio vikingo, siempre de remera gastada de alguna banda



tipo AC/DC o Black Sabbath ajustada a un cuerpo de decente musculatura, y un pantalón negro también ajustado, gastadísimo y muy arrugado, como si mientras no lo usara, estuviese hecho una bola tirado en el piso. Al fondo, quien les narra, en la batería, alto y de hermosas facciones (dato no verificado), sentado en una pequeña silla de madera con un respaldo que me llegaba hasta la mitad de la espalda, lo que resultaría muy incómodo si no fuese por la pared que complementaba el apoyo. A la derecha estaba Hansen que merece un párrafo aparte.

Hansen era reservado como Eduardo, pero con cantidades industriales de amargura. Era de esas personas que hoy llaman «tóxicas», es decir, negativo, quejoso, protestón, arrogante, desconfiado, envidioso, egocéntrico, manipulador, absorbente y harto mentiroso. Me cayó mal cuando lo conocí, pero suele suceder cuando uno cae como paracaidista. También era el más grande: tenía treinta y cinco. Estaba casado y tenía una hija.

Germany y Eduardo con sus treinta también eran grandes, pero había matices: a Eduardo lo veía como a un tío, pero a Germany lo veía más cerca porque hablaba como un pendejo. Se notaba que él no había hecho el mismo camino que los demás.

En la banda se discutía sobre todo: el *tempo* de las canciones, las letras, qué canciones tocar en tal fecha, tal *solo* sí, tal *solo* no, esa línea de bajo sí, esa otra no, bata ruidosa en esta parte sí o no, mucha letra, poca letra y repetirla un par de veces. Todo requería veinte minutos de charla y a veces puteadas. El singular ADN de cada uno emergía en esas situaciones. Todas las afinidades y similitudes que uno cree tener con alguien, en una banda desaparecen y a veces no se logra entender qué hacen esas cuatro, cinco o siete



personas tratando de hacer algo que parece una quimera: construir una canción que les guste a todos.

Luego de esas discusiones se llegaba a alguna idea que agradaba a todos y ahí seguíamos dándole. Por lo general, los más conflictivos eran Germany y Eduardo, que en la banda mostraba un temperamento que jamás había visto cuando trabajábamos juntos contando plata.

No todo era un constante tira y afloja. Recuerdo una vez que estábamos todos en nuestros rincones re locos con un cogollo que había llevado Germany. En esa época el porro paraguayo tenía el monopolio, así que fumar del bueno era hazañoso. Lo más parecido que se lograba era cuando alguno caía con faso mezclado con pedacitos de cáscara de manzana o con las piolitas de la banana. Luego se dejaba secar todo. Nunca supimos cuál era la explicación química, pero esa mezcla aumentaba el pegue y nos dejaba cuatrilocos.

Un día Germany fue hasta la mesa donde estaba la computadora, ya bastante obsoleta en ese momento, que bastaba para reproducir música y grabar precarias pistas con un micro de computadora. Sacó del estante de discos de Eduardo el *London Calling* de The Clash y lo puso en la bandeja. Abrió el Winamp y dio *play*. Las señales sonoras que empezaron a mezclarse con el oxígeno nos dejaron en trance. Lo bien que sonaba ese disco en el Aiwa no tiene nombre. Los graves se sentían como pequeñas caricias de bebé en el corazón; los agregados de maracas en algunos temas, el detalle en los arreglos de guitarra, la sincronía vocal de Joe Strummer y Mick Jones, ese cóctel de sonidos nos partía la cabeza. Cuando arrancó «Spanish Bombs» ya no podíamos más y nos paramos a corear:



Spanish bombs, yo te quiero infinito
yo te acuerda oh mi corazóooooon.

—¿Por qué cantan en español? —pregunta Germany.

—Porque es una canción sobre la Guerra Civil Española —responde Eduardo.

—Ahora, ¿tan emblemática fue para los ingleses? Porque hay una distancia en el tiempo. ¿Por qué unos pendejos ingleses recordarían una guerra civil de otro país de…, cuánto en ese momento, más de treinta años? —preguntó Hansen.

Todos nos quedamos pensando mientras sacudíamos la cabeza con «The Guns of Brixton», sus percusiones, el ritmo reggae de la guitarra y la figura de bajo que nos tenía tan encantados que nos podrían dar por el culo en ese momento y no nos daríamos cuenta.

—Tal vez por George Orwell —dije.

—¿El de *1984*? —preguntó Germany.

—Sí.

—¿Y qué tiene que ver?

—Con *1984* nada —dijo Eduardo—. Pero escribió otros libros además de ese. Escribió *Homenaje a Cataluña*, una crónica de cuando estuvo en la Guerra Civil Española como Oficial de la Legión Extranjera o algo así.

—¿En serio? —preguntó Germany.

—Sí… capaz que tiene que ver con eso.

—Es una de las guerras más tristes de la Historia —continuó Eduardo.

Y así seguimos disfrutando de ese disco, en el que parece que tuvieron el tiempo suficiente para detenerse en cada canción y pensar en los arreglos



más sutilmente. Como siempre, quedamos de cara al escuchar «Lover´s Rock», un trabajo fino en voces, maracas, panderetas y otras percusiones que aparecen sutilmente.

—Qué chorros esos Cadillac, ¿eh? —dijo Germany— «Revolution Rock» está igualita. Y les sirvió. Yo escuché esa versión antes que la original.

Todos aprobamos en silencio.



PRIMER VIAJE: ONDAS RUSAS

Les dije a los pibes de la banda que no iba al próximo ensayo. En PEMARF avisé que faltaba un par de días. «Yo autorizo, pero va a descuento», dijo Ángela.

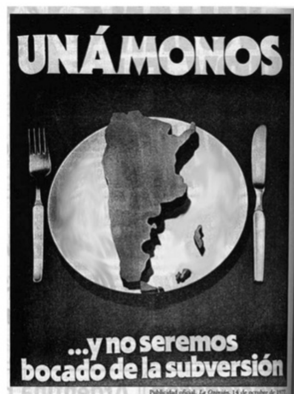
Viajaba a Buenos Aires al cumpleaños de un tío abuelo de Noelia. Me embolaba tanto la idea que no le pregunté nada sobre ese tío..., qué hacía..., en qué barrio vivía..., nada... Total desinterés.

Salíamos el sábado de mañana. La noche del viernes agarré un Oyama que mi madre tenía guardado en su escondite y me senté en la compu a escribir sobre mi primer viaje a Baires en el que, casualmente, también había ido por el cumple de una tía abuela:

MAURA

Recuerdo la primera vez que estuve en Buenos Aires allá por el 2003. Tenía veinte años. Fui por dos días con motivo del cumpleaños ochenta de la tía abuela Virna, una argentina que estaba casada con mi tío abuelo de sangre Arístides, tío de mi madre y hermano de mi abuela Elvira. Había sido boxeador profesional por un tiempo, hizo algo de guita, puso una imprenta y se forró haciendo exclusivamente folletería para la dictadura argentina. Cada vez que le encargaban algo como esto:





fácil tenía que imprimir un millón; o todo lo que pudiera imprimir, en realidad.

Si la tía Virna era facha como Arístides, nunca lo supe, solo conocí su lado de viejita linda. Lamentablemente, Arístides no fue el único facho en mi familia.

Llegamos a Buenos Aires el sábado y al otro día era el cumpleaños. Tenía todo un día y una noche para conocer. Mis padres también viajaron, pero no les di mucha bola. Era una época en la que me parecían de lo menos interesante. Ninguno sabía de qué hablar conmigo y yo tampoco tenía nada para decirles, así que en general no me sacaba los auriculares ni para cagar. Llevaba conmigo un discman Panasonic y algunos cd´s sueltos en la mochila. El que más escuchaba era el *A Rush of Blood to the Head* de Coldplay, recién salidito (quisiera mentir y poner el *Deloussed in the Commatorium* de The Mars Volta, pero, bueno, no las puedo ganar todas)y para



profundizar la depresión tenía también el *Razorblade Suitcase* de Bush.
Buenos Aires: Montevideo a la cien. Cuadras y cuadras de comercios, maxikioscos, gente ruidosa; mujeres preciosas con ese toque italiano que las distingue de otras latinas; inmigrantes chinos y paraguayos que eran tan parte de la ciudad como el fileteado.
Nos instalamos en un hotel tres estrellas de la calle Montevideo (idea fija de mi padre). Yo me pegué un baño y arranqué a deambular por la ciudad. La enormidad. Los monstruos de cemento y vidrio; autos de todo tamaño y color con gordos sudados gritando desde su interior con el cantito medio tano, marca registrada del argentino urbano; gigantografías de las estelares y grasas vedettes del momento sonriéndole al pueblo y a su ajetreada existencia, con orgullo pero sin sobrar, y las mujeres que me dejaban con los ojos como el 2 de oro. Sentía que todas me miraban como Cleopatra, como si la mismísima reina del Nilo o su encarnación en Elizabeth Taylor fuese transportándose de cuerpo en cuerpo como el asesino de aquella película *Fallen* con Denzel Washington, cantando siempre *táaaaaáim is on mai said… ies irisssss...*
Por la tarde, volví al hotel. Al llegar a la habitación, una pieza estándar de hotel, mis padres me esperaban para salir a pasear un rato. Yo estaba molido. Les dije que iba a dormir una siesta.
Se hizo la noche y mis viejos todavía no habían vuelto. La vista desde la ventana era gris: un gran edificio con ropa colgada



en todos los balcones. En el interior del apartamento que podía ver con más claridad, entre la ropa colgada, se veía una pareja en los juegos previos al sexo. El tipo, grande y con una panza del tamaño de una pelota de basket, abrazaba a una mujer robusta y con el cabello rojo fuerte. El tipo la abrazaba de atrás y se notaba por sus movimientos que frotaba su miembro contra el culo de la pelirroja. Se estaba poniendo bueno el asunto y yo ya me empezaba a tocar, despacio, mirando «como un voyeur en vacaciones», con ojo experto. Al minuto ya estaba *on fire*, y justo cuando la pelirroja notó que yo la estaba mirando y empezó a mover la lengua como si fuera un dedo que decía «Vení, nene», llegaron mis padres. El sonido de las llaves fuera de la habitación me dio tiempo para meter la pija dura dentro del boxer y correr a la cama a taparme. Cuando entraron, yo estaba tapado simulando un profundo sueño. Mi madre me despertó y me dijo: «Levantate que vamos a comer. ¿Qué hacés tapado con este calor?». Cenamos en un restorán de la calle Corrientes que te daba cena, postre y un lemoncello por un precio irrisorio. Luego caminamos un poco por Corrientes rumbo al hotel y en la puerta les dije que me iba al aniversario de una radio comunitaria de Flores donde se presentaría ni más ni menos que Daniel Viglietti. Me iba a encontrar con Abban, a quien había conocido en un hostel de Valizas. Solo sabía de él que era un uruguayo de ascendencia árabe, nacido en el Chuy y anarquista. Lo uruguayo lo tenía por dentro, ya que por fuera parecía recién bajado de un camello. Luego de Valizas, la



seguimos mediante esporádicos mails y en esa estábamos.

Una hora y quince minutos después estaba en Flores. Tenía la dirección pero no encontraba la calle. Caminé un poco más hasta que un viejo, que caminaba mirando hacia arriba con un bastón brillante, me indicó para dónde agarrar y así llegué al lugar. La calle estaba cortada de cuadra a cuadra. Entre el cielo y la calle, banderines multicolores adornaban la visión, como aquellos candombailes de los sesenta que describe mi abuelo cuando se toma unos *wiscachos*.
Bajo aquellos banderines, apoyado en una barra improvisada instalada a un lado de la calle, estaba Abban. Llegué, nos abrazamos y nos reímos del encuentro en ese barrio tan alejado del Océano Atlántico que sonorizaba aquellas noches en la barbacoa del hostel valicero.
Nos tomamos unos vinos, vimos a Viglietti y medio borrachos nos fuimos a buscar una pizza. Arrancamos por la calle Bolivia rumbo a Rivadavia. Encontramos una pequeña pizzería con dos mesas y seis sillas. Pedimos una con morrón y una Quilmes. Cuando salimos del lugar, nos dimos un largo abrazo y prometimos seguir en contacto, pero no nos veríamos hasta muchos años después y de casualidad.
Arranqué por Rivadavia rumbo al microcentro. No me quedaba tanta plata como para un taxi y no me pintaba sentarme en una parada de esa avenida débilmente iluminada, así que arranqué a caminar a paso ligero. Eran



las tres de la mañana. No sabía cuánto faltaba. No tenía guía ni mapa y acceder a Google Maps en el celular era aún una rareza. Me cruzaba esporádicamente con chicas que salían de los bailes; pibes bien vestidos que caminaban en zigzag abrazados. Cada tanto, algunas caras me daban miedo; entonces cambiaba el andar y me ponía en plan «plancha»: movía más los hombros, levantaba una ceja y escupía sin parar. Ese era mi método de defensa. Caminaba.

Eran las cuatro y media de la mañana y yo estaba parado en la esquina de Callao y Corrientes. Me metí en un bar de esos con pinta de no cerrar nunca. Era grande y había cuatro mozos bien despiertos laburando. El que me atendió era bien hijo de tano. Se parecía al Toro Vieri, pero con los dientes más torcidos. Nunca le miré demasiado los dientes a Vieri, pero seguro que los tenía bien derechitos.

El mozo Vieri me dejó un par de tarritos con restos de snack como hace el bar Santa Catalina en Montevideo. Le pedí una aguachenta Isenbeck y me quedé sentado viendo por la ventana. Estaba feliz. El clima era el ideal. Tenía la vista de toda la esquina por la que pasaban pendejas de minifalda y tipos con jeans de esos desteñidos que estaban de moda. También podía ver una única oficina encendida en el décimo piso de un edificio negro, que me conmovió sin motivo aparente. Tal vez era una metáfora de la soledad que sentía.

En la esquina opuesta a la del bar, una figura femenina, exuberante, enteramente de negro, pareció notar cómo la observaba



y cruzó la calle con movimientos muy exagerados como en las primeras películas de Almodóvar. Ella no esquivó la mirada. Cuando llegó a la ventana, me dijo: «¿me puedo sentar?». Respondí que sí.
Conversamos. Se llamaba Maura. Trabajaba en un centro estético aplicando una técnica innovadora llamada «ondas rusas»:

—¿Qué son «ondas rusas»?, ¿viene de la Unión Soviética? —dije en plan chistoso.

—Jaja, no. Es un tratamiento de electroestimulación. Mediante diodos puestos en la zona deseada, se aplican pequeñísimas descargas eléctricas de forma rítmica que hacen que el músculo se contraiga también de forma rítmica y de esa manera adquiere firmeza.

—Ah, pero ya tenés todo el cuentito armado. Me sigue sonando a tortura en Guerra Fría ¿Descargas eléctricas dijiste?, ¿y la gente se somete a eso voluntariamente?

—¡Sí!, y además pagan. Mucho pagan, boludo. Vas a ver que dentro de unos años todos los centros estéticos lo van a ofrecer. Te deja los músculos bien duritos, ¡mirá! —levantó la pierna por el costado de la mesa—. ¡Tocá!
Por supuesto que toqué: dura como cortina de hierro.
—¡Guau! ¡Qué firmeza!
—¿Viste? Y lo bueno es que cuando tenés los músculos firmes tenés más energía, porque cuando el músculo está flácido, está débil, entonces el cuerpo va perdiendo las ganas de moverse.



—Me convenciste. Quiero una sesión.
—Bueno, si querés vamos. El local está acá cerca.
—No, no jodas. No me vas a llevar al centro estético.
—Si querés, sí. ¿Qué tenés que hacer?
—¿En serio?
—Sí, dale. Hay bebidas ahí.
—Listo, pago y vamos.
Me despedí del mozo Vieri y salimos. Agarramos Callao como yendo a Recoleta. Caminamos unas seis, siete cuadras, agarramos para la derecha, pasamos la Bond Street y luego a la izquierda por ¡MONTEVIDEO!
—Llegamos —dijo—. Centro Estético Moura.
—¿Quién es Moura?
—Mi padre.
—¿Sos Maura Moura?
—Sí.
—Parece un nombre artístico.
—Nunca necesité uno.
Silencio de tres segundos. Luego le consulté algo que no me cerraba:
—Y… qué raro que a un hombre se le haya ocurrido abrir un centro estético.
—Es un hombre de negocios. Él no está para temas de género, papito.
Entramos. Ella encendió las luces y allí estaban todos los aparatos. Para mí era como la sala donde los estudiantes de odontología del Hospital de Clínicas hacen la práctica: lleno de sillas reclinables y fierros. Mucho blanco y gris.
—Sentate ahí -ordenó.
Me senté en una camilla, igual a las de cualquier consultorio de Medicina General.



—Recostate -volvió a ordenar.
Me recosté.
—¿Salen esas ondas rusas? -pregunté.
—¿En serio querés las ondas rusas?
—¿Tenés una idea mejor?
—Sí.
Comenzó a pasar sus manos por mi cuerpo. Cuando llegó a la pelvis, tanteó mi jean buscando el botón, lo encontró y lo desabrochó. Me bajó el jean. Luego me sacó el Leo Poldo verde. Miró unos segundos mi pene flácido y selvático. Lo empezó a acariciar mientras se inclinaba y me metía la lengua en la boca. Yo estaba completamente relajado.
Sacó la lengua de mi boca y la llevó a mi miembro semi erecto. Hizo unos artilugios con su lengua que me dejaron *on fire*. Cuando sacó su boca y la vio de lejos, dijo: «¡Qué poronga!». Yo hice un gesto como de «más o menos». Pareció ser una frase motivadora. En esa se paró, se sacó una tanga negra, se levantó la minifalda, se subió a la camilla conmigo y se puso en cuatro:
—Metela -ordenó.
Me puse de rodillas detrás de ella y con un poco de esfuerzo se la metí. Mi miembro parecía enyesado, aprisionado entre paredes curvas bien estrechas.
—Agarrámela -siguió ordenando.
Agarré su miembro. Era chiquito. Me costó sincronizar los movimientos. Mientras la penetraba, la masturbaba. Era caótico, pero a ella le gustaba. Así seguimos unos minutos hasta que nos empezamos a avisar que estábamos por acabar. Mi orgasmo no fue muy largo porque me dio un ataque de paranoia y me conquistó la idea de que podíamos



quedar trancados como los perros, entonces me perseguí y no disfruté demasiado, pero ella parecía una hiena por la forma en que se movía mientras decía: «sí, mi lindo, mi precioso, divino, hermoso, qué poronga, cómo te quiero, divino, precioso, dame, sí, dame todo, qué rico...» y así. Acabamos y nos recostamos en otra camilla porque aquella en la que habíamos cogido con furia estaba toda salpicada.

—¿Te gustó? -preguntó.

—Sí, estuvo *a full.*

—¿Sabías que yo era…?

—Sí, desde que te sentaste en el bar.

—Ay, mi amor…

—Che, ¿a qué hora abre esto?

—Uy, a las 8.

—Bueno, vamos que falta media hora para que abra.

—No, andá vos. Yo ya me quedo para trabajar.

—Bueno. Mañana vuelvo a Montevideo.

—Ay, precioso. Vos vení cuando quieras que yo voy a estar acá -dijo mientras encendía un cigarrillo.

—¿Y no querés seguirla por correo o teléfono?

—No, mi amor. Dejémoslo así… Vas a pasar mal si la seguimos. La gente no entiende esto. Sos joven, enamorate de una chabona que use vestidos y haya jugado con muñecas. Es lo mejor que te puede pasar.

En la radio que ella prendió cuando llegamos, y a la que nunca dimos la menor importancia hasta ese momento, comenzó de pronto a sonar la batería electrónica de «Himno de mi Corazón» de Los Abuelos de la Nada. Ella escuchó con atención hasta que súbitamente se le empezó a hinchar la



cara de la conmoción. La abracé durante diez minutos mientras ella lloraba. Cuando se calmó, conversamos unos minutos, intercambiamos teléfonos y me despedí prometiendo un pronto regreso.
Salí del centro estético y volví al hotel, exhausto.



SEGUNDO VIAJE: EL MARISCAL

Estaba nervioso. En menos de doce horas iba a conocer a la familia completa de Noelia. Ella era argentina, pero vivía en Uruguay desde los dos años. Llegaron en el ´85. El padre se llamaba Luis y tocaba la trompeta. Era flaco y medio negro. Apenas llegó, consiguió trabajo como trompetista en El Cubano de América: uno de los conjuntos de cumbia más populares del momento. Durante cinco años tocó en todo el circuito tropical de la época: Chantclaire, Éuskaro, Interbailable, Parrillada Sudamérica, Quinta de Galicia, Flanagans, y otros que no recuerdo aunque él me lo contara cada vez que lo veía.

La madre de Noelia se llamaba Rita. Era una mujer regordeta, con una voz muy grave, pelo corto y ojos desorbitados por el hipertiroidismo. Por fuera parecía la suegra ogro que uno no desearía ver todos los domingos, pero era en realidad una mujer amable.

Salimos un sábado a las siete de la mañana de la casa de Noelia, allá por Canstatt a media cuadra de Luis Alberto de Herrera, cerca de «Los cuernos de Batlle». Tomamos un taxi y en diez minutos estábamos en Tres Cruces. De ahí tomamos un bus de dos horas cuarenta y cinco minutos hasta Carmelo. Allí, pasamos por Migraciones, luego por un puesto con perros adictos a la merca en busca de más. No sé nada de perros pero podría decir que eran unos galgos. Luego venía un puesto en el que te controlaban el pasaje para ingresar finalmente al catamarán de la Cacciola, la peor y más larga forma de viajar a Buenos Aires. En el chequeo de pasajes estaba Martina, una chica que me enseñó a contar plata en mi primer



trabajo y que dejó de trabajar el día que su madre se suicidó. La reconocí ahí sentada en la entrada al largo pasillo que te lleva al catamarán. Le dije: «Hola Martina, ¿te acordás de mí?». Ella posó su mirada en algún punto de mi cara debajo de los ojos y se quedó en silencio por dos segundos hasta que dijo: «Buen viaje».

La Cacciola te deja en El Tigre, a cuarenta minutos del Microcentro, pero como llegamos en hora pico, el viaje en el bus duró dos horas. Una cagada. Llegamos al hotel y nos bañamos. Fue como ir a Pelotas en TTL. Los padres de Noelia se acostaron. Yo agité a Noelia para salir a pasear. En realidad quería ir a un acto contra la visita de Bush donde estarían las Madres de Plaza de Mayo, Chávez y Evo Morales, pero no me animaba a decírselo. Salimos del hotel y agarramos Rivadavia. A las diez cuadras se lo dije.

—¿Me estás llevando a un acto de Chávez? —dijo Noelia algo exaltada.

—Bueno, es un poco más que eso, pero sí.

—Fua, ¡qué embole!

—¿Me acompañás?

—Y... ya estamos yendo, ¿no?

—Y sí, pero si querés nos volvemos.

—No, vamos igual. Tengo curiosidad.

—¡Genia! —exclamé y le di un chuponazo.

Entonces seguimos caminando rumbo al estadio de Ferro. No sabía bien a cuánto quedaba, pero sabía que teníamos que agarrar Rivadavia para el oeste, así que metimos pata. Caminamos veinte, cuarenta, sesenta cuadras sin sentirnos particularmente cansados. La novedad de todo lo que veíamos y la excitación por el acto me mantenían enérgico. Llegando al Parque Rivadavia, empezamos a sentir ritmos de percusión cada vez más intensos. A la altura de la calle Nicolás Repetto (*decime cuál cuál*



cuál es tu nombre), los decibeles estaban altísimos. En Rivadavia y Espinosa, el humo nos complicó la visión por un momento hasta que pudimos ver una infinita caravana de agrupaciones sociales, cada una liderada por unos veinte percusionistas que tocaban el ritmo de murga argentina eternizado magistralmente por Los Auténticos Decadentes en «Se viene el Tutá tutá». Luego venían diez o doce tipos con la cara cubierta que conformaban el frente de batalla, y toda la prole detrás de un pasacalle que cargaba un grupo en la primera línea con el nombre de la organización que representaba. Así vimos pasar a la Federación Argentina de Trabajadores de Aguas Gaseosas y Afines, la Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar, el Sindicato Único de Trabajadores del Neumático Argentino, el Sindicato Único de Trabajadores Privados de la Libertad Ambulatoria, y como cien más...

Nos colamos en la marcha y nos miramos asombrados por lo demencial de estar ahí en ese momento. El ruido de los redoblantes y los cánticos de las agrupaciones me erizaban la piel. Los grandes movimientos de gente militando me conmueven.

Llegamos al estadio de Ferrocarril Oeste junto al tumulto de agrupaciones y al ritmo de murga argentina que, entre tanto hormigón, rebotaba por todas partes generando una bola de golpes de redoblante. Subimos varias escaleras hasta que salimos a la tribuna y nos ubicamos en el último anillo. Nos sentíamos observados porque éramos los únicos blancos en ese sector.

Estuvimos escuchando a Chávez que habló un buen rato de «Mr. Danger», haciendo referencia a George W. Bush. Cuando dijo «ALCA, ¡al carajo!», el estadio explotó en gritos y aplausos. Luego habló Hebe de Bonafini y finalmente Evo Morales. A nuestro



alrededor, las personas no escuchaban los discursos. Comían *refuerzos* y hablaban a los gritos sobre cualquier otra cosa. No parecía interesarles la política, pero por algún motivo estaban ahí con *refuerzos* de mortadela, galletitas Dino de chocolate y botellas de plástico de dos litros de jugo Tang.

En medio del discurso de Evo Morales nos fuimos. Nos quedaba un largo trayecto de vuelta y no sabíamos qué micro tomar ni cuánto salía el boleto y tampoco teníamos moneditas para pagar, un desastre. Noelia sugirió tomar un taxi y que ella lo pagaba. Al otro día era domingo y al mediodía era el cumpleaños del tío de Noelia: Roberto.

Era un día primaveral en el que predominaba el sonido de los millones de pajaritos urbanos sobre el de los vehículos. Lo único que sabía de Roberto era que tenía guita y que vivía en Belgrano.

Casi a las doce en punto llegamos al restorán Carletto en Puerto Madero. El lugar era de una elegancia extrema, de esos en los que uno no sabe siquiera cómo caminar. Así que entramos y nos dirigimos al sector del cumpleaños donde habían arreglado una mesa larguísima en L para unas treinta personas. Cuando se nos acercó el tío Roberto, el padre de Noelia gritó: «¡MARISCAL!» Yo empecé a asociar las palabras Roberto y Mariscal y confirmé que el tío de Noelia era ni más ni menos que el legendario Roberto Perfumo, «El Mariscal»: el mejor zaguero que tuvo Argentina en su historia. Jugó durante toda su carrera en Racing y en River Plate, jugó en la selección Argentina del 66, 70 y 74. Luego de retirarse, fue director técnico por años y luego pasó a conducir un programa en ESPN. Era un *grosso* de verdad. Me golpeaba la cabeza por no haberle preguntado a Noelia quién era su tío y así prepararme mejor para la ocasión. O si tan solo se me hubiese ocurrido mirar *Hablemos de fútbol*, el



programa que él conducía, y que ella justo estuviese ahí para decirme: «Mirá, mi tío», pero no se dio.

Yo no lo podía creer. Le di la mano y él me la apretó bien fuerte «como un hombre».

—¿Cómo andas pibe? —me dijo— ¿Así que sos el suertudo que anda con mi sobrina la princesa, eh?

Asentí ligeramente, aún en shock por conocer a la leyenda.

Y los impactos no cesaron. Cuando fuimos a la mesa, mis latidos llegaron a un nivel picaflor, ya que ahí estaba sentado su eterno compañero de programa: Víctor Hugo Morales. Vestido impecablemente de azul oscuro, casi negro, irradiaba pericia, seguridad, confianza. Tal vez fuese todo psicológico, pero sentí atracción magnética hacia él en ese momento. Cuando me senté y lo escuché hablar, recorrí todos los hechos principales de mi vida como si estuviese por morir. Y es que la voz de Víctor Hugo forma parte del *soundtrack* de mi vida, como la de Jorge Traverso o la de Gustavo Rey.

Noelia conversaba con naturalidad con ellos y yo me enamoraba cada vez más de ella. Su forma de hablar era calmada y hacía unos gestos preciosos con sus manos. No sé de qué les estaría hablando pero tanto El Mariscal como Victor Hugo la escuchaban con gran atención. Yo estaba parado al otro lado de la mesa conversando con el padre de Noelia. Ya había confianza con Luis y él me quería como al hijo que no pudo tener. Mientras me terminaba una copa de vino bueno, le comenté: «Che, nadie me dijo que veníamos al cumple de Roberto Perfumo», a lo que él respondió: «Nunca preguntaste. Para nosotros es un tipo común y corriente. No nos sale hablar de él como si fuera algo extraordinario. Es famoso por lo que hizo, pero al final mea y caga como todos». Un sabio el Luis.



A la media hora me invadió otro aluvión de excitación cuando llegaron Daniel Passarella y Reinaldo «Mostaza» Merlo. Yo ya estaba medio en pedo porque los nervios me hicieron tomar mucho y el corazón me latía como el de una ardilla con taquicardia. Le pregunté a Luis de dónde se conocían tanto con El Mariscal y me respondió que eran compañeros del River Plate del ´75. Mostaza y Passarella eran suplentes. «Passarella era el cambio número uno de Perfumo. Mostaza ni idea», respondió y enseguida agregó: «No le vayas a preguntar absolutamente nada a Passarella de cuando fue técnico nuestro, ¿está claro?». Asentí.

Los Cabernet Sauvignon y Malbec de gran reserva bajaban más rápido que Cafú en el Brasil tetracampeón. Los ídolos tenían los cachetes colorados y estaban preparados para el anecdotario que era obligación en semejante encuentro:

—Contate para el que no sabe la de tu debut, Roberto —dijo Víctor Hugo.

—¿Sexual? —retrucó El Mariscal.

Todos rieron a carcajadas, menos Víctor Hugo que esbozó una forzada sonrisa.

—Seguramente estás hablando de lo de Perú —continuó cuando todos cesaron de reírse.

—Exacto —dijo Víctor Hugo enfatizando esa «a» como ninguno.

—Bueno, fue en el ´64. Jugábamos en el Estadio Nacional de Perú frente a la selección local. Yo con unos nervios de novela. Teníamos que ganar para asegurar la clasificación a los Juegos Olímpicos de Tokio. Íbamos ganando 1 a 0 y lo teníamos controlado. Casi en los descuentos, Perú hace un gol y nos empatan. Eso era la clasificación también para Perú. Pero, ¿qué pasó? El juez, un tal Pazos, uruguayo, anuló el gol y ahí se armó lío. Empezó a entrar gente a la cancha. Cada peruano que entraba se dirigía



a un jugador argentino. Fue lo más parecido a una guerra eso que viví. De entre toda la gente que se empezó a meter, apareció un negro enorme, más de dos metros seguro; era famoso, el «Negro Bomba» le decían. Ese iba directo al juez que estaba protegido por cinco policías. Yo estaba ahí cerca cuando el negro empezó a darle a los policías. Los cinco milicos le daban porrazos pero no le hacían nada. Incluso el negro levantó a uno y lo tiró como cuatro metros para el costado. Mientras, el resto de los policías luchaba contra los que se iban metiendo en la cancha. En las tribunas la gente se empezaba a agitar también. En una me empezaron a llorar los ojos de los gases lacrimógenos que lanzaron a mansalva los milicos. Los lanzaban directamente contra la tribuna. La gente entró a rajar de los gases y las salidas no eran muy grandes como para recibir tanta gente de un tirón, así que se trancaron las salidas y la gente apretaba y apretaba. Más de trescientas personas murieron ese día. Es la peor tragedia de la historia del fútbol hasta la fecha. Y bueno…, ese fue mi debut.

Todos quedamos en silencio durante unos tres segundos hasta que Mostaza dijo: «Y esa fue la primera vez que te cagaste encima también, ¿no?» Todos reímos…, hasta Victor Hugo.

NAVIDAD

La Nochebuena del 2006 la pasé junto a Noelia y sus padres. Su costumbre era pasar una noche tranquila con fondo musical de los videoclips que mostraban los canales abiertos y a las doce salir a ver los fuegos artificiales que lanzaban los demás; luego entrar, brindar con *Fond de Cave* y a la una y media o dos de la mañana como mucho, a la cucha. Yo, acostumbrado a que las fiestas fuesen las noches de máximo detone con mucha gente golpeando copas al ritmo de *plena* a las cinco de la mañana, a las dos y algo me sentía raro. Quería algo, pero no sabía qué. Era una sensación fantasma.

Pasaron los *cuetes* y nos quedamos conversando un rato más. El padre de Noelia, Luis, era todo un personaje. Él sabía que a mí me gustaba escribir, entonces me contaba toda su vida a ver si yo rescataba algo y lo metía en alguno de mis relatos.

—Mirá Marcelo —me dijo después del brindis, a eso de la una, antes de acostarse—, te dejo algunas cosas a ver si te sirven para tu libro.

—¡Opa!

—Bueno, el otro día leí… ¿Viste los guitarreros, viste qué lindo cuando los agarrás y te los ponés en el oído y escuchás la música *tititi tititití*? Todo bárbaro con los guitarreros, bueno… ¿todo bárbaro? ¡Unos hijos de puta los guitarreros! ¿Sabés cómo se alimentan los guitarreros antes de ser guitarreros? ¡De la madera! Pero no de todas las maderas, de algunas maderas, entre ellas los limoneros. Entonces, todos estos años yo estaba en el fondo pensando por qué se estaba haciendo mierda el limonero, y veía a los guitarreros, los agarraba, me los ponía en el oído y



decía «qué linda musiquita el guitarrero»... Un hijo de puta..., una plaga... Dejan los huevos en el centro del árbol y las crías se desarrollan comiendo la madera del centro, como las termitas o los taladros... Hijo de puta... ¿Sabés qué? No agarro más un guitarrero.

—Fa, Luis, la verdad que no sabía que eran medio plaga.

Nos tomamos los dos un buen farol de Sandy Mac y seguimos de tertulia mientras Noelia me miraba como diciendo: «no tenés que escuchar todo lo que tiene para decir..., cortala porque sigue toda la noche».

—Luis, tenés que calmarte un poco. Es como que te estresás por cualquier cosa... No pueden volverte tan loco los guitarreros.

—Sí, ya me ha dicho mi mujer que me preocupo por todo, pero no lo puedo evitar. ¿Sabés por lo que estuve averiguando? Acupuntura.

—¿Acupuntura? ¿Por?

—No puede fallar. ¿Sabés por qué funciona la acupuntura? Por los siglos de experiencia en tortura de los chinos. Así empezó la acupuntura, como tortura... Por eso saben dónde pinchar, todo.

—Nunca lo había pensado.

—Pero claro..., las guerras son el mejor laboratorio. El cambio de hora, las bolsitas de té, las cremalleras, el acero inoxidable, la comunicación de radio para los pilotos de aviones... Toda esa tecnología ya existía, pero se masificó al usarse en la Primera Guerra Mundial.

—Mirá... No tenía idea.

—Sí, sí. Y en la Segunda Guerra también... y en todas aparecen innovaciones que después usamos todos. En la Segunda apareció la comida en lata, la cinta pato, los lentes de sol, el ultrasonido para detectar submarinos, las toallas femeninas y Hugo Boss, que se hizo millonario haciendo ropa para las SS.



—Me dejás de cara, Luis.

—Sí, sí… Está todo para atrás. Bueno, nene, me voy a acostar, ¿van a salir?

—Sí, va a pasar mi hermano y vamos a un baile.

—Bueno, que pasen lindo.

—Que descanses, Luis. Buenas historias.

—Es lo que sé, espero que te sirva… Hasta mañana… Hasta mañana, hija.

—Hasta mañana, pa —dijo Noelia.

A eso de las dos, los padres de Noelia estaban dormidos. Salimos al frente con Noelia y nos fumamos medio porro. Luego de que un par de caras extrañas nos agitaran a salir a hacer no se qué, nos perseguimos y entramos a ver la tele en silencio. Nos enganchamos con *Sin City* en la que Bruce Willis hace un papel conmovedor. Cuando se nos estaba pasando la locura, me enganché a mirar a Nino, uno de los gatos de la casa. Era grande, peludo y de color gris rata. Sus ojos amarillos le daban un aspecto nervioso y su actitud era como la de una persona bordeando el *burnout*. Yo lo miraba bajar de la silla y caminar por todo el living super nervioso. Recorría acelerado cada rincón y nos rozaba las piernas mientras ronroneaba. En invierno se sentaba a mirar fijo el crepitar de la leña en la estufa como si pudiera ver cómo las partículas de agua encerradas en la astilla intentaban salir en forma de vapor. Si yo tuviera esa percepción me quedaría horas frente al fuego. Él veía la batalla de la materia y yo simplemente la resultante. Pero era Navidad y Nino miraba la estufa sin fuego.

Terminó *Sin City*. Eran las cuatro de la mañana y la última cerveza estaba por la mitad. Me faltaba medio vaso. Noelia estaba escribiendo furiosamente en su blog y parecía inspirada. Me llegó un SMS de mi hermano menor Johnatan: «¿Los paso a buscar para esa fiesta en Las Duranas?»



—¿Cuánto demora? —dijo Noelia.

—Y yo qué sé, ponele que veinte minutos si viene de Palermo.

—Bueno, dale, termino este post y me apronto.

—Pero así nomás, mirá que damos unas vueltas por ahí y listo —dije ansioso.

—A ver… ¿Quién es el que demora más en apronptarse acá?

—Mmm, bueno —respondí sin querer aceptar que tal vez yo demoraba siempre más que ella en estar listo.

Cuando llegó mi hermano, Noelia estaba pronta y yo estaba en el baño. Mi hermano llegó con la elegancia típica de un metrosexual: vestía campera Alpha con una remera blanca debajo, pantalón beige y championes Reebok de los más nuevos. Noelia se puso una remera de Depeche Mode, una camisa a cuadros, jean y unas All Star rojas. Yo me puse también unas All Star, pero negras deshechas, la remera hecha a mano de Los Jugadores Sensibles, jean negro gastado y una campera Olé Olé negra con cuello azul y con un par de agujeros de brasa de porro. Mi hermano me había regalado la campera porque ya no le pintaba usarla. La mitad de mi ropa era de mi hermano que me la daba como gesto caritativo. Él siempre quiso que yo me vistiera bien pero ya hacía años que estaba poseído por el espíritu de un linyera.

—¿Vamos? Es por Parque Posadas —dijo mi hermano.

—¿Es en un apartamento? —preguntó Noelia.

—No, atrás. Cerca de las Duranas.

—Una vez toqué en un anfiteatro por ahí —dije.

Me vino un flash de recuerdos y seguí:

—Tocaban como veinte bandas. La mía se llamaba Luxemburgo. Era britpop, tipo Oasis. Para entrar en ese toque fuimos a una oficina en el Centro allá por



Brandzen y una mina te decía cómo era el asunto para tocar. Había que vender veinte entradas anticipadas y antes del toque había que llevarles la plata. A ellos no les importaba si vendías las entradas, tenías que llevar la plata como si las hubieses vendido. La mayoría de las bandas, de pibes que recién empezaban, no las vendían todas, entonces, ponían ellos el resto. Otras bandas de guachos de guita directamente llevaban la plata aceptando con total normalidad que había que pagar para tocar y además ya se sentían muy estrellas como para hacer eso de «vender entradas». Ahí empezó la época en la que se pagaba para tocar. Nosotros vendimos diez entradas y pusimos la plata por el resto. El toque fue un domingo y era de 13 a 23. Las bandas podían tocar media hora. En el lugar entraban como mil personas y había poco más de cien. El panorama era tristísimo... Y empeoró. A nosotros nos tocaba a las 19:20. A las seis de la tarde se largó un chaparrón tremendo. Todo el mundo corriendo despavorido y el lugar quedó vacío en cinco minutos. No paraba, no paraba y nunca paró. El resto de las bandas no tocó. Al otro día fuimos a la oficina a buscar la plata y no había nadie. Nos cagaron. Después me enteré de que el dueño de ese curro era Karlo Sombrero: el Karolo.

—¡Qué tarados! —comentó mi hermano con tono desinteresado mientras buscaba un CD de Bola 8 para meter en la compactera del auto.

Llegamos a la fiesta en su mejor momento. Todos estaban con las manos arriba bailando «Moviendo las caderas» de Oro Sólido, uno de los hits del momento, o por lo menos un hit de ese baile, porque yo al tema en realidad no lo conocía.



Cuando llega el baile
Llama la atención
Y en el escenario
Ella se roba el chow
Baila con su estilo
Como un figurín
Por eso yo digo que esa negra tiene swing.

Y todos a la derecha. Y todos a la izquierda. Caminando como patos. Nosotros llegamos y nos pusimos enseguida a caminar como patos y con las manos para arriba. De a poco me fui encontrando con amigos como el gran Charles que andaba con Conde y Giorgian, el más errante de La Banda de las Canicas, que en esa época vivía secretamente en una escuela pública de Camino Maldonado. Se iba de tardecita, el guardia era muy desatento y despreocupado; entonces él se metía para el fondo y básicamente vivía ahí. No podía cocinar pero se llevaba la vianda de la casa de la madre. Por lo demás estaba cómodo. A ver, no tenía tele, no se podía bañar, pero tenía dónde dormir calentito. Era mejor que estar envuelto en cartones y sábanas viejas en una esquina de Bella Italia.

En el baile circulaba mucho alcohol, en especial un jugo de naranja mezclado fuerte: claramente era un «jugo rectificado» (jugo de naranja con alcohol rectificado). Noelia nunca lo había tomado. A las cinco de la mañana nos encontramos los tres y Noelia estaba con un pedo que no se podía mantener parada. La llevamos al auto con Johnatan, la tapamos con la Alpha y ahí quedó casi muerta del pedo.

A las seis de la mañana el cielo clareaba a lo lejos; la selva del frente se sacudía, pero la música seguía al palo y la gente se movía al ritmo de ese viento matinal. Machito Ponce entraba en escena, «ahora te voy a ponel a gozal...». Seis y media. Mi hermano se levantó



a una piba de rastas y se la llevó a la selva. Yo me quedé bailando con Charles, Conde y Bigotes, el organizador de la fiesta. La energía que transmitía Bigotes se podía ver en el aire en forma de humito violeta. Era un tipo apasionado y actuaba como si estuviera todo el tiempo en un escenario ante cinco mil espectadores. Tenía la misma cara que la de Rodolfo Bebán cuando hizo *Juan Moreira* de Leonardo Favio.

Siete y media. Yo apenas podía mantenerme parado en la pista de baile. Sonaba un tema de unos colombianos de los noventa llamados Los Tupamaros, la canción se llamaba «Adiós» y la sentí como una señal para irme. Saludé a quienes conocía y me fui en busca de mi hermano para arrancar. Pasé por la selva y no lo encontré. Seguí rumbo al auto y a lo lejos vi su cuerpo metido en la parte de atrás donde estaba Noelia. Me dio un ataque de celos y fui corriendo hasta ahí para ver en vivo lo que pasaba. Al llegar al auto veo a mi hermano tratando de mover a Noelia:

—Se está ahogando con el vómito, ayudame —dijo mi hermano.

La sacamos del auto de costado y la pusimos en el piso. Yo me saqué la campera Olé Olé y la tapé. Mi hermano sacó una cajita de servilletas que tenía en la guantera y le empezó a limpiar la cara. Después la empezó a cachetear para que reaccionara. Abrió los ojos y su mirada era como la de un bebé. La volvimos a meter al auto y nos fuimos.



BLOG DE NOELIA «EL ESCONDITE»

HOLA MUNDO
Empiezo este blog con esta frase que tengo entendido que se utiliza en programación como primer ejemplo de impresión en pantalla de un código, o algo así: «Hola mundo». Yo no entiendo nada de eso. En algún momento me interesé pero luego de meterme un poco en el tema me di cuenta de que había mucha matemática involucrada y «¡puff!», a otra cosa mariposa.
No sé bien qué escribir. Arranqué el blog por dos cosas: la primera es que me enteré de que mi novio (a quien llamaré Marielo) tiene uno y me gustó la idea de tirar mis pensamientos al mundo aunque nadie los lea. Él me dice que toma vino y le dan ganas de escribir. A veces toma hasta quedar tan mal que no se acuerda de lo que escribe y al otro día se levanta y lee lo que escribió como si lo hubiese escrito un hombre lobo. La otra razón es que la Navidad pasada casi muero ahogada en mi propio vómito en la parte de atrás del auto de mi cuñado. Hubiese sido una muerte legendaria según Marielo, casi igual a la del primer cantante de AC/DC, pero no estaba preparada para morir aún. Tengo muchas cosas para hacer. Quiero dejar una marca en este mundo de mierda.
Quisiera empezar diciendo que soy una persona traumada. Tengo estrabismo. Para los que no lo saben, es la incapacidad



de tener una mirada bifocal. En el mejor de los casos, no se nota. Penélope Cruz y Paris Hilton tienen estrabismo leve. En el peor de los casos, sos la «bizcocha», «bisconsin», o directamente «bizca». Yo por suerte no soy bizca, si es que puedo llamarle suerte. Cuando me miro al espejo, el iris y la pupila de mi ojo izquierdo están perfectamente centrados, mientras que mi ojo derecho parece mirar ligeramente de reojo a la derecha.

En la escuela no me salvé de la crueldad de mis compañeros. Los odio a todos hasta hoy. De haber vivido en Estados Unidos, tal vez agarraba el arma de mi padre, un imaginario granjero de Virginia, y los mataba a todos mirándolos a los ojos. Vería cómo brota la sangre de los cuerpos inertes y las expresiones de pánico congeladas en sus caras, esperando que cada uno de ellos, aunque fuese por un microsegundo, se arrepintieran de llamarme «bizcocha».

De la escuela al liceo había cambiado mucho el alumnado y muchos de los que más me molestaban se habían ido. Además yo me estaba desarrollando bien. Nada muy exuberante como para ser muy popular, pero lo suficiente como para que los pibes dejaran de enfocarse en mi estrabismo. En segundo año de liceo besé por primera vez a un pibe. Se llamaba Aldo y fue en su cumpleaños. Veníamos hablando semanas antes como amigos, pero sabíamos que íbamos a apretar ese día. Estaba todo planificado por nuestros respectivos amigos que iban y venían del grupo de pibes al de pibas transmitiendo los mensajes que él y yo dábamos. En una, mis dos amigas de ese



entonces me llevaron a un cuarto que su familia usaba como lavadero. Abrieron la puerta y prácticamente me empujaron dentro. Cuando me acostumbré a la oscuridad, ahí estaba Aldo: pelo estilo erizo de unos dos centímetros, alto, nariz como me enseñaron que era la de Artigas, la cara brillante por su piel grasosa, una camisa de jean claro y un jean Diesel negro. Nos miramos, nos acercamos y empezamos a besarnos. Él usaba brackets y fue la perdición. Las chapitas se chocaban contra mis dientes y me causaron mala impresión, como cuando alguien le pasa la uña a un globo inflado. Soporté todo lo que pude, pero luego de unos cuarenta segundos me separé y salí del lavadero. Antes de cerrar la puerta, eché un vistazo rápido y sentí cómo un arpón me atravesaba el corazón al verlo mirando el lavarropas, avergonzado. Me gustaba, pero así no quería estar con él.

A la semana siguiente no nos hablamos. A la otra semana retomamos un poco el diálogo y nos volvimos amigos de nuevo. Yo me enamoré de un pibe de mi barrio, fanático de Nirvana, que me hizo sufrir mucho. Nos arreglábamos y cortábamos constantemente.

A fin de año, entre una pelea y otra, hubo un baile en el liceo. Entré con mi amiga Daniela y cuando lo vi a Aldo sabía que iba a estar con él de nuevo. A eso de las tres de la mañana, él estaba sentado recostado contra la pared. Yo me senté junto a él, le tomé la mano y le dije «todavía me seguís gustando». Él me miró y nos besamos con mucho cariño y mucha lengua. Estuvo relindo. Ese nuevo recuerdo borró el anterior y quedó como nuestro



último gran momento.
Después me arreglé con el imbécil nirvanero y con Aldo quedamos como amigos y yo le contaba todo lo que me pasaba con el otro. Hoy me doy cuenta cómo se bancó todo eso estando tan enamorado de mí. Sí, sabía que estaba loco conmigo, pero me gustaba el otro tarado. ¿En qué andarán ahora?
Me siento mejor. Es lindo esto de escribir. Creo que voy a seguir con este blog y va a ser mi gran secreto hasta que algún día sea tan popular que no pueda ocultarlo. ¡Chau!



III
VIAJE

Diciembre 2006

LA CAMINATA DE 300 KILÓMETROS

La última semana del año dejé PEMARF. El veintitrés de diciembre avisé que me iba y la semana siguiente fui a buscar la liquidación. Cuando llegué al call center me mandaron a la oficina donde trabajaba Ángela junto con otra gente en un cargo ligeramente superior al mío por haber aguantado un año o dos trabajando ahí. Recibían llamados en pequeños cubículos de vidrio, a diferencia de la mía, donde los cubículos eran de yeso. En esa empresa ascender era pasar del yeso al vidrio.

Me senté en una mesa cerca de los cubículos a completar el papeleo correspondiente y, mientras los llenaba, una de las que trabajaba en su cubículo, la de mayor aspecto de ir en enero a Valizas le dice a Ángela: «parece que nos queremos ir todo el verano, ¿no?». Me sorprendió su crueldad, pero no le di bola porque sabía que era la envidia que hablaba por ella. Un caso típico de proyección de deseos en el otro. Yo estaba seguro de que era buena onda, pero trabajar en lo que uno no quiere puede sacar tu peor faceta. Así que todo bien, compañera, te veo en Valizas algún día.

Por otro lado, hay que decir que ella no estaba tan equivocada. Mi plan era irme a Santa Teresa caminando por la playa, así que efectivamente me iba casi todo el verano. Además la estadística indica que la mayoría de las renuncias sucede en diciembre, por lo tanto, mi renuncia no fue nada del otro mundo y sabía que yo era perfectamente sustituible en esa corporación dedicada a lucrar a partir de las desgracias ajenas.



Entonces me fui de Zonamérica sin mirar atrás, con una ligera sensación de derrota porque lo que había dicho la envidiosa, aunque quise ignorarlo, me hirió. Por otro lado, estaba feliz de dejar ese trabajo tan ingrato y porque podía planificar mi peregrinaje por la costa que calculé me tomaría unos quince días. Aquella reciente maravilla llamada Google Earth me permitía ver el recorrido para tener en cuenta los lugares en los que iba a tener que salir a ruta. La idea era llegar a Santa Teresa saliendo desde La Floresta con tres paradas de descanso prolongado en tres puntos que ya tenía conversados o reservados: Piriápolis, Punta del Este y Valizas.

En Santa Teresa me iba a encontrar con el grueso de La Banda de las Canicas (Charles, Conde, Jomi, Pedro Araminda, Ianara y Turtle), el Topo y el Munúa, mis amigos más antiguos además de Patricia, pero el viaje lo iba a hacer solo.



DIA 1: RELIGIOSOS

El lunes 2 de enero de 2007 comenzó el viaje. Tomé el Copsa hasta Las Vegas, un balneario que siempre me había causado curiosidad por su nombre y porque siempre lo contemplaba desde el otro lado del arroyo Solís Chico, Parque del Plata: mi segundo hogar. El balneario al que fui desde que nací hasta el final de mi adolescencia.

Apenas pasé el puente sobre el Arroyo Solís Chico, bajé por la primera cuadra a la derecha rumbo mar y me metí por una callecita de pedregullo. Pasé por el camping Barracuda y seguí rumbo a la playa hasta que llegué a un barranco. Eran las cinco de la tarde. Bajé a la playa y empecé a caminar. Estaba cansado pero con ganas de avanzar. Quería llegar lo más lejos posible.

Calculé que en tres horas podría caminar quince kilómetros y arranqué con energía. Me sentí libre caminando sin sentido. Mi cerebro laburó pila al comienzo de la caminata. Pensaba miles de cosas en pocos segundos hasta que de a poco me fui relajando.

Para que no pegara tanto la soledad iba con un viejo walkman escuchando la radio. El walkman era rojo fuerte, no tenía la tapa para el cassette y tenía un tamaño de más de medio ladrillo. Lo llevaba en la mano. Era lo menos práctico del mundo para un viaje de ese estilo.

Ese primer día, seguí hasta que empezó a oscurecer. Llegué hasta San Luis. Subí a la urbanidad por El Timón. Cuando salí de San Luis, arrancó un tramo oscuro de la calle Simón Bolívar. Continué por la calle silenciosa hasta llegar a Los Titanes. Pasé por el famoso club del balneario y me quedé un rato ahí. Me



acerqué al cartel y decía «Hoy: Trotsky Vengarán». No me desagradaba ver a la Trosky una noche de verano, pero estaba realmente cansado por la caminata y faltaban como dos horas para que empezara el toque. No eran las diez de la noche y el lugar estaba desierto. Ni los propios músicos estaban adentro. Me fui.

Agarré por calle Charrúas en busca de un espacio para levantar mi *iglú* y quedarme horizontal un rato. Seguí por la misma calle hasta que me encontré con un campamento parecido a los que fui cuando iba al liceo: cabañas grandes, juegos de madera y una gran barbacoa. Decía «Villa Bautista».

Me tranquilizó saber que era un lugar lleno de religiosos ya que, teóricamente, tienen que ser «buenos samaritanos» con los necesitados y calculé que si me echaban no iba a ser con violencia, así que me metí en un pequeño terreno a unos pocos metros del lugar. Me puse al lado de un arbolito que daba sensación de protección y levanté la carpa. Metí mis cosas adentro y finalmente me puse horizontal. Armé un porro, saqué un vino que había comprado en San Luis y escribí algunas cosas sobre esa primera jornada. Eran las nueve y media de la noche y me habré dormido diez y algo.

En algún momento de la noche, que podían ser las once o las tres de la mañana, una luz blanca fuertísima iluminó toda la carpa y me despertó. Se escuchaban charlas y murmullos de chicos. Abrí un poco la carpa y vi que era un ómnibus contratado llegando al lugar.

En ese momento tenía un celular que solo servía para llamar, enviar sms y dar la hora. También tenía unas luces que hacían un jueguito tipo *Simón dice* cuando me llamaban, pero no se me dio por ver la hora cuando llegó el ómnibus, porque estaba empapado del cagazo de que me descubrieran y me echaran. Tenía cero ganas de tener que levantar campamento



e irme somnoliento. Esperé un rato y se quedó todo tranquilo. No me vieron o no les importó. Volví a apoyar la cabeza en la mochila y seguí durmiendo.



DIA 2:
PIRIÁPOLIS

A las seis de la mañana estaba de nuevo en la playa caminando. Calculé que tenía unas cinco horas, ya que a las once estaría cansado y seguramente quemado por el sol. A puro sonido de la naturaleza mezclado con emisoras que capturaba el walkman, emprendí el camino con el objetivo de llegar a Piriápolis al final del día.

A lo largo de la mañana pasé por Santa Lucía del Este, Cuchilla Alta, Santa Ana, Jaureguiberry y Balneario Argentino. Ahí me quedé un rato porque quise ir al mismo lugar donde había acampado seis años atrás con mi primera novia, Viviana.

Cuando llegué, recordé ese verano de 2001 en el que pasamos una semana genial junto a dos amigos más: Juanca, amigo y vecino de Viviana, un tipo de barrio, hijo de almacenero, frenteamplista a morir y sexualmente confundido; y Paola, compañera de Juanca del IPA, estudiante de Historia, muy despreocupada por su aspecto y que estaba enamorada de sus pirañas. Sí, pirañas. Las vi cuando nos juntamos en su casa a organizar esa semana. Recuerdo que con Paola pegamos onda enseguida. Cuando volvimos de ese viaje, Viviana estalló como volcán indonesio. Que «estabas todo el tiempo con ella», que «se reían a cada rato entre ustedes», que «esa vez que se fueron juntos al charquito aquel y estaba ella ahí con las tetas flotando y vos mirándola fijo». Al decir todo eso junto me había dado cuenta de que no había disimulado mi excitación con Paola. A los tres o cuatro meses de ese viaje terminamos. Ella empezó un curso donde conoció a su siguiente novio; nosotros ya estábamos



desgastados y todo se terminó definitivamente cuando ella tuvo un retraso y se nos potenció todo lo que estaba mal. Cuando lo del retraso terminó, fui a la casa un par de veces y ella no estaba. La madre me atendió las dos veces y me dijo lo mismo: «Se fue con el de la moto». Yo sufrí, no quise entender que ya estaba todo terminado hasta que, cuando iba a ir una tercera vez, pensé: «ya sé todo lo que va a pasar». Entonces solté y no fui más a la casa ni le escribí. Como todo hombre de esta sociedad de mierda que nos dio poder solo por tener pija, me costó entender que Viviana no era mi posesión y que ella había tomado la decisión por los dos, porque la verdad era que ya no daba para seguirla.

Por todo eso me quedé un rato en Balneario Argentino durante mi viaje solitario.

Unas horas después, salí a la ruta, caminé unos kilómetros y volví a entrar en Solís. Bajé de nuevo a la playa y seguí hasta Bella Vista. En ese punto ya me dolían todos los músculos y tenía quemaduras hasta en la planta de los pies. Seguí un poquito más y me detuve. Me recosté un rato a la sombra que generan los arbustos de la playa de Las Flores. Cuando quise levantarme para seguir, el ardor que sentía en los pies era como el de aquel que apostó hacer un asado con los pies si ganaba su equipo y perdió. Me volví a recostar y a pensar qué hacer. Claramente me tenía que mover porque esperar un rescate de Prefectura no era una opción. Así que junté coraje, me paré y fui caminando como pisando huevos desde la playa hasta la ruta. Paré un Copsa a Piriápolis y ahí terminó la caminata hasta nuevo aviso.

Llegué al hostel de Piriápolis de la cadena Hostelling International. Al ser socio, te sale más barato. Apenas me asignaron el cuarto, fui derechito



a dejar las cosas. En el camino noté que había una minibiblioteca, así que después de dejar las cosas fui para ahí y pedí prestada una edición vieja de *Trópico de Cáncer* de Henry Miller.

Llegué a la habitación, leí un poco, dormí una buena siesta y me desperté cuando caía el sol. Me levanté y fui a la rambla. Caminé un par de horas en silencio y a eso de las diez de la noche volví al hostel. Me senté en el patio común a leer hasta que me diera sueño. En esa se sentó en otra mesa una mujer de unos cincuenta y pico, de aspecto curtido, delgada, piel morena de exposición forzada al sol. Estaba sentada tomando vino en una botella de sidra. Su mesa estaba a unos tres metros de la mía. Cuando la vi con ese vino me dieron ganas de tomar. Seguí leyendo un rato hasta que me ganó la curiosidad por la vida de esa mujer que no era el típico huésped de hostel.

—Perdón —le dije finalmente—, ¿te puedo preguntar dónde conseguiste ese vino?

—Ah, acá a la vuelta casi. Mirá, salís por la entrada principal y agarrás a la derecha. Después hacés una a la izquierda por Reconquista y ahí vas a encontrar un almacén que está hasta las doce.

—Ah, bien, gracias por el dato. ¿Querés que te ayude con ese vino?

—¡Cómo no!

Me sumé. Empezamos a intercambiar tragos. En una saqué el tabaco para armar y me pidió, así que le pude devolver la gentileza con tabaco. Después de tomar y fumar en silencio un rato, le dije:

—Sabés que no sos del tipo de persona que suelo ver en un hostel.

—Ah, ¿no? ¿Y qué tipo de personas solés ver en un hostel? —preguntó algo sorprendida.

—Y... veo gente en un plan más de vacaciones. A vos te veo como si vivieras acá o algo así.

—Bueno, tenés un poco de razón. Vengo por todo enero con los patrones. Alquilaron una casa a seis cuadras de acá.

—No podían vivir sin vos.

—No... —negó con la cabeza en claro gesto de «son unos inútiles».

—Y de noche un vinito tranqui.

—Sí. Con esta noche preciosa podría estar horas acá sentada.

—¿De dónde vienen?

—De Young.

—Mirá. De una piba de Young me enamoré por primera vez. Éramos niños.

—Los niños no se enamoran —dijo convencida.

—¿Qué no? Sí que se enamoran y te aseguro que con la máxima intensidad.

—Mmm.

—¿Vivís con alguien en Young?

—Sí, vivo con mi hija de veinticinco. La grande se fue hace tiempo ya.

—¿Y el hombre?

—No hay hombre. Quedé viuda hace diez años.

—Uh, lamento mucho.

—No hay problema... Llevo su imagen guardada, pero, ¿sabés?, con el paso del tiempo el lugar para guardar esa imagen se va haciendo más chico. El tiempo te hace olvidar, ¿verdad que sí?

—Y... es un mecanismo de nuestro cuerpo para que seamos fuertes y no unos seres constantemente deprimidos. La naturaleza es muy sabia. Todo es por algo.

—Tal cual. ¿Y vos qué hacés por acá? ¿Cómo te llamás?

—Marcelo. Vine caminando desde Montevideo. Cuando mis viejos me preguntaron por qué quería



hacerlo, les respondí que quería pensar, así que supongo que es eso: un viaje para pensar.

—Ay, m´hijo, caminar tanto así.

—Uff, ni me digas. Tengo los pies quemados y un dolor tremendo en todo el cuerpo. Voy a descansar unos días y sigo camino.

Pasó el rato y el vino bajó. Yo estaba medio en pedo y la noté animada, así que me paré de la silla, me acerqué a la suya y quise besar esos labios curtidos.

—No, m´hijo, ¿qué hacés?

—Te quiero besar. Me parecés linda.

—No, yo estoy grande para esto. Vos sos joven, andá a buscar una gurisa por ahí.

—Pero yo te quiero ahora.

—No, m´hijo, no…

—Bueno, ok… Mirá, yo estoy en la habitación 16. Si cambiás de idea y querés ir a pasar el rato, estoy ahí leyendo, ¿ok? —dije haciéndome el superado.

—…

—Si no, nos vemos mañana capaz.

—Si está como hoy, no me muevo de esta mesa.

—Sí, preciosa noche.



DIA 3: MAYONESA

Desperté con una picazón masiva en todo el cuerpo. Me rascaba con furia y, cuando miré el colchón, las pulgas saltaban libremente por toda la cama. Estaba lleno. Casi vomito por haber dormido en ese infierno. Salí enseguida y fui a pedir algo para las pulgas. Me dieron un Raid y fumigué toda la habitación que constaba de una cucheta, una mesita de luz y una pequeña cajonera. La ventana daba al patio donde había estado la noche anterior con la veterana.

Sobre las once de la mañana, me fui hasta la cima del Cerro del Toro. Una vez en la cima, me fumé un porro y me quedé más de una hora recostado en una roca contemplando Piriápolis en lontananza. Bajé del cerro y volví al hostel cansado. La habitación todavía olía a Raid. Me tiré a dormir y me desperté casi de noche. Me levanté fresco como una lechuga y salí a caminar en busca de alcohol. Encontré el almacén que me había indicado la veterana y compré un litro de rosado suelto. Me salió treinta pesos. ¡En verano sube todo!

En eso escuché música no muy lejos de ahí. Como un sabueso, empecé a rastrear el sonido hasta que choqué con una aglomeración de gente y un escenario municipal muy prolijo. Sonaba cumbia, que en verano se rebanca. El escenario estaba en un campito con una calle al lado. Me senté en el cordón a tomar vino y esperar lo que hubiere en el escenario.

A los diez minutos, empezaron a subir músicos, se colocaron junto a sus instrumentos y arrancó la música: plena dura y pura. Luego de un minuto de plena introductoria, apareció el hombre: Charly



Sosa. El excantante principal de Chocolate entonó «Agachadita», seguida de una catarata de temas que, extrañamente, conocía. Así que me quedé tomando vino en la vereda y moviendo la patita mientras Charly hacía delirar a los presentes: un público que se las festejaba todas. Vi todo el show, que cerró con «Mayonesa».

Después del toque, volví al hostel medio borracho. Quería seguir tomando, pero ya había cerrado el almacén y no tenía ganas de ponerme a buscar otro lugar. Preferí volver al hostel y fumar en el patio con la ligera esperanza de que la veterana estuviese ahí para convidarme con un poco más de bebida.

Cuando llegué al patio, ahí estaba ella. No me senté en su mesa porque la cosa había quedado rara del día anterior. Así que solo la saludé y me senté solo.

—Linda noche hoy también—comenté luego de unos minutos.

—Ah, está precioso —respondió ella con la misma actitud de la otra noche.

—Por suerte me tocaron dos noches hermosas acá. Mañana sigo mi camino.

—¿Adónde vas?

—A Punta del Este.

—Ah, mirá vos qué *glamour*.

—¿Viste? Igual no voy a hacer vida de rico. Voy a la casa de mi tía que está en una parecida a la tuya. Trabaja en Divino y le consiguieron un apartamentito para la temporada.

—Qué bárbaro. Tenés donde quedarte gratis.

—Sí, y con mi tía que es una *crá.*

—Qué bueno... ¿Querés vino?

—Bueno —dije y me pasé para su mesa.

Después de unas copas, vino el borracho filosófico...



—¿Vos cuando vas a hacer algo malo y no lo hacés, es porque creés que vas a ser castigada cuando mueras? ¿Que vas a ir al infierno o algo así?

—Yo soy cristiana, así que sí, creo en el castigo divino —respondió.

—¿Y cómo pensás que es el infierno?

—Nunca me lo imaginé demasiado, pero veo mucho fuego y gritos por todas partes.

—Sí, yo no soy creyente, pero lo primero que pienso es algo así.

—Me gusta, bueno en realidad no, pero me parece que puede ser eso de que cada uno tiene su propio infierno…, su propio castigo.

—Todo puede ser —reflexioné con aires de sabiduría—. O sea, al que le gusta el fuego, por ejemplo, el infierno ese lleno de fuego no le jodería tanto.

—Claro. Tanto Dios como el Diablo te conocen bien, es más personal.

—Sí, tiene sentido.

Así estuvimos un buen rato hasta que se terminó el vino…

—Bueno, me voy a acostar —dije.

—Sí…, es tarde. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Entré a la habitación y había mil grados. Me puse en bolas y me acosté así nomás. Cuando estaba a punto de dormirme, sonó el picaporte y se abrió la puerta. Me cagué todo. La luz de la luna daba en el marco y vi cómo entraba una persona. Me quedé duro del susto. La persona se acercó y me dijo: «Soy yo». Reconocí la voz y la sangre se alborotó en todo mi cuerpo. Se metió en la cama, se me puso encima y empezó a besarme en el cuello, en diferentes partes de la cara y finalmente en la boca. Yo estaba en modo pasivo recibiendo todo lo que quisiera darme.



Yo la tenía dura por todos esos besos tan delicados y ella la agarró con firmeza y me empezó a masturbar. Al minuto se paró, se sacó el short que había tenido puesto los otros días y volvió a subirse. Se acomodó y empezó a moverse con un ritmo lento, sensual. Se ve que adivinó que me gusta despacito o era su estilo, no sé. Con los minutos empezó a moverse más rápido y a lo toro mecánico. Yo no podía creer lo que sucedía. Siguió y siguió hasta que empezó a gemir bien bajito y en una paró. Me dio un beso en la mejilla, se paró, tanteó el short, se lo puso y se fue.



DIA 4:
TODO PUNTA

Me desperté sobre las diez y media. Recogí todo rápido porque a las once tenía que dejar la habitación. Me fui del hostel directo a la Terminal de Piriápolis. Creo que la idea de caminar se había terminado. Mis pies seguían recuperándose de las quemaduras y de los callos. Le mandé un mensaje a mi tía que estaba en Punta del Este y me tomé un bondi directo. Me pasó la dirección: Av. Roosevelt y Parada 7.

Amo a la tía Milena. Para empezar se llama Milena como uno de los personajes de la Mortal Kombat, aunque no tienen en común más que el uso de abanicos.

La tía tenía en ese momento cincuenta y algo. Es de esas mujeres que se divorcia con hijos grandes y viven una suerte de segunda juventud, así que siempre estaba bien vestida, maquillada y con un pelo lacio de un sólido amarillo, siempre lista para ese galán casado que se meta al local a comprarle algo a la mujer y se encuentre con un mujerón que lo sumerja en un océano agitado de gritos y espasmos potenciados por la prohibición.

Llegué cerca del mediodía. La tía estaba esperando para abrirme la puerta. Me dijo que me pusiera cómodo que ella tenía que volver al trabajo y que a la una volvía para almorzar. El monoambiente no era tan mono. Había un medio entrepiso al que se subía por una frágil escalera de madera. Dejé mis cosas sobre la cama de lo que se me ocurrió llamar «altillo» y me puse a mirar la tele. Me enganché con un programa del canal local donde un veterano de aspecto descuidado conversaba con una vecina sobre la mugre que dejan



los turistas pasada la temporada. La vecina dijo que ese año estaban peor que nunca.

A la una y diez llegó mi tía. Comimos arroz con atún y me dejó quinientos pesos para comprar asado porque a la noche iban dos compañeros de trabajo y el novio de una de ellas. A las dos, mi tía volvió al laburo. Yo me quedé un rato más mirando cable, me hice una paja, me tiré un rato y, a eso de las tres, salí. Antes de hacer los mandados, me fui a caminar por la playa a ver si encontraba algún famoso más importante que Jorge Corona: el único que vi en mi vida.

A la vuelta pasé por el Tienda Inglesa del Punta Shopping, compré dos churrascos gruesos de entraña y un pedazo modesto de vacío.

Cerca de la noche, llegó la tía del laburo. Se tomó una hora para ponerse nuevamente elegante, esta vez de corte más casual, y salió al patio común donde estaba el parrillero. El patio era como estar en una caja de zapatos. No había más que unas sillas y el parrillero. A la hora estábamos todos en el patio. Fernando y Leticia del trabajo, el novio de Leticia, José Luis, la tía y yo.

José Luis se presentó como gestor cultural de La Comuna, un boliche céntrico que en su momento fue uno de los puntos fijos del under montevideano, pero en ese momento entraba en un cambio de estrategia comercial totalmente entendible. Y es que el under es el peor negocio del mundo.

Avanzaba la noche y todos nos fuimos empedando. Leticia fue la primera en soltarse. Contó que con José Luis eran una pareja abierta y que hacían tríos con hombres y mujeres. Sobre Leticia, me excitó el ritmo irregular con el que hablaba. Encajó perfectamente con la primera impresión que tuve. Me gustó mucho cuando la vi. Parecía tener treinta y algo, era alta, de tez muy blanca, ojos verdes bien abiertos y una nariz



pico de loro como la de Rosy de Palma que me flechó. José Luis tenía un físico sin sobrantes, cara redonda y brillante, ojos medio achinados y un pelo grueso inamovible. Su expresión ante lo que decía Leticia era de orgullo. Se notaba que se sentía un peldaño por encima de los demás ante semejante postura de desposesión y honestidad. Al conversar con él, detecté dos sonrisas: cuando algo le resultaba gracioso y cuando algo le resultaba excitante.

Yo estaba concentrado en el asado. Me gusta la parrilla, pero exige toda mi concentración, así que no soy muy conversador mientras aso. Escuchar sí que puedo.

Fernando, el otro compañero de trabajo de la tía, tendría unos cuarenta años. Era flaco y de ojos tipo pez, vestía una remera naranja, un pantalón vino tinto, championes blancos y llevaba un pañuelo con un estampado de flores en la cabeza: una mezcla de Gianni Versace y Condorito. Todo lo que decía era interesante. En una contó sobre cuando se quiso suicidar:

—Me estaba yendo directo a la rambla como para tirarme, ¿entendés? Me senté ahí a terminar de decidirme, cuando en esa miro al costado y a unos... ponele... 20 metros, estaba sentado un tipo todo de negro con una capucha y una Pilsen en la mano. Me miró, pero no se le veía la cara. Levantó la cerveza como diciendo «¡Salud!» y vos sabés que me llegó un aluvión de energía y sentí una protección tan fuerte que enseguida me paré y me fui. Mientras volvía, lo miraba y él seguía sentado hacia el mar pero con la cabeza hacia mí. Cuando subía el repecho a la altura de Lauro Müller y Pablo de María, miro hacia atrás y lo veo allá a lo lejos que me mira, con el mismo canguro negro, y me levanta nuevamente la botella como para brindar.



Todos quedamos en silencio. De repente, empezó la lluvia. Gotas gordas que rápidamente cubrieron la mesa, sillas, todo. Entraron los demás y yo me quedé con un paraguas terminando el asado. Con una mano sostenía el paraguas y con la otra el fierro para mover la brasa. El agua caía cada vez más fuerte y la situación se volvía más *hardcore*.

Comimos y como a la una de la mañana, después del helado triple, comenzaron los bostezos.



DIA 6:
NADA PUNTA

Me levanté sobre las 11 y fui hasta el trabajo de la tía Milena a dejarle la llave de la casita. Con dos días de Punta y toda su opulencia, me había alcanzado. El día anterior ya no tenía muchas ganas de nada y salí un par de veces. Una de esas, cerca del mediodía, fui a la playa, me senté cerca de «Los Dedos» y estuve una hora viendo gente de todo el mundo sacándose fotos. Y se escuchaba por todos lados «¡la mano!», «¡los dedos!». «Look, a hand!», nunca «Hombre emergiendo a la vida». Totalmente entendible. El escultor debió suponer que íbamos a terminar llamándole Los Dedos.

Cuando llegué al local con la llave, me recibió Leticia toda de rojo como le exigían, en un vestido tan ajustado que parecía contradecir las leyes de la física.

—¿Cómo andás, Marcelo?

—Bien. Vine a dejarle la llave a Milena.

—¡Ah, bueno! Esperala un momentito que está atendiendo.

—Dale.

A los cinco minutos apareció la tía. Me despedí de ella y fui a la terminal de Maldonado para tomarme un Rutas del Sol a Valizas: mi siguiente destino. Mis pies, poco acostumbrados a largas caminatas, me obligaron a terminar con esa aventura. Me había propuesto algo y al menos lo había empezado a hacer. Todo el año anterior había convivido con un desgano y una desidia propios de quien no está a gusto con lo que le tocó. No hubo un día que me levantara feliz, siempre abrumado por el peso del día que tenía por delante. Los primeros días de 2007 me estaban devolviendo al mundo.



DIA 7:
RIQUÍSIMO OLOR A LIMÓN

Llegué a Valizas y me quedé en el hostel que está pegado a la plaza *hippie*. Me instalé en una habitación de seis y cuando entré no había nadie, así que tomé la cama disponible, que era la que estaba más cerca de la puerta. Ideal para cuando se llega borracho. ¡Y funcionó! La primera noche entré detonado y al rato o a las horas..., aún de noche, tuve que salir corriendo a vomitar. Estaba en la cama correcta.

Apenas conocí a los encargados del hostel, me parecieron super buena onda, con la alegría típica de quien hace lo que quiere.

Una vez instalado, me senté en una mesa del patio interior del hostel. Pedí una cerveza y me quedé sentado con la máxima tranquilidad, logrando realmente pensar en nada. Miraba las instalaciones del hostel de estilo medio colonial y no tenía pensamientos. Logré estar así un buen rato hasta que salió una gente de su habitación. A la distancia vi a un tipo alto y dos mujeres. A medida que se acercaban, fui viendo más detalles y noté que al tipo lo conocía: ¡Abban! ¡La concha de la madre!

Abban también se sorprendió al verme, pero luego de este sentimiento raro, nos acercamos y nos dimos un abrazo. Enseguida empezamos a ponernos al día. Teníamos casi cuatro años de vida para contarnos.

Se había recibido de Licenciado en Lingüística y daba clases en la UBA. Tomamos un par de cervezas y empezamos a hablar de los diferentes profesores que tuvimos, él en su licenciatura y yo en la mía aún inconclusa de Ciencias de la Educación. Abban me contó cómo eran los profesores que habían marcado



su historia. Empezó por aquel que parecía «una de las hienas del Rey León», que según Abban se notaba claramente que en la noche no hacía más que mirar porno de mujeres bajitas con hombres altos (las locuras de Abban). Después estaba el profesor con ojos de mapache que dedicaba media clase a quejarse de cualquier acción de la sociedad y que después te daba la clase con un powerpoint que él leía como si el resto no supiera hacerlo, interpretando para el culo el uso que se le debe dar a un generador de diapositivas. También me contó sobre la profesora de un seminario de educación sexual que gesticulaba mucho mientras hablaba, entonces cuando decía masturbación movía la mano hacia arriba y abajo representando la acción, cuando decía sexo oral, se llevaba la mano a la boca, y cuando decía sexo anal se llevaba una mano para atrás. Se notaba que le salía naturalmente y en el grupo nunca apareció la persona de bien que le dijera que no era necesaria la representación del acto.

Por mi parte, yo le hablé también de una profesora que se emocionaba con comentarios antiimperialistas y cuya asignatura salvé con un trabajo plagado de palos a Halloween, la Navidad, los Reyes Magos y el día de San Valentín como «importaciones culturales que aceptamos con la misma naturalidad que a sus ropas y a sus macrocadenas de comida rápida y... ».

Luego Abban me habló de una profesora de aspecto accidentalmente *dark* que supuestamente había estudiado en La Sorbona, pero sus clases consistían en entregarle un repartido a los alumnos y contestar preguntas que tenían que ser buscadas en el texto y escribirlas exactamente como estaban ahí.

Finalmente le conté sobre la Gestoso que fumaba tanto en la clase que todos se rebelaron y le pidieron que no fumara más y ella les dijo que esa era la última clase y que fueran directo a dar el examen. Era de esos



profesores que están en su último año de actividad y pueden hacer casi cualquier cosa porque no les va a caer una inspección ni ahí.

Luego de la puesta a punto, salí a deambular por Valizas. Me comí una milanesa al pan en «El rey de la milanesa» y después me tiré en la playa. El viento y la arena me iban cubriendo de a poco, pero no me importaba. Luego me dieron unas ganas brutales de cagar y tuve que volver corriendo al hostel.

Cuando me levanté, salí y vi mucha gente en el quincho, sentada en una mesa bien larga como para hacer grandes cenas comunitarias. Sonaba *Cachimba da paz* de Gabriel o Pensador, su segunda canción más conocida y que habla del faso. Yo estaba fresco y la disfrutaba igual. Todo lo que me lleva a fines de los noventa me pone feliz:

Apaga a fumaça do revólver, da pistola
Manda a fumaça do cachimbo pra cachola
Acende, puxa, prende, passa
Índio quer cachimbo, índio quer fazer fumaça

En el quincho estaba Abban con las dos mujeres que lo acompañaban. Me acerco:

—¿Como va todo? —pregunté.

—Precioso —responde Abban con tono desestresado valicero—. Valizas es el paraíso. Perdoná que no te presenté. Ellas son mis compañeras Cora y Karen.

—¿Todo bien? ¿Son compañeras de facultad?

—Con Cora nos conocimos en facultad, con Karen en otro lado un tiempo después —respondió Abban.

Karen tomó un trago de su kaipiroska y se dirigió a Abban:

—¿Te encanta jugar, no? Decile de una vez, que él piensa que somos amigos.



—Karen quiere que te aclare que los tres somos compañeros —dijo Abban luego de mirarla fijo tres segundos.

—¿Ah, sí? —pregunté con aparente desinterés.

—Sí, vivimos juntos.

—¡Ah, mirá! Debería decir que no he conocido, pero vengo de Punta del Este y hablé con una pareja abierta también.

—Tá, pero esto es otra cosa. Es más profundo. No es una experiencia de una noche. Esto lo estamos viviendo todos los días. Somos una trieja.

—Ahí va...

—Karen quería que te lo aclarara porque la gente siempre piensa que somos un grupo de amigos, compañeros de facultad, hasta que empiezan a ver que nos besamos y ahí se pone todo raro y tengo que aclarar. Ahora ella prefiere que lo diga de una para que lo vayas digiriendo.

—No tengo mucho para digerir, me parece genial. Tengo muchas preguntas, pero te las voy a hacer borracho, ¿ok?

—Jajaja, bueno.



DIA 8: EL
GORILO LLEGÓ AL PUEBLO

Al otro día me fui a la playa a eso de las once. En esa época no usaba protector solar. No me interesaba ese tema a pesar de haber presenciado la quemadura de segundo grado de mi amigo Topo en Cabo Polonio, allá por el 2001. Parecía Jeff Goldblum en *La Mosca* en su momento más Cronenberg.

Llegué a la playa, me acerqué al agua y estaba congeladísima. No me metí, retrocedí unos pasos y me quedé sentado. Me puse a respirar como me había indicado Patricia una vez: cinco segundos inhalando y tres segundos exhalando.

En medio de toda esa experiencia, sentí un ruido fuera de ambiente. Al principio sonó como un sonido de foca, pero enseguida noté que era una persona. Miré hacia atrás y vi a un tipo grande que se agarraba el cuello y parecía atragantado. Fui corriendo hasta él. Al lado había una mujer que solo podía mirarlo y gritar.

Llegué y él ya estaba azul pitufo. Nunca había visto una persona a punto de morir. Me acerqué, él abrió la boca y yo le metí los dedos en la garganta como había aprendido en un curso para bombero que había hecho en mi primer trabajo. Recordé que «primero mirar y tratar de sacar con la mano y si no agarrar de atrás a la persona y se hace presión en la boca del estómago hasta que el objeto sale expulsado».

Al segundo de meter los dedos empezó a hacer arcadas, pero se dio cuenta de que yo lo quería salvar y empezó a hacer fuerza. En una sentí cómo de su garganta salía un hueso enorme de pollo, bañado en baba. El hueso salió con un vómito líquido de



tono violáceo que me empapó la mano. Rápidamente comenzó a recuperar el color y gateó un poco por la arena mientras jadeaba aliviado. Cuando me fue bajando la adrenalina, me cayó la ficha de que era un tipo gordo enorme de casi dos metros. En cuanto recuperó la compostura, se incorporó y me habló:

—Pibe…, escuchame… ¿Cómo te llamás?

—Marcelo.

—Marcelo…, escuchame… vos me salvaste la vida y yo no me voy a olvidar nunca más de vos… Escuchame… cuando vos vengas con tus amigos y escuches que el Gorilo llegó al pueblo…, ¡ajjj!…, andá al campamento al fondo de la plaza jipi y pedime lo que quieras, ¿tá? Nada de lo que pueda hacer va a alcanzar, pero en lo que me pidas te voy a ayudar…, porque yo ahora estoy viviendo por vos…, ¡ajj!… Es todo extra, yo tendría que estar ahí tirado en la arena, muerto.

—Bueno, gracias.

—Mirá… Tomá… ¿Querés merca? Tomá esto… y tomá este cartón también. Es lo que te puedo ofrecer ahora, pero buscame de noche y pedime lo que quieras, ¿tá?

Abrió la riñonera y me dio una pelota de merca del tamaño de un bochón. El ácido era tan grande que se notaba que era media cara de una de las *Chicas Superpoderosas*.

A la noche, se armó una barra típica de hostel: dos colombianas, un entrerriano, un brasilero del sur, Abban, Cora, Karen y, como siempre, dos españolas. Estábamos en una mesa larga de caballete en la barbacoa. En una empecé a contar toda la historia de Gorilo. La gente me escuchaba inmóvil. Una de las colombianas dice: «¿pero vos dónde aprendiste eso?», con esa entonación tan linda. Ahí conté todo sobre aquel curso llamado simplemente «Incendios» que



hice cuando trabajaba en PROVAL contando plata. Era un curso opcional. Me anoté porque pensé que me podía servir para el currículum. Duraba ocho horas. Las primeras dos eran sobre los diferentes tipos de incendio y la combinación de elementos que lo conforman: oxígeno, combustible y calor. Luego mostraban consecuencias de incendios: gente quemada, miembros quemados, casas quemadas, edificios quemados, bosques quemados. Después apagamos fueguitos armados en baldes para practicar con el extinguidor y finalmente se hacía una simulación de rescate de personas en la que previamente se armaba una brigada y cada uno tenía un rol para cumplir.

Conté lo de Gorilo, lo de la merca y el ácido. Saqué todo lo que me dio y dije: «Bueno, ¿y con esto qué hacemos?» Las colombianas se tomaron un cuarto de ácido cada una, el entrerriano otro. Las españolas cortaron una bolsa de nylon y sacaron merca del bochón. Abban se tomó medio de ácido, Karen y Cora un cuarto cada una. Abban armó un porro gigante para activar el ácido y al rato se fueron las colombianas con las españolas y el entrerriano. Yo no fumé. Me pongo paranoico con desconocidos. El entrerriano llevaba *Cuba Libre* en un termo y las españolas salieron con medio litro de sangría en una botella cortada. Los grupos de hostel no fallan, siempre están para arriba.

Salió un primer grupo todo drogado y nos quedamos con Abban, Cora y Karen.

Me puse a conversar un poco con ellas.

Cora me contó que era actriz de teatro, pero no vivía de eso, tenía un trabajo administrativo en un estudio en Caballito. Karen era más joven que Cora. Era la cantante de una banda y tampoco vivía de eso. Decía que vivía de representar bandas, pero, honestamente, no le creí. Tuve un prejuicio con su apellido, Haggeldorf (se lo pregunté y me lo dijo sin

tapujos), y se me hizo la idea de que no tenía que preocuparse por la plata, de que estaba haciendo lo que quería sin la tensión de llegar a fin de mes.

En una me cayó la ficha de que estaba mutando y me fui. Caminé un poco reduro mirando para todos lados hasta que llegué a un lugar frente al hostel. Pasaban Los Cadillacs y me metí ahí de una. Apenas entré, empecé a cantar con ganas:

¿Qué es lo que ha pasado con tu corazón?
¿Ya no marca el paso que marcaba ayer?

Ahí estaban las españolas con su botella cortada. Una de ellas, Sara, me empezó a contar vida y obra al oído: la clásica comida de oreja. Todo bien. Era una vida interesante, pero yo quería bailar y cantar y ella me tenía ahí parado escuchando. En una le dije que tenía que ir al baño y fui, pero al salir recorrí un poco el boliche antes de volver con las españolas.

Cuando volví del baño, Sara me estaba esperando para seguir comiendo oreja. Yo me acerqué bailando con unos movimientos super torpes. La agarré y bailamos un poco «Malavida» de Mano Negra. Nos gritábamos la letra en la cara. Después llegaron las colombianas de ácido y empezaron a chuponear abiertamente. Cayó también el entrerriano, un tipo alto de pelo largo recogido y lentes. Se quedó parado, quieto, mirando hacia arriba con los ojos cerrados sintiendo la música por cada poro. Mercedes, la otra española, fue re dura y lo agitó. Él despertó y ahí quedaron conversando mientras sus cuerpos se ondulaban. Estábamos bien. En esa caen Cora, Karen y Abban. Se sumaron y armamos un círculo de baile. Como un designio del mismísimo Señor de la Joda, se terminó el rock y arrancó un *punchi punchi* con Machito Ponce:



Bum, nararara bum
Nararara bum
Nararara bum

No todos conocían la canción, pero se movían bien. Armamos un círculo y cada uno se iba metiendo para hacer un paso especial. Abban hizo el paso «voy de costadito por un lugar»; el entrerriano hizo la de Ben Stiller en *Mi novia Polly,* haciendo un remolino con las manos; las españolas hicieron el paso «atravesar la selva», una simulaba un disciplinado manejo de los sables y la otra con un *nunchaku*. Yo hice el paso de modelo, una suerte de andar con aire engreído. Las colombianas no se animaron. No entendían lo de Machito. Y así seguimos hasta que de a poco se fueron yendo. Al final quedaron Sara, Mercedes y yo, pero ellas estaban re contra colgadas hablando entre ellas y yo bastante en pedo así que me acerqué, le di un beso a Mercedes y, antes de que fuera a darle un beso a Sara, ella se precipitó a la cara y me encajó un chupón furioso de unos cinco segundos y después me dijo al oído: «Quédate, por favor». No me pude resistir.

DIA 9:
ÚLTIMO DESTINO

Abban me acompañó a la terminal.

—Gracias —dijo.

No entendí, pero supongo que me agradecía por no haberme puesto guarango con su relación de tres.

—Espero verte pronto en Buenos Aires.

—Tal vez no en Buenos Aires —respondió.

Me tomé un Rutas del Sol. Llegó el bondi a la rotonda del camping de Santa Teresa y allí me esperaban Charles y Conde:

—¿Y los demás? —pregunté.

—Durmiendo... Ayer, *destroy* —respondió Charles.

En eso llega un SMS a mi precario celular. Era Noelia. «Dónde andas?» Le respondí: «Estoy bien. Acabo d llegar a Sta Teresa. Me quedo un par de días y vuelvo. ¿Vos bien?». «Muerta de calor. La voy a matar a Ana. La peor idea del mundo venir a Villa Serrana. Quiero playa».

«Típico», pensé, conociendo la cabecita de Ana Romina, o AnaRo, como la llamaban en el mundo del arte contemporáneo.

AnaRo era la amiga más interesante de Noelia. El resto eran personas muy poco «artísticas». Una era traductora pública, otra trabajaba en una oficina municipal y otra ni me acuerdo de lo aburrido. AnaRo me fascinaba porque tenía una cabeza impredecible. No sabía si me gustaba o si la admiraba. Tenía inquietudes que yo no tenía por innata falta de creatividad y de sensibilidad artística. Sus pinturas, sus fotos, sus cuelgues iban más allá de mi comprensión. Al lado de las suyas, mis expresiones artísticas lucían toscas, forzadas, básicas, con cero vuelo poético. Ella



no escribía, pero estaba seguro de que si lo hiciera, me daba mil vueltas. Tengo grabado a fuego el día que me dijo que el disco con el que más bailaba sola en la casa era el *Seventeen Seconds* de The Cure. «No importa el otro, ese es el primer disco de verdad», me dijo. Yo no curtía mucho The Cure, pero tiempo después escuché el disco y, salvo por «A Forest», no encontré ningún tema como para bailar. Entonces, no me sorprendía que estuvieran en Villa Serrana con treinta y seis grados de calor. Probablemente AnaRo estuviera caminando por el campo con una culebra en el cuello sacando unas fotos bárbaras.

Llegamos a la parcela. Ianara calentaba agua en una olla. La saludé y ella apenas movió la cabeza. Estaba concentrada en la olla y el fuego. A lo lejos se lo veía a Turtle llegar con una montaña de ramas que le tapaba el rostro. Cuando me vio, dejó todo tirado cerca del fuego y vino corriendo a saludarme. Turtle era un niño alcohólico. Me dio un beso en el cachete y dejó una baranda a Chanceller que daba miedo. Ianara le dijo: «se me apaga el fuego», así que él fue, se agachó y empezó a soplar el fuego con su aliento alcohólico, tanto que Ianara tuvo que retroceder un poco por las masivas llamas generadas.

Mientras aquellos comenzaban el día, pasado largamente el mediodía, arranqué un rato para la Pajarera a ver mutar a los bichos. Después caminé por la reserva donde encontré una preciosa escena a la orilla del laguito con un carpincho en reposo y, unos tres metros dentro del lago, un pato nadando re tranquilo. Ambos se miraban fijamente. Los observé durante quince minutos y no dejaban de mirarse.

Cuando volví a las carpas, ya estaban todos incorporados. La mayoría estaban recostados en árboles. Cada uno parecía tener su tronco asignado.

De fondo, sonaba metal en un mp3 conectado a dos parlantes que llevaban como mil pilas AA.

—¿Qué es esto?

—El pelado trolo —dijo Conde.

—¿Quién es el pelado trolo?

—¡Judas, papá! ¡Halford! —gritó.

—Fa, tengo menos metal que Juanes. ¿Hermética hay?

—Sí, ahora pongo —dijo Conde.

Más tarde, el chef oficial Pedro Araminda se dispuso a cocinar a fuego una de sus especialidades: arroz con atún. Bueno, en esencia es solo el arroz, ya que el atún, las arvejas y opcionalmente choclo y mayonesa se agregan al final. De todas formas, debo admitir que hizo magia con ese arroz del Chuy que usualmente se vuelve puré. Logró dejarlo a punto. Para cuando estaba pronta la comida, por el mp3 ya había circulado, aparte de Judas, Killing Joke, Motörhead y, finalmente, Hermética. Cuando empezó «Del Camionero», la cantamos todos:

Conduciendo mi camión
Estoy viendo asomar el sol
Respirando el amanecer
Las distancias intento vencer.

Después de comer fumamos porro y a la hora fuimos a la playa. Serían las cinco de la tarde. Había que ir por un caminito en fila india y en diez minutos estábamos ahí. Apenas llegamos, nos recostamos en la arena. Al ratito me levanté como para meterme al agua y ahí los vi a todos acostados casi en la misma posición, boca arriba. Jomi, medio moreno, pelado por opción propia, ojos claros, un poco inseguro: el fachero del grupo por lejos. Trabajaba en una fábrica de colchones. Pedro Araminda con sus ojos



clarísimos nivel Hugh Grant, uno de los más chicos del grupo con veinte años, de pocas palabras a no ser que estuviera en pedo; ahí te tiraba todo lo que pensaba y te comía la oreja, pero si no, estaba super callado. Charles, peludo en todas las partes visibles, desalineado en general, creativo, vivía orgulloso con los padres sabiendo que ellos querían que él estuviese y él, por su parte, sintiéndose atendido.

Conde y Turtle armaron un nevado. Eran los más desbundados del grupo. El experiente Conde y el joven Turtle. El primero estaba más para la falopa, mientras que el pendejo estaba más para el chupe. Estaba todo el día en pedo. Por suerte le pegaba bien. Uno lo encontraba todo el día echado, con una sonrisa de oreja a oreja y en otros momentos se lo veía muy activo trayendo leña como loco.

Conde era otra cosa. Parecía salido de una película de artes marciales. Siempre tenía unos gestos bien recios, estáticos. Vos le preguntabas algo y él se quedaba helado por un segundo y después te respondía. Tenía el pelo como Guile de la *Street Fighter*, algo más corto, de estatura mediana, pero todo fibroso y musculoso como el personaje. Su casa en Flor de Maroñas era la sede de La Banda de las Canicas.

Contra un tronco, echados como si hubiesen caminado treinta kilómetros, estaban el Topo y el Munúa. Somos amigos desde el liceo. Desde 1997, concretamente. Ellos formaban parte de una barra llamada La Alcantarilla, que achicaba en la esquina diagonal al liceo tomando sidra y fumando porro. Desde Llupes y Victoria, donde estaba la carnicería, le gritaban a los profesores, adscriptos y otra gente adulta del liceo con la que alguno tenía problemas. «Hiiiijo de puuuuuta» era lo que más gritaban desde «la oficina». El gordo Enio era el que más gritaba. Algunos le decían Helio porque tenía la voz bien finita,



como si hubiese aspirado el helio de un globo. La voz contrastaba con su masiva complexión física. Era el más grande del grupo y había sido expulsado del liceo en el 96 junto con el Topo y el Munúa.

Hasta el 97 yo andaba con unos pibes funcionales. Nos juntábamos a estudiar, a jugar al PC Fútbol y cada tanto íbamos a bailar. La vez que más recuerdo fue la de la Quinta de Galicia. Lo que bailé con *Sonora Cumanacao* no tiene nombre, con «Lola, la Coquetera» recién salidito. Después tocó el Cuarteto de Nos. Era la época del *Tren Bala* y ellos eran recontra under porque la habían pegado con *Última Navidad en las Trinchera*s, pero luego habían caído. *El Tren Bala* los había vuelto a elevar un poco y eso les permitía tocar con *La Cumana*, pero no eran masivos ni ahí.

A esos amigos «decentes» los cambié por los disfuncionales de La Alcantarilla y luego por los aún más disfuncionales de La Banda de las Canicas.

Volviendo a Santa Teresa, estaba también Ianara. Era flaca, usaba ropa holgada y escuchaba metal como Conde y el resto, pero también escuchaba Todos Tus Muertos, Negu Gorriak y cualquier otro proyecto en el que Fermín Muguruza hubiese participado. Era callada y cuando hablaba todo el mundo la escuchaba: la gran virtud de la gente que sabe cuándo hablar.

Estuvimos unas tres horas en la playa hasta que cayó la noche. Picaba el hambre y, luego de una extensa discusión, quedamos en hacer hamburguesas al pan.

El fuego estaba vivo, las ramitas reventaban y los que estábamos alrededor contemplábamos en silencio. La noche estaba calurosa.

Después de diez minutos de silencio, Ianara dice: «¿y esa leña?». Nos paramos con Turtle y fuimos a buscar ramitas. Yo lo seguía a él, que me pasaba la botellita y me decía: «por acá, por acá». Yo solo veía



negro. Estaba sin linterna y Turtle me decía: «por acá, por acá», conociendo el terreno de cabo a rabo dado que estaba en esa parcela desde antes de Fin de Año. Yo intentaba alcanzarlo, pero no veía nada. También estaba un poco en pedo de caña del Chuy. Me empujaba desde un árbol hacia otro. Aceleré hacia el punto desde donde venía la voz de Turtle. Escuché el sonido de ramas moviéndose y me acerqué; quise apoyar el pie derecho, pero no había nada. Caí. Sentí el vacío rozando mi cara y luego las ramas que me arañaban y golpes contra el suelo mientras iba cayendo y rodando… Mi último pensamiento fue el deseo de que no hubiese algo puntiagudo al final.



PIÑAS EN EL BRAZO (18 DÍAS DESPUÉS...)

Nunca me había sentido tan desconcertado como ese día al abrir los ojos. Lo único que me mantuvo cuerdo fue Noelia, a quien distinguí apenas lo borroso comenzaba a volverse forma y fondo. Primero me sorprendí porque supuestamente seguía en Santa Teresa con mis amigos, lejos de Noelia y sus amigas en la Sierra de las Ánimas; sin embargo ahí estaba llorando y abrazándome con una fuerza que me dolía.

—No entiendo nada —murmuré.

—Tranquilo, tranquilo, ¡despertaste! —dijo Noelia mientras me acariciaba el brazo.

—¿Charles? ¿Dónde estoy?

—Soy yo, amor. Estás en la Médica Uruguaya de 8 de Octubre.

—¿Eh?

—Sí, tuviste un accidente, pero la sacaste barata —comentó Noelia mientras se aguantaba el llanto—. No te quebraste nada, pero casi te morís. Estuviste 18 días en coma.

—¿Eh? No me acuerdo de nada.

—¿Por qué no tenés cuidado? ¿Qué hago yo si te pasa algo? —sentí que se aguantó las ganas de pegarme porque estaba frágil.

Tres o cuatro veces en nuestra relación ella se había calentado tanto que empezó a pegarme piñas en el brazo. Era como un acuerdo tácito: ella me pegaba en el brazo sabiendo que me dolía poco, y yo me dejaba pegar sabiendo que ella lograba descargarse emocionalmente. La intensidad de las piñas en el brazo serían las de un niño robusto de doce años.



Entró mi madre y casi se desmayó de la alegría. A mi padre nunca lo había visto llorar y, cuando entró, se tapó el rostro, pero enseguida se reveló brillante por las lágrimas que había dispersado con sus manos. Con la voz entrecortada solo dijo: «¡Hola, m´hijo!». Mi hermano Johnatan gritó: «¡Brother!», y se tiró encima de la cama.

Creo que nada nos unió tanto como ese accidente.



DÍA 30: VUELTA A CASA

Después del coma, seguí internado por tres días para que me hicieran más estudios del cráneo y, ya que estaban, de todo el cuerpo. Mentalmente no sentía las tres semanas de internación, pero en el cuerpo, sí. Me dolían las articulaciones y el contacto de la piel con la sábana se hacía irritante. En esos días fueron apareciendo amigos: primero Patricia, toda ojerosa. Me dijo que ya había decidido que si quedaba en estado vegetativo, iba a ir por lo menos dos veces por semana a contarme su vida. Y cuando juntara coraje, le iba a comentar a mis padres que los dos habíamos acordado no vivir de esa manera y que le íbamos a pedir una muerte digna a la familia.

También llegaron los pibes de la banda. Germany, más rubio y nervioso que nunca, se subió a la cama y me abrazó. Hansen se quedó parado y le dijo a Germany: «Dale, salí de ahí arriba y avisale al otro batero que ya fue», mientras esbozaba una mínima sonrisa. Eduardo se acercó, me agarró el hombro y dijo: «¡qué bueno que volviste, loco!».



IV
CONTAR LA PLATA OTRA VEZ

Febrero de 2007

GRAN EMPLEADO

Me puse a mandar currículums pensando en trabajar como administrativo o algo relacionado con contar plata. Tenía experiencia. Había trabajado en una transportadora de valores donde armaba paquetes de cambio por la mañana y salía con policías a cambiar los cajones de plata de los cajeros automáticos y levantaba depósitos de buzoneras y contábamos los depósitos y hacíamos balances y arqueos y armábamos «balas» de mil billetes nuevitos y de todo valor.

Luego de tres semanas, me llamaron para una prueba de selección en la que dos «elegidos» entraban en una empresa cuyo nombre solo se lo decían al ganador. La prueba era esa misma semana, viernes a las nueve de la mañana.

Me costó dormir por los nervios y, cuando sonó la alarma, ya estaba despierto. Me tomé un café y salí como para llegar puntual. Sin embargo, llegué cinco minutos tarde. Entré al lugar y encontré otros catorce postulantes que también anhelaban ese puesto que pagaba nueve mil pesos, el equivalente a unos veinte mil en 2020. Eran seis días a la semana, siete horas cada jornada. El día libre podía ser cualquiera, probablemente un día de semana.

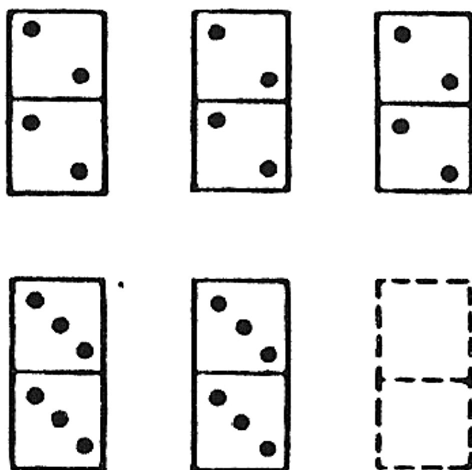
Entramos a una sala con una mesa gigante de vidrio en torno a la que nos sentamos todos. Nos mirábamos con cara de póquer mientras buscábamos algún rasgo que nos pusiera por encima del otro. Al minuto entró una mujer voluptuosa, parecida a Tina Ferreira (la mujer más linda del Uruguay). Dijo que los que tuvieran buenos resultados pasarían a la siguiente



prueba otro día de la próxima semana. Pensé: «voy a pasar, así te veo de nuevo».

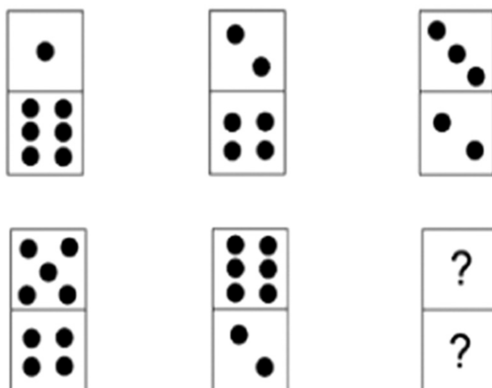
La reclutadora de Recursos Humanos, Vanessa, le dejó un par de hojas a cada postulante. Era una prueba psicolaboral. Nunca había hecho una, pero las conocía. No parecía difícil; había que manejar bien el tiempo: te daban trece minutos para completar treinta ejercicios. Con ese límite evaluaban tu *time management*. El que estaba preparado sabía que tenía menos de treinta segundos por consigna, y si en ese tiempo no la podía resolver, tenía que pasar a la siguiente, si no, no daba para completarlas todas. Era lo que aconsejaban los profesores de matemática en el liceo y me había quedado grabado a fuego.

¡Tiempo! Empezamos a completar la prueba y había de todo. Consignas que resolvía en menos de diez segundos:





Otras que me llevaban los treinta segundos:



Sabía que cuatro o cinco se descalificaban solos por haberse quedado enganchados con un ejercicio en particular, y al darse cuenta de que se tomaron mucho tiempo para resolverlo, se frustraron y completaron el resto con desidia, ya derrotados. De los restantes, ni idea, pero seguramente uno o dos lo habrían hecho mejor que yo por simple estadística. Nunca había sido el mejor en nada, así que era puro sentido común.

Terminé y entregué la prueba. Nos levantamos y nos retiramos. Un tipo flaco de apellido Kupferschmitta y yo tratamos de mirarle el culo a Vanessa de reojo. Luego nos miramos con el flaco y sentimos la complicidad.

—¿100-70-100? —le pregunté como si se tratara de un código que el flaco debía descifrar.

—Mínimo —devolvió correctamente.

—Tenés un apellido largo, ¿no?

—Sí, Kupferschmitta.

—¿Qué origen tiene? Nunca lo había escuchado.



—Es judeo-italiano. Hay muchos Kupferschmidt, pero no sé qué pasó en el camino con el mío. Bueno, en realidad sí sé qué pasó: un tano que lo adaptó cuando bajó del barco.

—Jaja, ¿y cómo te fue en la prueba? —chusmeé.

—Bastante bien. Hice todo.

—Yo también, pero fija que en dos le erré.

—Yo seguro en uno, o capaz que le erré en más.

Luego de un silencio de tres segundos, ya fuera del edificio donde fue la prueba, lo miré y le dije:

—Bueno, capaz que nos vemos mañana.

—Sí, si quedamos nos veremos.

Nos dimos la mano y tomamos rumbos opuestos.

Cuando llegué a casa, me acosté y me hice una paja pensando en Vanessa y luego en Tina: la mejor. Siempre recuerdo el mismo momento: aquel día de setiembre que yo iba caminando por dieciocho y de pronto vi a Tina que se me acercó con un sobretodo gris oscuro bastante holgado. Cuando pasó a mi lado me di vuelta y me quedé mirándola en plena Plaza del Entrevero. Al mirarla, a pesar de lo holgado del sobretodo, se le marcaba el culo a la perfección. Me quedé parado en la plaza como Forrest Gump cuando se cansó de correr. Pensé en seguirla y caminé tres pasos hasta que me sentí Ted Bundy y me detuve. La dejé ir y nunca más la vi así de cerca.

Mientras me limpiaba con una toalla vieja, sonó el teléfono.

—Hola.

—Hola. ¿Hablo con Marcelo?

—Sí.

—Hola. Te habla Vanessa.

—¡Ah! Hola —respondí algo sorprendido y empecé a tocarme de nuevo.



—Es para decirte que pasaste a la siguiente etapa. ¿Podés venir mañana?

—Si, puedo. ¿A qué hora más o menos?

—A las nueve.

—Bueno, voy. ¿Y me podés adelantar algo sobre esta nueva etapa?

No me importaba en realidad. Solo le daba charla para seguir escuchando su voz.

—Es una especie de cuestionario. Es un poco largo, pero no son preguntas difíciles. No son de razonamiento, sino más bien situaciones en las que tenés que tomar una postura o tomar una decisión. Son unas cien preguntas más o menos.

—Y... —pensaba en algo más para seguirla un poco. La tenía durísima y estaba por acabar de nuevo.

—¿Mañana a las nueve?

—Sí...

—Hasta mañana.

—¡Hasta mañanaarghh!

Al otro día, fui a la entrevista y estaba Vanessa. Me sentía un poco culpable por haberme tocado con ella del otro lado del teléfono. Entré en confianza y me dije: «Marcelo, esta es tu oportunidad para ser el mejor, finalmente. Demostrale a la sociedad que sos el uno y no un pajero de mierda». Vanessa estaba más elegante aún que la primera vez. La sostenían unos tacos altísimos, el vestido era corto y marcaba cada parte de su cuerpo. Era casi como verla desnuda. Yo la miraba para motivarme. Pensaba: «voy a quedar en la empresa y te invito a tomar una y después te llevo a Mariano Sagasta y te hago pelota, pero delicadamente, con muchos besitos en todo el cuerpo y todo el tiempo».

—Marcelo, te dejo el cuestionario. Tenés cuarenta minutos.

—Ok.



Empecé. Eran cien preguntas de absolutamente todo tipo de situaciones con el fin de determinar si tu personalidad era la que necesitaba la empresa. A pesar de que eran cien, era fácil. La clave está en no poner lo que dicta tu corazón, sino lo que dicta el corazón de tu potencial jefe. O sea, hay que sacar a relucir la máxima capacidad de empatía posible.

Al ponerme el chip de jefe se me hizo bastante fácil:

17–Seleccione una opción para cada premisa:
«Respeto la autoridad» COMPLETAMENTE DE ACUERDO.
«No respeto las reglas» TOTALMENTE EN DESACUERDO.
«Animo a la gente» COMPLETAMENTE DE ACUERDO.
«Tengo cambios de humor con frecuencia» COMPLETAMENTE EN DESACUERDO.
«Me gusta la poesía» NI A FAVOR NI EN CONTRA

Fácil. Después se empezó a poner medio raro:

43–SITUACIÓN: Usted está en una discoteca y se encuentra con una compañera de trabajo que se ha excedido de copas y le dice que quiere tener una relación íntima. Usted:
a–Aprovecha su estado vulnerable y la lleva a un lugar para concretar la relación íntima (LA QUE TE ELIMINA).
b–Le pregunta si fue con amigos para que la acompañen a su casa después (LA CORRECTA).
c–La saluda, conversa un poco con ella y luego usted se despide y vuelve con sus amigos (CORRECTA, PERO HAY ALGO RARO).



71-SITUACIÓN: Usted se encuentra almorzando con sus padres, su esposa y sus hijos pequeños. De pronto, se levanta el techo de su casa y descienden extraterrestres. De inmediato asesinan de forma despiadada a todos sus seres queridos y usted queda vivo. Ellos le dicen que el planeta se estaba sobrepoblando y que estaban haciendo lo mismo con todas las familias del mundo. En su caso, estos seres le permitirán elegir a un ser querido para que vuelva a la vida. ¿A quién elige?
A) Uno de sus padres.
B) Su esposa.
C) Su hijo mayor.
D) Su hija menor

Mi elección: la D. Supuse que lo que buscaban mis empleadores era que tomara la mejor decisión para el planeta: una niña inocente que puede ser educada en los valores de la nueva sociedad y lista para procrear cuando el nuevo mundo esté preparado.

Las últimas diez preguntas parecían no tener solución correcta; sin embargo, había que elegir una.

90-Si tuviese la completa libertad para robar un elemento de una oficina, ¿cuál elegiría?
A) Una grapadora.
B) Dinero de la caja fuerte que accidentalmente quedó abierta.
C) La clave de la alarma.

Opción elegida: grapadora. Explicación: así tu empleador sabe que no sos ambicioso o que, por otro lado, sos tan temeroso que no te animás a robar plata ni de forma hipotética.

95-¿Cómo le gusta ganar un partido de fútbol?
A) Por medio de una contundente goleada.



B) De forma clara, sin golear pero sin pasar sobresaltos.
C) En la hora y con un jugador menos.

Opción elegida: la A. La elección fue un descarte. Pensé que al que le gusta ganar en la hora es porque le gusta la adrenalina y por lo tanto, vas a dejar todo para último momento. Al que le gusta ganar pero sin golear, es mediocre y conformista. El que gana por goleada tiene ambición y además respeta al rival. Si uno se pone la camiseta de la empresa, no pone el freno. Hace goles hasta que no le da el cuerpo. Deja el cien por ciento y no ningunea al rival. Golear es respetar.

100-(intente responder lo primero que se le ocurra) Si lo contrataran de un supermercado para ser el modelo de su nuevo catálogo de precios: ¿qué artículo le gustaría sostener?
RESPUESTA: Una lata de *corned beef*.

Terminé el cuestionario y volví a revisar todas las respuestas porque me había sobrado tiempo. Cuando llegó Vanessa, le di el cuestionario, un apretón de manos y la miré fijo para que viera mis ojos claros.

—En breve te llamamos por sí o por no, ¿ok? —dijo ella.

—Ok.



LOS EFECTOS DE LA ELECTROCUCIÓN

Hansen, el violero de Los Jugadores Sensibles, se electrocutó moviendo la antena de la tele descalzo y con los pies húmedos. Se quedó pegado a la antena.

—...entonces me dio por salir corriendo y me llevé la tele pegada en la mano. La tele cayó del mueble y explotó. Era una tele vieja de tubo. Rocé el mueble de madera con un pie y ahí la tele se me despegó.

—Bueno, zafaste —dije.

—Sí, ponele... Igual no fue nada. Acá el que zafó sos vos, ¡papá! ¡Más de dos semanas en coma, loco!

—Sí, casi palmo. Pero la sufrieron más los demás que yo. Me caí por el barranco y cuando abrí los ojos estaba en el hospital y habían pasado 18 días. A los que estaban ahí sí se les notaba el tiempo que había pasado. Para mí fue un pestañeo. Supongo que esa nada del medio es nuestro estado cuando morimos, pero me cuesta imaginar ese estado para siempre.

—Para mí estás un tiempo así y después algo pasa, no sé bien qué, pero un coma eterno no puede ser, sería retriste —dijo Hansen, reflexivo como nunca.

Todo lo que decía Hansen era muy poco Hansen. Su carácter era siempre desganado, parco en el habla, más bien agrio. Tenía una arruga de tanto fruncir el ceño que comenzaba entre sus ojos y terminaba en la mitad de la frente. Ya era toda una canaleta. Así que esos comentarios tan optimistas y esperanzadores me dejaron un poco sorprendido.

Luego del shock de encontrarnos con un Hansen optimista, fresco, de a poco nos adaptamos y empezamos a disfrutar de la música que hacíamos. El aura de los ensayos había pasado de una densidad mohosa



a la calidez de un amanecer en Valizas. El aire parecía ingresar más limpio a nuestros pulmones, los diálogos eran más amenos y las discusiones habían mermado a casi nada. Era una nueva etapa de la banda: una etapa en la que Hansen reía, Germany estaba menos ansioso, Eduardo hablaba con soltura y yo estaba vivo.



CICLOTIMIA

Tenía grabada la palabra de alguna conversación entre mi madre y la psicóloga del liceo. Nunca hablamos del tema y nunca tomé medicación, así que quedó por esa. Sin embargo, en esos días había vuelto a mi cabeza aquella charla luego de pasar tres días prácticamente sin salir y metido en la cama. Me sentía rendido, agotado y perdido. Estaba sin laburar, así que me podía permitir ese estado.

Cuando te agarra el bajón es bravo. Todo lo que está bien pasa a no estarlo. Por ejemplo, «qué bueno tener tiempo para andar por ahí y hacer lo que quiera...» pasa a «no estoy haciendo nada por mi futuro, la puta madre que lo parió. Estoy perdiendo el tiempo»; o «qué bueno tener tiempo para mí y hacer lo que quiera» pasa a «nadie me da bola, nadie me llama, nadie quiere hablar conmigo, todo el mundo en la suya, soy prescindible».

De eso conversaba con mi eterna amiga Patricia unos días después de la electrocución de Hansen.

—Hay dos momentos que me hacen pasar de todo bien a todo mal – le dije.

—¿Cuáles?

—El momento que más me destruye es cuando está lloviendo y de pronto para y sale el sol. El contraste de la luz del sol con la calle mojada me quiebra. Cuando pasa eso me encierro en casa con las cortinas cerradas y la tele prendida.

—¿En serio, boludo?

—Posta.

—¿Y el otro?

—El otro es fumar porro de día.



—Pero si vos te pasás fumando porro de día.

—¿Sí? ¿Me ves fumando porro de día muy seguido? Pensalo…

—…

—Alguna vez en la previa de algún festival grande o en vacaciones, pero fumar de día es lo peor. Como decía un bloguero que luego coincidió que fue uno de los que escribió *25 Watts*: «el porro vuelve cualquier día un domingo». Y después se mató.

—Fa, no sabía que te pega tan así el faso.

—Si es de día y día de semana, me mata. Es como que le quita sentido a todo lo que estás haciendo. Te saca del partido. Con lo difícil que es levantarse todos los días, me fumo un faso de día y eso que trato de sostener con un hilito de cordura, se me va al carajo. Entonces empiezo a mirar todo como desde adentro de una botella. Es una botella rosadita, bastante agradable, pero ves cómo todos los que están fuera de la botellita siguen con la vida de mierda que tenía yo hace un rato y ahí me empiezo a deprimir porque al verlos a ellos veo mi propia miseria.

—Ah, entonces no es el efecto del porro. Bueno, sí es el efecto, pero lo que de verdad te mata es que te hace chocar con la realidad.

—Puede ser.

—Claro, no te la agarres con el mensajero. O sea, decís que si estás de vacaciones no hay problema con fumar. Fumás en cualquier momento y siempre está buenísimo, ¿no?

—Sí…

—Y bueno, entonces no es el porro, es tu vida.

—Te juro que a medida que empiezo a quedar reloco en mi cabeza empieza a sonar Portishead, *Roads*, siempre *Roads*. Ojo, me encanta, pero en ese contexto está de menos.



—Tremendo tema ese. Ahora que estoy pensando me acuerdo de una vez que me dio un bajón mal, así, repentino. Estaba en Buenos Aires, en un bar en Callao y Corrientes que está abierto hasta tarde y...

—Pará, ¿en serio estuviste en ese bar? Yo también paré ahí hace unos años y me pasó algo muy zarpado, otro día te cuento. Decime.

—Bueno, estaba ahí sentada con un loco con el que estaba en ese momento y en una miro un edificio que está en la otra esquina, miré hacia arriba del todo y había una luz prendida, solitaria. No sé bien, pero me dio una tristeza... Capaz que imaginé que había un loco trabajando solo ahí hasta tarde, tipo trabajo de oficina. El loco odiando su vida pero sin saberlo, simplemente se arrastra como un caracol por la vida, no sabe.

—Tá, es eso mismo.



IWOK

Con Noelia nos íbamos afirmando y la confianza nos volvía invencibles. Nadie era capaz de poner a uno en contra del otro por manija. Éramos cómplices. Ella había empezado a leer mi blog.

—¿Es verdad eso que escribís en el blog? —preguntó.

—Más o menos.

—¿En qué sentido?

—Se basa en una verdad, pero termina mejor que lo que pasó en realidad.

—Pero, ¿esas minas existieron?

—La mayoría, sí.

—¿Y pensás en ellas?

—Y sí... Como vos cuando me hablaste de Gustavo que la tenía enorme. Te escuché con mucha paciencia, pero no pienses que no me afectó.

—Sí, pero yo nunca me puse a escribir sobre eso.

—Hasta hoy. Vos tenés pasta de escritora. En cualquier momento vas a empezar.

—¿Decís?

—Empezá con un blog, tranqui. Con el tiempo va a fluir la cosa.

La promiscuidad volcada en mis escritos la excitaba. Me daba cuenta porque cuando salíamos me tiraba señales. Cada tanto íbamos a Iwok y nos encontrábamos con alguno de Los Jugadores... Casi siempre Hansen, el violero, que andaba en un rincón con esos que siempre están rodeando al que tiene algo de plata. Pero a veces estaba Germany, el cantante. Noelia siempre lo miraba como si fuera un fenómeno de circo. Por las dudas le pregunté:

—¿Por qué lo mirás tanto?



—Yo qué sé…
—¿Te gusta?
Ella me miró como diciendo «no te enojes».
—Un poquito… sí.
—¿Querés que le diga para irse con nosotros?
—Ay, no sé…
—Dale, le digo y vemos…
—Bueno…

Germany andaba con una pendeja a la que no le tenía mucho afecto, pero ella lo adoraba como a un dios. Él recién había salido de una relación de ocho años con un mujerón de gran personalidad llamada Inés. Una vez rota la relación, él quedó destruido emocionalmente. Estaba enamorado, pero también lo estaba de muchas otras. Los primeros dos años fueron idílicos, entre el tercer y sexto año, Germany empezó a andar con otras mujeres, pero esporádicamente. Inés ya lo conocía y le permitía esas historias y hasta a veces se metía también. Es más, para el cumpleaños treinta de Germany, Inés contrató a una *escort* para que le bailara y luego hacer un trío. En los últimos dos años se desvirtuó todo. Un día, ya medio quemada, le agarró el celular a Germany y vio que tenía una lista enorme de mujeres en el facebook a las que cada tres, cuatro días, les mandaba el mismo mensaje para ver cuál aceptaba la invitación a coger. Eso la detonó y lo mandó a cagar.

Esa noche en Iwok, Germany andaba solo. Me contó que venía de una fiesta en la que Pato Delovo, la modelo más deseada del Uruguay, una vez terminada la joda (merca), lo agarró, lo llevó hasta el cuarto, lo tiró en la *King Size*, le sacó el pantalón con salvajismo, se la chupó un poco y después se lo montó a lo bestia. Para rematar, apareció Berenice, otra modelo famosa por su delicada imperfección, se paró un rato en la entrada del cuarto como buena *voyeur*, luego se acercó y le



empezó a chupar los dedos de los pies mientras Patita lo montaba. Cuando apareció Berenice, la taquicardia le hizo creer que esa sería su última noche, pero no le importó porque morir así es un pasaporte a la posteridad, y Germany quería estar vivo pero aún más ser leyenda. Para Germany la vida ordinaria en La Tierra era aburrida, como cruzar 18 de Julio un feriado. Vivir era hacer algo histórico, memorable. Nunca conocí a alguien que quisiera eso. Luego de contarme todo eso como si yo fuese su amigo de toda la vida, siguió:

—No hay músicos en Uruguay con destino trágico.

—¿Mateo? —retruqué.

—Ponele, pero no se sabe mucho. Y tampoco es tan conocido. En la movida sí, pero en general no es muy conocido.

—¿Y qué querés decir con eso del destino trágico?

—Y por lo que decía Buscaglia... «qué *sponsor* la muerte». Y por eso no hay músicos icónicos.

—¿Decís que hay que matarse para quedar en la historia?

—O sea, es cualquiera. Pero por otro lado, es el mayor acto de desprendimiento que pueda haber, porque vos decís «matarse» pero, ¿te das cuenta de lo que hablás? ¿Vos pensaste en lo que serías si no existieras?

—¿Cómo que no existiera? —pregunté aún desconcertado.

—Claro, te matás o... morís trágicamente como Gilda. Tenés un accidente fuerte. ¿Alguna vez te imaginaste siendo nada? ¿Qué es ser nada?

—Y... nada. Cuando te morís, te morís... —le dije.

—Sí, pero dejás de existir. Yo te pregunto: ¿qué es dejar de existir? ¿Te imaginás no existiendo? Imaginate dormido para siempre.

—¿Decís que cuando morimos estamos dormidos para siempre?

—Ese es el tema..., no logro creer que cuando morimos nos convertimos en gusanos, nuestros cerebros se apagan, y nos apagamos para siempre... y pasamos a ser nada... Es fuerte eso, ¿no?

—La verdad que sí. Me cuesta ser nada, pero es parte de lo que no conocemos. O sea, para vos, ser nada es desaparecer, pero para otro la nada es aparecer en otro mundo más espiritual. Entonces, en la Tierra te convertís en abono, pero a nivel espiritual te vas a otro lugar. A mí me cuesta también y por eso quiero creer que renacemos, no necesariamente como seres humanos, pero que nacemos y morimos todo el tiempo.

—¿Pero entonces creés en algo espiritual? —me preguntó esperanzado porque ya me había instalado la idea de que es raro ser nada.

—Y... ponele que sí.

—Ahí está lo complicado... Que cuando creés en eso, la posibilidad de la existencia de un Dios se vuelve más probable. O sea, si creés en el alma que se despega del cuerpo, te ponés mágico. O sea, perfectamente podría existir un Dios.

—Cierto.

—Tá, entonces, seguime con esto: cuando aceptás lo espiritual, todo puede suceder, sino, listo, hemos creado una gran historia para evitar ese trágico destino de convertirnos en abono.

—Mirá, las religiones son relatos para que mucha gente se quede tranquila ante las mierdas que le pasan en la vida y que van a ser recompensadas si se portan bien. Es una herramienta para que el sistema actual se sostenga sin que haya una rebelión masiva. De otra forma no aceptaríamos que un porcentaje mínimo de la población tenga la gran mayoría de los recursos. Pero sacando todos esos inventos, hay cuestiones que no conocemos y que podemos llamar



mágicas, no se trata de creer en Dios. Acá hablamos de reencarnación, infinitas dimensiones paralelas, extraterrestres... Por ahora es todo magia, pero quién sabe. Puede haber algo. Hay muchas cosas que no conocemos. Cuando creemos que está todo descubierto aparece algo salado, como internet, ponele. ¿Quién pensaba que aparecería eso y que iba a cambiar tanto nuestro estilo de vida?

Así seguía la noche en Iwok, como casi todas las noches que íbamos con Noelia: una oscuridad casi total; Depeche Mode y Bauhaus hacían ondular a los góticos que siempre miraban hacia adelante como los caballos, *punkies* de la vieja guardia que llegaban con cara de limón verde; pendejas de pollera a cuadros que se iban con locos que tuvieran auto para coger de a cuatro; el pelado *dealer* que no necesitaba disimular y se paseaba por todo el lugar ofreciendo merca y ácido que no pegaba nada. La merca era siempre de la mala. Te dejaba sangrando o con la nariz goteando agua. Por eso estaba lleno de gente con tapones en la nariz. Por esa época la merca se cortaba hasta con vidrio molido y los *dealers* eran mucho más jodidos: si alguien no le pagaba, se lo llevaba para la vuelta y el tipo volvía con la cara cortada con sevillana y si era una mina la obligaba a chuparle la pija mientras le pinchaba la cien con la misma sevillana. A esa gente no se la veía más, o tal vez sí, pero mucho tiempo después. Así era Iwok en la noche. ¡Ah!, y un perro sucio que siempre estaba adentro acostado o a veces ladrándole a alguno que le caía mal.

A eso de las cinco de la mañana estábamos todos borrachos y duros. Noelia, Germany y yo bailábamos frenéticamente *Dancing with myself* de Billy Idol. Cuando terminó la canción, ella dijo que iba al baño.

—Che, ¿qué te parece si pegamos uno y nos vamos los tres para casa? —le pregunté a Germany.

—Bueno, dale.

—Va a estar bueno ¿Qué te parece Noelia? ¿Buena onda?

—Sí..., bien.

—Bien —dije mientras la taquicardia me hacía ver puntitos blancos en su cara lampiña.

Volvió Noelia y arrancamos. Subimos a un taxi y fuimos derecho a casa de mis viejos que a esa hora estaban en el quinto sueño. En quince llegamos. Entramos rápido, subimos al cuarto, pusimos una mesita y servimos tres rayas. Yo salí brevemente del cuarto y volví a los cinco con una jarra de esas que le daban a la gente en la Fiesta de la Cerveza, llena de vino del que tomaba mi madre. Tomamos, conversamos un rato sobre la gente celosa y en simultáneo con Germany le entramos a besos a Noelia. Cada uno a un lado del cuello. Le gustó. Luego empezamos a alternar besos de lengua con ella. Mientras yo la besaba, Germany se sacaba la ropa y luego al revés. En una solo Noelia quedó vestida y con Germany le empezamos a quitar la ropa con delicadeza. Le sacamos la remera entre los dos, nos miramos y entrecerramos los ojos de placer por sentir esa piel. Luego le sacamos el jean y se notaba que temblaba un poco. Yo le dije: «tranquila, sin apuro», y ella asintió con los ojos entrecerrados. Yo temblaba un poco y Germany estaba medio nervioso también.

Ya sin ropa, le dije a Germany que le pasara la lengua por todo el cuerpo que yo iba a lo mío. Germany la besó en la boca, el cuello, las tetas y el abdomen por completo. Finalmente bajó hasta su clítoris y entró a moverse frenéticamente mientras Noelia daba sus primeros gemidos. Al mismo tiempo, yo le agarré la cabeza con la mano derecha y con la izquierda me bajé el bóxer. Ella vio mi pija hecha un fierro y la tragó toda. Así estuvimos un rato hasta que en una Germany se



paró, se sacó el bóxer y mostró una pija un poco más grande que la mía, tal vez un poco más fina y algo más doblada. Se puso en posición y la empezó a penetrar despacio. Y entramos en loop: diez minutos en los que ella recibía por dos lados demostrando mucho placer, casi en éxtasis. Cuando notamos que tuvo su primer orgasmo, cambiamos posiciones con Germany, pero con Noelia en cuatro. Uno de mis temores, que era ver a Noelia chupándosela a otro, no fue algo oscuro sino altamente excitante. Sentía que en cualquier momento íbamos a explotar de placer. Seguimos un rato más hasta que Noelia tuvo su segundo orgasmo. Era tan lindo verla acabar. Un espectáculo celestial. Cómo se movía, cómo gemía, mirando para todos lados como esperando que hubiese alguien atestiguando ese momento de placer extremo.

Paramos, tomamos otra raya, fumamos un pucho, recargamos la jarra de vino y seguimos. Germany y yo no acabábamos. Solo parábamos por Noelia. Estábamos a su servicio. Ella era la que nos alimentaba, nos energizaba, no queríamos acabar por nada del mundo. Después de unas horas, a Noelia le ardía la concha así que dijo: «vengan los dos». Nos acercamos a su cara y ella nos empezó a masturbar a la par. Las cabezas de nuestras pijas estaban violetas. Noelia movió sus brazos a la par y dirigía las dos pijas a su cara. En una Germany me tocó el brazo, lo miré y él señaló la situación como diciendo: «¿no te jode?». Yo asentí como personaje de los Simpsons. Todo bien, ya estábamos en el ruedo y la idea de que el amor estaba en nuestra cabeza y no en los cuerpos la teníamos clara desde aquella primera vez que la idea emergió como una epifanía fulminante y dispuesta a ejecutarse tarde o temprano.

Al terminar, Germany se quedó durmiendo en un colchón en el piso, Noelia y yo en la cama de mi

cuarto, también de una plaza. Dormimos hasta las dos de la tarde. Cuando nos levantamos, bajamos los tres; le presenté a Germany a mi vieja y nos sentamos todos a comer. Apenas empezamos a comer los ravioles de verdura con tuco, cayó mi hermano Johnatan que quién sabe dónde estaba. Cuando vio a Germany, le dijo: «¿y vos quién sos?». Él extendió la mano y dijo: «Germán, mucho gusto». Se saludaron y seguimos comiendo.



EL DESGARRO

Lunes 5 de marzo. Ocho de la mañana. Subimos con Patricia al auto que pone la funeraria. También subieron Virginia, su amiga de siempre, y Fabián, su amigo más reciente. Fabián era flaco y de cuerpo alargado. Me hizo acordar al Hombre Elástico. Era escritor, pero era muy vago. Había escrito un solo cuento y se lo habían publicado en una antología; después no escribió más, pero le decía a Patricia que alguna cosa estaba escribiendo.

Íbamos al Cementerio del Norte. Virginia se precipitó al asiento de acompañante. Años atrás, yo la tenía podrida a Patricia con que me gustaba Virginia. Era de esas mujeres con metas claras: hacer plata, conocer su media naranja y tener dos hijos. Siempre decía que quien se propone las cosas las consigue, no importa en qué situación uno haya nacido: un asco de idea, pero ella me encantaba igual. Su cuerpo bien curvo y su boca de pato me tenían hipnotizado. Pasado el tiempo, su moral de ignorante me sacó la calentura.

Patricia seguía en shock. Según la crónica del informativo, el auto intentó cruzar sobre el final del cambio de luces y quedó incrustado bajo un camión que se lanzó un poquito antes del cambio. Más allá de las responsabilidades, el padre de Patricia estaba muerto. Ella lo adoraba, aunque no era un tipo muy presente. Tenía setenta y dos años, era alto y llevaba un bigote como el de Berugo Carámbula. Sonreía mucho. Según Patricia, era una mezcla del intendente Ehrlich con Bela Lugosi. Me mostró una foto y sí, era una buena descripción.

El auto avanzaba a una velocidad prudente y a la gente en la calle le daba el tiempo para detenerse y

persignarse. Ninguno de los que estaba en el auto, salvo el chofer, sabía cómo comportarse en ese tipo de viaje.

A unas cinco cuadras de haber salido, a la altura de Rivera y Jackson, Patricia le dice al conductor:

—¿Te animás a prender la radio?

—¿Cómo?

—Si te animás a prender la radio.

—Bueno.

Justo arrancaba un tema cuya melodía todos conocíamos y empezamos a tararear bajito. Cuando empezó a cantar Arjona, todos lo seguimos casi susurrando:

El reloj de pared
Anunciando las 6:23
El pasado con sed
Y el presente es un atleta sin pies
Y ya son las 6:43
Y el cadáver del minuto que pasó
Me dice así se vive aquí te guste o no
Y la nostalgia pone casa en mi cabeza
Y dan las 6 con 50.

Al rato todos perdimos la timidez. La que cantaba y gestualizaba con más alegría era Patricia.

Quién te dijo que yo
Era el sueño que soñaste una vez
Quién dijo que tú
Voltearías mi futuro al revés
Y ya son las 7:16
Y el cadáver del minuto que pasó
Me dice tu estrategia te arruinó
No queda más que ir aprendiendo a vivir solo
Si te quedan agallas.



En una, Patricia dejó de cantar y dijo:

—¿Este es el tema con el video de una mina flaca morocha que aparece todo el tiempo, Arjona que está recontra cuadrado y todo de negro y después la mina aparece muchas veces y de noche le pega los afiches de los toques y al final cae en un toque suyo en vivo en plan medio *stalker*?

—No, ese es «Olvidarte» —dijo Fabián.

—Ah, me acuerdo. «*Olvidarte, oooooolvidarte... es querer jalarle el pelo a una boteia.*»

—Sí, un temún —agregué—. Cada vez que lo daban en Telemúsica lo miraba enterito. Había algo que me conmovía. Pensaba que dentro de ese ser fachero, cuadrado, con guita, había un desgarro profundo. ¿Vieron esa gente que parece tener una vida perfecta, siempre sonriendo y comentando lo bien que está? Bueno, claramente están todos desgarrados por dentro.

Esto último generó una risa general.

—See —dijo Patricia—, yo tengo una amiga así. Es preciosa, siempre refregándote en la cara su maravillosa vida. Después la dejé de ver y a los tres meses más o menos me enteré por otra amiga que la loca se había divorciado porque el marido se cogía a su ahijada de veinte. ¡Y hacía años! ¡Cuando empezaron tenía dieciséis! Dice que empezó a sospechar porque en el Facebook la ahijada subía fotos con el padrino y comentaba cosas como: «Acá estoy con el más lindo del mundo. ¡Te amo, padrino!» o «¿Qué haría yo sin vos, padrino? Sos re importante para mí. ¡Cómo te quiero!» Entonces un día le dijo al marido que se iba todo el fin de semana a un Congreso en Paysandú, pero en realidad se fue a la casa de Joanna, la que me contó todo esto. Ya se imaginan lo que pasó. El mismo día que pretendió haberse ido, volvió a la casa sobre la noche, pero no entró de viva rompiendo todo. Se



quedó afuera vigilando. Si la estaba cagando tenía que estar segura. No podía quemar ese cartucho sin planificar, porque si no, el loco se iba a cuidar al extremo y nunca le iba a dar la captura. Bueno, se quedó afuera esperando tipo espía hasta que vio a la pendeja bajar de un taxi y meterse en la casa. Ahí se le vino el mundo abajo, pero todavía no le había dado la captura. Tenía que esperar. Así que fue por el costado de la casa y se puso a vichar por la ventana. Los vio conversar largo rato hasta que en una se metieron en el cuarto. Listo. Esperó quince minutos para estar segura, fue hasta la puerta de la habitación, abrió la puerta y ¡chan!, la pendeja en bolas acostada y el tipo encima cogiéndola ¡por la boca! La ahijada le agarraba el culo al loco con las dos manos. Ella vio eso y entró en estado de shock. No habló por una semana.

—¡Fa! Qué salado —dije.

—See...

Apenas terminó de hablar, se puso a llorar. El auto ingresaba al cementerio y todo era gris en un día difícil de definir. Los días de duelo no son un día de semana, ni de fin de semana, ni un feriado. Son un paréntesis para sufrir y angustiarnos ante lo efímero de la vida. No solo para Patricia sino para todos los que la acompañamos. Entramos al cementerio y vimos el final de cada uno de nosotros.

Faltaba uno para llevar el cajón hasta el nicho y me acerqué. Tomé un extremo y caminé lentamente rodeado de todos los familiares. Pesaba pila y no daba para pedir una pausa. Había que aguantar. Finalmente llegamos y soltamos despacio el ataúd. Se me llenó la mano derecha de callos.

Todos rodeamos el cajón y comenzó la cuestión burocrática cuando llegaron dos tipos con un carrito elevador y una escalera. Después de abrir el nicho, tomaron el féretro y lo colocaron en el carrito. La



combinación de angustia y tristeza de los presentes con el sonido del carrito elevando el cajón se volvió desconcertante, como que había algo que no cerraba en esa situación.

Una vez colocado el cajón en el nicho, los funcionarios con mameluco naranja lo cerraron, bajaron en el elevador, se sacudieron el polvo de los guantes y se quedaron parados esperando. Todos los demás también. Hubo unos cinco segundos de silencio hasta que Patricia estalló en llanto y otros sollozos emergieron a la vez. Un tipo que estaba cerca de los funcionarios les dio una propina de cien pesos.

Patricia vivía cerca de ahí, así que nos fuimos a la casa, aprontamos un mate y fumamos porro toda la tarde. Estábamos en el paréntesis.

JURI

Al otro día del entierro, de mañana, sonó el celular. A veces no contestaba porque no lo sentía. Tenía de ringtone un tema retranqui de Yo la Tengo. Milagrosamente lo escuché.

—Hola. ¿Marcelo?

—Sí, él habla.

—Soy Vanessa.

—¡Hola, Vanessa!

Cómo me calentaba esa mujer.

—Es para decirte que quedaste seleccionado para el puesto de operador financiero.

—¡Qué bien! ¿Cuándo empiezo?

—¿Podés mañana?

—Sí, claro.

—Bueno, te comento. Es para trabajar en el cambio Varsky. Se trabajan seis días a la semana con un día libre a convenir. Vas a trabajar en el horario de la mañana de 9 a 15 hrs. con un salario nominal de nueve mil pesos. ¿Te parece bien?

—Sí, todo bien.

—Bien, mañana debes presentarte en el local de Montevideo Shopping a las 8:45. Vas a estar unos días de prueba y, si está todo bien, ellos van a tramitar todo contigo.

—Ok.

—Exigen vestimenta semiformal. Camisa y jean o pantalón de vestir está bien.

—No hay problema.

—Eso es todo, Marcelo. Te deseo suerte y buen desempeño. Acá hiciste todo bien, así que no deberías tener inconvenientes.

—Eso espero, gracias.



—Chau, Marcelo.
—Chau, Vanessa.
Suspiré. Me había encariñado un poco.

Primer día de laburo en el cambio dentro del Montevideo Shopping. Tomé un 128 en Gonzalo Ramírez y conseguí asiento al lado de una mujer de unos cincuenta años que miraba por la ventana y pensaba en voz alta sus próximos pasos. «Me voy a bajar y voy a comprar boniatos», decía. Ya aprendí hace rato que los uruguayos estamos locos, así que, sin sorpresa, me senté y me puse los auriculares. Estaba en una etapa de escuchar radio, de no tener que elegir y dejarlo en manos de alguien que se cope haciéndolo.

Hice *zapping* hasta que caí en Del Plata que pasaba *Linger* de Cranberries y me transportó a los recreos del liceo y las pendejas que me tuvieron loco durante esa etapa. ¡Qué canción hermosa! Y se ve que el operador de radio estaba colgado con líderes femeninas de bandas de rock de los noventa porque engancharon el tema con *My favourite game* de The Cardigans y reviví aquel video de la guacha en el convertible por la ruta en plan *destroy* suicida. Recuerdo que arrancaba el video y nunca lo quería mirar pero terminaba viéndolo hasta el final. La mina volando desde el convertible es una de las mejores escenas de la historia del videoclip. Se nota que es trucho, pero está bueno y ese choque encajaría a la perfección en una película de Lynch.

La exquisita selección continuó, deslizándose con sutileza a clásicos del pop de los noventas, hasta que, en medio del himno de Cristian Castro, *Amor,* me tuve que bajar. Entré al shopping y llegué al cambio. El local tenía forma de L y todo requería más espacio del que había. Cuando entré por la puerta blindada, veía a un lado y a otro a mis futuros compañeros de trabajo



atendiendo gente a cara de perro. Se notaba que el trabajo era como picar piedra, pero con público.

El encargado se parecía a Rutger Hauer en *Blade Runner*. Apenas lo vi, lo primero que pensé fue «qué pesadilla vivir contigo» y me apiadé por un momento de su esposa la que deduje tenía por el grueso anillo, brillante como una anormalidad nuclear de caricatura.

Lo llamaban por el apellido: Juri. Tenía pómulos pronunciados, ojos celestes, piel ligeramente bronceada, corte de pelo romano y un tono de voz robótico, carente de entonaciones. En una película, sería el ruso que contrabandea armas.

La radio emitía bien de fondo *Losing my religion* de REM. Los nervios no me dejaron disfrutar la canción. Tenía que concentrarme en complacer a Juri. Apenas me senté al lado de un pibe llamado Franco para que me enseñara cómo era el asunto, me pasó todos los piques, a señalar:

«No te comas billetes falsos.»

«No le des la contra a Juri.»

«Cuando terminás de atender a uno decí "siguiente" enseguida porque si no matás a un compañero.»

«Sabé que acá nunca deja de entrar gente.»

«Concentrate en dar bien el cambio porque Juri no banca muchas cagadas. Un par y *pa´fuera,* o te manda a otra sucursal.»

Me había quedado claro que Juri era el capo. La radio estaba con el volumen bajo y pasaba cualquier cosa entre los noventa y principio de siglo. Era raro ver el ritmo frenético que se daba en el lugar mientras sonaba el clásico *More than words* del dúo Extreme. Y así pasaban los clásicos de mi adolescencia mientras presenciaba un frenético intercambio de plata, facturas y voces.



Franco me pasó todas las máximas del laburo. Era más chico que yo, pero andaba de vuelo. Yo lo miraba y él no me hablaba mucho. En mi laburo anterior había tenido una verdadera maestra como tutora. Este pibe lo único que quería era terminar su turno para irse a ver a Peñarol.

—Bueno, acá la cosa es fácil: mirame —fue lo primero que dijo.

Igual encaró y tiró unos piques. Aprendí que las facturas se pasaban por una validadora; que cuando viene alguien a hacer una transacción que no involucra moneda nacional, es un arbitraje; que los billetes falsos son más gruesos (eso lo sabía), y que la excesiva autoconfianza es el peor enemigo.

—Mirá —me dijo—, vas a pasar estos días de prueba sin problemas. Se ve que encarás, así que la única sugerencia que te hago, y espero nunca la olvides, es que no te confíes.

—¿Por?

—Y porque va a llegar un punto en el que vas a dominar todas las situaciones posibles y a poder solucionar casi todos los problemas. Cuando creés que la tenés clarísima, aparece una diferencia de, no sé, diez palos. Y no lo vas a entender. Vas a contar por todos lados, vas a chequear todo mil veces y no vas a encontrar nada raro. Te mandaste una cagada y por confiado no te diste cuenta. Porque cuando estás confiado bajás la guardia. Estás esperando todos los movimientos previsibles, estás en piloto automático, entonces viene uno y te dice dos pavadas como: «¿Viste que un pastor noruego dibujó un pene gigante con caca de oveja? Solo se ve desde el aire», o algo así, y ahí, cuando estás descolocado, te encaja un billete falso o le das un librillo de más por el descoloque.

—Ok, entendido.

Agarré lo básico y empecé con lo mío. No parecía adaptarme al ritmo del shopping. Juri me ponía muy nervioso. Caminaba siempre para un lado y para el otro. Cada cuarenta y cinco segundos lo tenía detrás. Era atomizante. Al día dos ya estaba trabajando para que me rajaran o para que me mandaran a otra sucursal. Me sentía en un partido de fútbol de nueve mil minutos en el infierno. Además no había respiro, era una persona atrás de la otra durante seis horas. Se cortaba media hora, pero estaba muy acelerado como para disfrutarlo. Me quedaba en la parte de arriba del local encerrado. Comía alguna cosita, hacía tiempo y seguía.

Al tercer día de atender gente sin parar, cerca del cierre, le compré sesenta y dos pesos argentinos a un cliente. En la jerga financiera «le compré» significa que el Cambio le compró. Poco antes de cerrar, empecé a hacer el arqueo de la moneda extranjera. Cuando me puse a contar los argentinos, encontré un billete de dos pesos que parecía una fotocopia. Sabía que me lo había dado el cliente de los sesenta y dos pesos. Dos pesos argentinos valían menos que una moneda de cinco uruguaya así que podía haber agarrado ese billete falso, hacer una bolita y tirarlo a la basura. Pero no lo hice. Estaba muy estresado y además me dio miedo que lo vieran por las cámaras. No me bancaba a mis compañeros ni al sorete de Juri y además había entrado otro pibe que tenía experiencia y me daba mil vueltas y yo estaba seguro de que era el que se iba a quedar. Entonces volqué todas mis esperanzas en que Juri optara por cambiarme de sucursal o, de última, echarme.

Llamé a Juri.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Creo que me morfé este falso.

—Creo, no. Te lo morfaste.



—Bueno, sí.

—Pero parece una fotocopia, ¿cómo no lo viste? —dijo Juri poniéndose rojo.

—Ni idea. Me distraje, supongo.

—Dámelo —ordenó Juri con violencia.

Se lo di. Lo agarró, formó una pelotita con el billete y lo tiró a la basura. No me dijo más nada. Subió una pequeña escalera que daba a un entrepiso donde estaba su oficina y donde dejábamos nuestra cajita con plata y las camperas. Salí a las 15:30.

Ese día, sobre las cinco de la tarde, recibí un llamado de Osvaldo, uno de los encargados, desde la casa central del Cambio.

—Hola, ¿Marcelo?

—Sí.

—Mirá, te habla Osvaldo. Mañana no vayas al Montevideo Shopping. Andá al Disco de Chucarro, ¿lo ubicás?.

—Sí, no hay problema.

—Gracias, chau.

—Chau.

No me echaron.



AIRE DE MAR

Primer día en el Cambio Varsky del Disco de Chucarro. Cuando llegué, me encontré con una cabina en la que entraban como máximo tres personas, aunque la mayor parte del tiempo solo había una. Era de unos dos metros y medio de largo por un metro y medio de ancho: una pecerita. Imaginé jornadas laborales en un ambiente claustrofóbico, pero la verdad es que me acostumbré rápido a la cajita blindada y climatizada.

Eran las tres de la tarde y yo llegaba para sustituir al que trabajaba de 8 a 15. Yo hacía de 15 a 22:30 y hasta las 23 en verano. El que trabajaba en el otro turno era Otelo, un tipo de unos treinta y ocho años, rubio, de cuerpo delgado y cara regordeta. Daba la impresión de haber sido muy gordo hacía no mucho tiempo y se mandó una de esas dietas furiosas adelgace-veinte-kilos-en-un-mes.

Al llegar, me saludó con una euforia algo desmedida para un primer contacto. Me explicó lo que tenía que hacer al irme (consolidación del sistema de cobranza, arqueo de caja, cerrar la caja fuerte, poner la alarma y cerrar la pecera) y se tomó los vientos. De repente era el responsable exclusivo de una sucursal del Cambio Varsky.



GERMANY
Y EL CURA

«Les digo que soy estéril para coger sin condón», me dijo Germany una noche de pedo confesional. Son de esas frases que quedan, ¿no? Una frase que podría derivar en un «Mi amigo es una mierda», pero el pensamiento se esfuma tan rápido como las tres palabras que te nublan y te llevan a una nueva aventura nocturna: «¿Vamos al bar?».

Germany estaba muy entrenado en la noche. Sabía cómo extraer la riqueza de cada uno. Daba un show todo el tiempo, no solo con Los Jugadores Sensibles. Su meta era entretenerte, estimularte, hacerte sentir valioso. Te volvía cómplice de su Historia plagada de intensidad y fluidos. Una Historia copada de la que yo sentía orgullo de formar parte.

Esa noche de abril, Noelia y yo estábamos sin plata, pero el clima estaba lindo para hacer algo. Germany nos dice: «vamos hasta el Cerrito que consigo a alguien que me da plata». Tratamos de saber más sobre esa persona, pero no nos quiso decir. Nos tomamos un 169 desde el Centro y a eso de las dos de la mañana bajamos cerca del mugrero en el que ensayábamos. Parados en San Martín, con Noelia nos mirábamos con cara de «¿qué hacemos acá?». Fuimos hasta Chimborazo, luego a la derecha rumbo al Cementerio del Norte y, allá por Hum, Germany nos dijo: «quédense acá que ya vengo». No era changa estar en esa zona a esa hora. Buscamos una parada de ómnibus y nos quedamos ahí. Le pedimos que no demorara porque nos iban a dejar en bolas. Él se alejó caminando con pasos largos.



Cuarenta minutos después, llegó Germany con dos mil pesos. Quedamos de cara. Fuimos de inmediato a buscar un almacén de la vuelta para comprar algo caro. Encontramos un almacén y compramos un *100 Pippers* que era el mejor whisky que les quedaba. Empezamos a chupar mientras callejeábamos. Cuando llegamos a San Martín y Propios, ya bastante mamados, le pregunté:

—Che, ¿y qué hiciste en esos cuarenta minutos? ¿Adónde fuiste?

—A casa de un conocido.

—Pará..., ¿un conocido que te da dos mil *pe* así nomás?

—Y sí.

—No, no, no. Contá YA quién es, sorete —insistí.

—Dale, estamos entre amigos —agregó Noelia.

—Es un cura —dijo finalmente.

—¿Eh? —contestamos al unísono.

—Lo conozco hace un año, más o menos. Un día conseguí una revista para *swingers* que entregan en un kiosco en Plaza Independencia. Quería encontrar parejas que quisieran trío, así que les escribía un mensaje y ponía una foto de mi cara y de mi verga. Un día me responden: «Ok, ven pues a *tatatá,* estamos en *tatatá*...».

—No parece uruguayo el acento —dijo Noelia.

—No, es ecuatoriano. Cuando llegué al lugar, me abrió un tipo de mi tamaño, negro pero con cara de blanco. Entré y pensé que la mujer iba a ser un camionazo. El tipo se fue y volvió con un vino del 99. En una le pregunté: «¿tu mujer?», y me dijo que ya volvía, que había ido a hacer un mandado. Tomamos unas copas y la mujer no volvía. En una me dice que en realidad es cura y que quería pasar un rato con alguien.

—Tá, saliste rajando —dije.



—No. Me quedé un rato más tomando ese vino riquísimo. Lo terminamos y estábamos los dos medio en pedo. En una me empezó a sonreír, como juntando coraje, y me dijo: «Bueno, si tú quieres, yo te doy mil pesos, y me dejas solamente acariciar tu espalda por diez minutos, ¿tú me entiendes?» Le dije que sí. Me paré, él se acercó y me puso la mano por debajo de la remera. Me empezó a acariciar la espalda y yo sentía la palma gruesa, como si hubiese trabajado toda la vida en la construcción.

—¿Y? ¿Cogieron?

—¿Eh? ¡No! Después de un rato le dije que me iba, me paré y me fui. Todo bien, no hizo nada. Es cura, boludo.

La novia de Germany le texteó que no había nadie en la casa de Soca. Fuimos.

Llegamos a eso de las cuatro. Además del whisky, compramos tres litros de vino y, cuando llegamos a la casa (un patio pequeño, pero con un gran espacio muy prolijo), Germany le escribió a un *dealer* que a la media hora cayó y le dio dos bolsas. Enseguida fue a la mesa y peinó cuatro rayas. Tomamos y a los diez segundos empezamos a hablar a la vez con intensidad de pala buena.

Hacía calor en la casa. Al rato de estar sentados, me paré, me quejé del calor y me saqué los pantalones. Me quedé con remera y un bóxer negro Prili. Germany siguió mis pasos y también se sacó el pantalón revelando otro bóxer negro.

Para no ser tan explícito y darle un poco de color, Germany propuso jugar a las cartas por ropa. El juego era muy sencillo: se repartían todas las cartas y luego todos tirábamos una; el que tuviese la menor, se sacaba una prenda. Aunque el juego era muy azaroso, Germany y yo terminamos en bolas y las chicas con



la ropa interior puesta. En una Germany levantó a Luana, una guacha más joven que nosotros, con rastas y un buen cuerpo de veintiún años, y se la llevó para el piso de arriba. Con Noelia fuimos a un sofá que estaba ahí cerca nuestro y nos empezamos a besar. Yo estaba bastante duro y me costaba excitarme, pero nos seguimos besando hasta que empecé a encarar. Nos sacamos la ropa y empezamos un 69 furioso. Nos pasábamos la lengua por todas partes. Al rato sentimos gemidos de arriba y nos excitamos más. Paramos por cansancio y le dije a Noelia: «¿Vamos para arriba?». Dijo que sí. Subimos la escalera. Nos quedamos ahí titubeando hasta que Noelia susurró: «Yo voy». Escuché de lejos un balbuceo de la novia de Germany. «No le pinta.», dijo Noelia cuando volvió, «Quiere estar sola con él». Nos miramos lamentándonos y volvimos a bajar. Seguimos en el sofá haciendo todo lo que se puede hacer. Una hora después nos cansamos y arriba también. Bajaron y nos sentamos todos en ropa interior en la mesa a fumar y tomar licor de café del barcito de Luana hasta el mediodía.



ANIVERSARIO

Cumplía un año de novio con Noelia. Los dos estábamos mal de plata, así que decidimos previamente que no nos íbamos a hacer un regalo super caro. Yo me dormí con el asunto y el mismo día le compré un pequeño sofá de adorno que supuse le gustaría por la combinación de colores.

A la noche fui a su casa, saludé a sus padres y nos metimos en el cuarto. Nos besamos con mucho detalle y luego nos entregamos los regalos. Ella me regaló un libro usado. *Generación X* de Douglas Coupland. Me dijo que había hablado con Patricia y que ella le recomendó cualquier libro de él, pero que si conseguía ese sería ideal. Yo no lo conocía. Patricia me lo había mencionado un par de veces y yo no le había dado mucha bola, así que mi reacción ante el regalo fue de una moderada alegría. Seguramente habría reaccionado así con cualquier regalo, ya que en esa época me resistía mucho a la idea de regalar.

Para celebrar llevé un Santa Teresa rosado y le entramos del pico recostados en la cama mientras en la tele daban uno de los especiales de Halloween de Los Simpson aunque estábamos en mayo. Después prendimos la computadora y le propuse tocarnos mientras mirábamos porno.

—¿Qué porno te gusta? —pregunté

—¿Cómo «qué porno»? Porno es porno.

—No, mi amor. Hay diferentes tipos de porno, categorías, etiquetas. La gente tiene sus gustos, pero pasa que cuando uno empieza ve de todo. Arrancás viendo *hardcore* con estrellas porno, que es lo primero que encontrás. Todo te excita y te sube la adrenalina, pero después te embola porque ves que es todo más o



menos igual, las actuaciones son malas, te das cuenta de que es todo mentira. Por lo menos eso me pasó a mí. Hay gente que le gusta para siempre, si no, no existiría la categoría *pornstars*.

—Pero eso lo sabés desde el principio, ¿no? O sea, a las minas les pagan... y bastante por lo que tengo entendido.

—Sí, obvio, pero vos te creás un poquito la historia. Hay gente a la que no le importa y se queda con eso. Es más, ni les importa quién actúa, solo quieren ver una pija y una concha bien de cerca. Eso me gustaba cuando tenía quince, pero ahora ya fue.

—¿Y qué tipos de porno hay?

—Uff, hay de todo. ¿Nunca miraste?

—Sí, pero sin elegir. Entré a una página y miré lo que había.

—Mirá..., para empezar, hay tres grandes categorías: el porno profesional con estrellas porno, después está el porno *amateur*, que es gente común y corriente que se filman cogiendo, y porno profesional que simula ser *amateur*, o sea, profesionales haciendo porno de gente común. Esas no son estrellas porno en el sentido clásico sino que se vuelven estrellas del porno *amateur*. En ese palo, por ejemplo, hay una griega que en cualquier momento tiene que dejar ese mundo del *fake amateur* porque ya quemó. Está en pila de videos con roles de todo tipo, vecina caliente, hermana del amigo, amiga de la hermana, amiga que le gustan los negros, prisionera sumisa, mormona...

—¿Mormona?

—Sí. Usualmente son varias mujeres, todas de blanco, que están con su esposo. Yo no sé mucho de los mormones, pero según estos videos pueden tener varias esposas.

—Mirá, no sabía. ¿Y a vos cuál te gusta?



– A mí me gusta el *amateur*, la realidad. Lo más real posible.

– ¿Y tenés para mirar?

–Sí, conozco algunas páginas.

– ¿Me mostrás?

—Bueno.



V
«SI UNO SE ENGANCHARA SOLO UNA VEZ, SERÍA TODO MÁS FÁCIL»

Setiembre de 2007

LO FINITO QUE ES TODO

Pasaron seis meses desde la electrocución de Hansen y su brusco cambio de personalidad. Fueron seis meses muy productivos. Ensayábamos con solidez, nuestros golpes caían bien, sincronizados. Estábamos aceitados porque la actitud de Hansen nos llevaba por el buen camino... Sin embargo, poco a poco Hansen iba revelando una faceta que fue volviendo el clima progresivamente rancio.

Él aparentaba ser receptivo a las sugerencias musicales de sus compañeros, pero en realidad no lo era. Yo lo notaba. Esperaba pacientemente a que los demás hablaran hasta que finalmente él hablaba y eso era lo que se hacía. Él lo intentaba disimular, pero sus composiciones decían la verdad y era que solo se escuchaba a sí mismo. Aunque el ambiente y la dinámica eran de consenso, yo sabía que a la larga se iba a hacer lo que él quisiera... siempre. Germany era la cara visible de la banda, pero Hansen había tomado el control.

A veces aparecía una ligera sospecha de la manipulación. Hansen lo notaba y cedía un poco de terreno solo para conquistar el doble en el siguiente movimiento. Era una guerra psicológica que ganaba por goleada, porque él era el que más pensaba las estrategias. ¡Ojo! No había mala intención de su parte. Le salía del alma. Él no era consciente de sus prácticas. Él estaba convencido de que en la banda era todo por consenso sin saber que en su interior había un Robespierre que te decapitaba en la primera de cambio.



La banda entró en una cuestión rara de enojo contenido que volvía denso el aire. «Bad yuyu» lo llamaba el negro Lafayette en aquella serie de vampiros excitados *True Blood*.

El ambiente se convirtió en una serie de batallas pasivo-agresivas que eran más agotadoras que el llano intercambio de puteadas, reproches y golpes de puño que suele haber en una banda de intensidad anormal. Años atrás había estado en una banda así por un par de meses y fue desgastante, pero por lo menos los conflictos se terminaban. Se decían las cosas de frente y eso requiere huevos.

El punto débil de Hansen era su ambición. La quería pegar, pero en ese momento, y en la escena en que nos movíamos, no quedaba bien decirlo. Así que cuando la banda se encontraba algo indiferente, él se ponía nervioso y tiraba cosas como «así no llegamos a ningún lado». Otras veces negaba mucho con la cabeza hasta que se daba cuenta de que lo estaba haciendo, entonces echaba para atrás e intentaba adaptarse a la indiferencia.

Quien a veces explotaba era Eduardo que tenía sus canciones y notaba que nunca las tenían en cuenta. Entonces se mostraba molesto y Hansen retrocedía. Después nos poníamos a probar algún tema de Eduardo, lo ensayábamos y le íbamos dando forma, hasta que, pasado un tiempo, por motivos casi paranormales, no seguíamos tocando lo que ya a esa altura era una canción pronta.

Uno de esos días, a Eduardo le saltó la térmica.

—Che, ¿por qué estamos haciendo solo temas tuyos y los míos los dejamos de tocar al tiempo?

—Ni idea —dijo Hansen.

—Me parece que algunos están buenos, pero a la larga ninguno queda.



—Pero es como se dan las cosas. Los temas que hacemos son los que quedan, pinta tocar estos —dijo Hansen minimizando la cuestión.

—Tá, tratemos de darle más chances a esos temas, porque yo hago un esfuerzo también y algunos temas tuyos no me gustan, pero los toco igual. ¿No podés hacer lo mismo? Es cuestión de buscarle la vuelta, se pueden transformar los temas, cambiarles lo que quieran para que se adapte a todos. Yo no tengo una idea fija, me gusta traer algo y que pase por la picadora de Los Jugadores y que salga lo que pinte. ¿Cuál recuerdan de los míos? Probemos alguno.

—¿La sonrisa de Filippi? —preguntó Germany.

—Bueno, dale —dijo Eduardo.

Le dimos a ese tema durante el resto del ensayo. Hansen lo tocó con ánimo de sesionista mal pago.



EL BLUES DE CUATRO MILLONES DE MINUTOS

Desde adolescente tenía la costumbre de acostarme con la radio prendida. A fines de los noventa empecé a escuchar «Caras y más caras» por Océano con quince, dieciséis años. Me agarraba unos buenos miedos con las historias de terror de *Más allá de la medianoche*. A los diecisiete, en pleno pánico del año 2000, conocí a Viviana y por ella a Dolina. Ahí me pasé a la AM.

Luego pasó Viviana y se quedaron Dolina y la AM. En el 2003 me pasé a la Centenario que apoyaba a un Frente Amplio cuya victoria estaba ahí nomás. Yo no estaba muy metido en la política, pero la calentura de la sociedad me metió en una militancia activa que terminó el día en que asumió Tabaré Vázquez por primera vez. La sociedad estaba enérgica. Se venía la revolución de la izquierda en consonancia con lo que pasaba en todo el continente. En el norte Hugo Chávez se imponía como un nuevo Simón Bolívar. En el sur estaban Néstor Kirchner y Lula en su primer año de gobierno. Ellos eran un tridente al que se sumarían Tabaré, Bachelet, Correa, Evo y Lugo, formando un gran bloque que la Historia ha erosionado, pero que en ese momento tenía esperanzadas a las clases históricamente oprimidas.

El Frente ganó y al poco tiempo la Centenario se desencantó y metió a Tabaré a la derecha. Ahí volví a Dolina y después a Clarín que hasta hoy pasa a Gardel en las horas pares. Cada vez que escuchaba *Bandoneón Arrabalero* se me erizaba la piel:



Bandoneón arrabalero
viejo fuelle desinflado,
te encontré como un pebete
que la madre abandonó,
en la puerta de un convento,
sin revoque en las paredes,
a la luz de un farolito
que de noche te alumbró.

Una noche me dormí y soñé con Gardel y mi abuelo muerto en un accidente de construcción. Iban los dos en un «carrito de bichicome», como le decían cuando era chico. Los dos miraban hacia adelante en silencio, concentrados en el camino. En la esquina de Garzón e Islas Canarias, frente al bar Looprevil, se detenían por el semáforo en rojo. Gardel empezaba a silbar «Wind of Change» de los Scorpions. Yo, que en el sueño era un ente que andaba flotando alrededor de ellos, me asombraba por la anacronía y me despertaba.

Tuve uno de esos despertares reflexivos, melancólicos, confusos, porque no sabés cómo tomarte una experiencia tan vívida e imaginaria a la vez. Me levanté, estiré un poco y me fui a escribir en la compu. Tenía una AMD Duron y el blog «Ardiles Personas», que llevaba desde 2005, donde descargaba estos impulsos que al principio no entendía y me angustiaban.



DE
«ARDILES PERSONAS»

NACE UNA ESTRELLA

Anoche me desperté a las cinco de la mañana con una voz quebrada que descargaba sus angustias en un programa de Radio Católica. A veces dejo esa radio porque la gente que llama lo hace desde entornos muy diferentes al mío y eso lo necesito. Lo necesito para darme cuenta de que mis problemas actuales son estupideces en comparación con lo que le puede pasar a una persona en este mundo de mierda. Gente que llegó a tocar fondo de verdad con situaciones muy *hardcore*, como aquella que perdió quince sueldos en las máquinas del casino y de ahí se fue al puerto a hacer algo de plata y la violaron siete marineros.

«…cuando alguien está completamente convencido de que Dios no existe, toda la parafernalia religiosa le resulta inverosímil. Sacerdotes e iglesias en todo el mundo, diezmo, rezos, tanta energía desperdiciada. Yo no lo puedo creer. Tantas construcciones producto de un libro de ficción. ¿No es increíble, Gerardo? Y nunca nadie se encontró cara a cara con el mismísimo Dios. Y después me caliento. Me dan bronca las masacres en nombre de Dios, guerras santas, la barbarie… Todo eso, para un ateo como yo, es deprimente. Yo ya me voy de este mundo, Gerardo. Tengo setenta y ocho años. Sé que me quedan unos años más y listo. A esta edad a uno dejan

de importarle muchas cosas. Voy cantando retirada. Pero a veces pienso en todo eso y me siento muy triste, como si hubiese escuchado un blues de cuatro millones de minutos…»

¡Ese es mi abuelo!, deduje al instante. Su metáfora del blues de cuatro millones de minutos era típica de él. Además le copaba llamar a los programas nocturnos y reflexionar. Era de esos oyentes que se vuelve conocido en varios programas y que hasta el conductor lo identifica.

Mi abuelo Antonio vivía en una casita en la calle Emancipación poco antes de llegar a Yugoeslavia, en pleno Nuevo París. Era viudo. Mi abuela se había muerto muchos años antes. Yo tenía doce o trece años. Mi abuela había sido mi segunda madre durante mi niñez. Cuando era chico, me quedaba fin de semana por medio en esa casa de Emancipación y pasaba bomba jugando al fútbol con autitos de juguete. Era mi máximo entretenimiento. Mi abuela cocinaba todo lo que yo quería, y eso era papas fritas con huevo frito y milanesas con puré. Los domingos, cuando se juntaba toda la familia, hacía ravioles con estofado. Un día me hizo milanesas de mondongo para ver si me daba cuenta de la diferencia. Al principio no me di cuenta, pero cuando noté que eran diferentes no me importó, estaban buenas igual. Por desgracia, en cosa de dos años y algo mi abuela Herlinda se fue deteriorando. Primero empezó a olvidar pavadas como nos pasa a todos, algún comestible del almacén; después se empezó a olvidar de la parada de ómnibus en la que se bajaba; luego empezó a olvidar



caras y nombres de parientes lejanos; meses después olvidó el nombre de sus hermanos, después el mío; finalmente olvidó que vivía con mi abuelo, olvidó que meaba y cagaba, olvidó hablar. Solo quedó su cuerpo vivo con un cerebro casi muerto. Cuando convencimos a mi abuelo de internarla, al domingo siguiente se despertó con un cuerpo frío al lado.

Al principio fue duro. Mi abuelo llamaba borracho a mi madre, le hablaba con la lengua resbalosa y no pronunciaba las consonantes. No se le entendía nada. Mamá le respondía: «Acostate papá, descansá. Va estar todo bien. Quedate tranquilo. Mañana te voy a ver. Te quiero mucho. Descansá, ¿sí?». Así estuvo como un año, intentando superar la desaparición física de quien lo había acompañado durante cincuenta y dos años. Yo no sé quién puede recuperarse de algo así, pero el ser humano se acostumbra a todo y mi abuelo mínimamente lo hizo. Empezó a llamar a los programas de radio y supongo que tuvo un efecto terapéutico al expresarse en esos programas hasta volverse una celebridad de las noches en el circuito AM.

La radio lo sacó del pozo.



TOP FIVE

Al mes de estar en el Varsky de Chucarro, ya me conocía a todos los clientes fijos de la sucursal. Paso el *top five* de clientes destacados:

5) La rubia menemista. Una veterana argentina con las tetas bien redondas y operadas, con la que tuvimos un roce al principio porque cayó con cien dólares pidiendo un cambio preferencial y yo no tenía idea de quién era. La primera vez que apareció le dije que no le podía hacer precio por tan pocos dólares y se indignó. Me dijo que iba a hablar con el dueño y que «vos vas a ver quién soy yo». Me quedé tranquilo. A la hora suena el teléfono de la pecera. Era Osvaldo: el Oso.

—¿Marcelo?

—Sí.

—Escuchame, ¿pasó una veterana medio tetona por ahí?

—Sí, dijo que los iba a llamar.

—Tá, hacele buen precio. Es clienta.

—Ok.

La siguiente vez que fue, le pedí disculpas. Le dije que estaba defendiendo los intereses de la empresa y que cualquiera podría decir que era cliente del cambio porque yo era nuevo. Entendió, me entregó una amplia sonrisa y de ahí en más tuvimos una buena relación. A veces iba medio entonada y me quedaba mirando como para llevarme a la casa. No me desagradaba la idea.

4) El peruano. Un funcionario de la embajada peruana que iba con diez facturas y las pagaba de a una. Era parecido a Fujimori, pero más alto. Cuando llegaba, me cagaba el día, porque generaba cola y



descontento. Los que estaban más lejos en la cola no sabían lo que pasaba y me echaban la culpa. Por suerte iba un par de veces por mes nomás.

3) El exjuez de fútbol Saúl Feldman, que seguía trabajando como contador, su profesión de siempre. Era muy parecido a Ned Flanders, pero más serio y menos sexy. Tenía panza de persona estéticamente entregada, aunque su bigote estaba muy cuidado (esas contradicciones que tiene la gente). No había diálogo entre nosotros, solo la transacción realizada con eficiencia. Él me daba todas las facturas, yo leía los códigos de barra, sumaba, le pasaba el número, él sacaba la chequera y hacía uno por el total. Gracias y hasta pronto. El único día que hablamos fue luego de que otro Saúl Feldman, coleccionista de armas, se atrincheró en la casa y se tiroteó con la policía hasta que murió acribillado a tiros. Cuando apareció por el cambio unos días después, le dije algo así como: «Qué semanita, ¿eh?». Ahí lo vi sonreír por primera vez como ese Saúl que se toma un whisky con los amigos: «sí, jaja, la verdad que tremenda coincidencia. ¡No sabés lo chocante que es! Tuve que hacer aclaraciones a algunos clientes, ¿sabés?».

2) La gitana. Llegaba siempre con unas remeras blancas que resaltaban tanto sus pezones bien negros y puntiagudos que era una alegría verla llegar. Además tenía un rostro bien exótico con unos ojos de mujer mediterránea salida de esas series del cable sobre la caída del Imperio Romano. Era una clienta simple, pagaba el contrato de celular, la luz, el agua. Llegaba con los billetes sueltos en el bolsillo y los desenrollaba antes de dármelos. Apenas los ponía en la bandeja, me entregaba una sonrisa como disculpa.

1) Carolina. Me movió el piso.



CAROLINA

Lo único malo de mi trabajo (aparte de tratar con gente) era que ocupaba buena parte del fin de semana. Trabajaba de martes a sábados de 15 a 22 y los domingos de 8 a 15. Tenía los lunes libres, el 25 y 31 de diciembre y el 1.º de mayo.

Carolina apareció un domingo de octubre cerca del mediodía. Tenía un aspecto muy diferente a la típica clienta del súper. Se vestía casi siempre de negro o con una calza fucsia estampada. Tenía la tez medio morena, ojos marrón claro y una sonrisa que no le costaba regalar a quien quisiera. Esa sonrisa iluminó mi pecera aquel mediodía luego de tanta gente mayor que se le ocurre pagar facturas los domingos a lo largo de la mañana.

Recién había visto *El mismo amor, la misma lluvia* en la compu de la pecera y estaba sensible luego de ver ese gran romance cinematográfico entre Soledad Villamil y Ricardo Darín. Después de la película, puse el *Penthouse* de Luna y la distorsión *lo fi* rebotaba en toda la pecera. Así que cuando apareció Carolina me agarró particularmente sensible. Ella llegó, apoyó los codos en la barra del cambio y la cabeza en sus manos.

—Hola. Quiero poner 500 en una cuenta de Maroñas.

—Dale.

—Y quiero pagar el celular, ¿te paso el número?

—Dame un segundo. Ya te pido el número. Primero la cédula de la cuenta.

—3.270.290-1.

—¿Hugo Umpiérrez?

—Sí.

—Bien. Ahora pasame el número.



—¿Del celular?
—Correcto.
—094 653 780.
—Son 878 pesos.
—Bien. Servite.
Entregó la plata y quedamos en silencio mientras se completaba la transacción. Se notaba que el silencio la ponía mal.
—¿Qué es eso que suena?
—¿La música? Luna se llama.
—Me gusta.
—Este disco se llama *Penthouse*.
—Lo voy a escuchar.
—Está rebueno. Las letras son simples, pero te llegan. Con la música quedan bien. Servite —le entregué los comprobantes.
—Gracias. Chau.
—Chau.
El domingo siguiente volvió pasado el mediodía.
—Hola. 500 en Maroñas.
—Dale. ¿Cédula?
—3.270.290-1.
–¿Hugo Umpiérrez?
—Sí.
Se generó de nuevo el silencio que la incomodaba.
—Me gustó Luna. Escuché el *Penthouse*, me copé y escuché también el *Lunapark* y *The Days of Our Nights*. Tiene cada tema... Uf, me ponen la piel de gallina. «I want everything»... Qué amor que hay en esa canción.
—Tal cual, es uno de mis temas favoritos.
Lo puse en la compu. El tema empezó a sonar y nos quedamos apoyados a ambos lados del vidrio reforzado. Ella un poco más inclinada con el oído pegado a la bandeja. Así estuvimos un rato, escuchando la canción hasta que llegó una señora mayor en andador que quería pagar el Impuesto de Primaria.



Ahí Carolina se incorporó, tomó el comprobante, me saludó con la mano y se fue en silencio.

El domingo siguiente volvió pasada la una de la tarde. La vi entrar al súper, caminando rápido; luego pasó por la caja con un pan flauta y un agua mineral de 2 litros. Después se acercó rápido a la pecera y pidió lo de siempre: quinientos en Maroñas. A esa altura ya me había hecho una idea negativa de ese tal Hugo y, luego de verla ese tercer domingo con la cara medio tapada en un costado por el pelo, pero con tono de piel indisimulable, lo confirmé y me sentí impotente. ¡La puta madre! Timbero y golpeador.

Hizo la transacción de siempre y lo único que pude decirle fue: «¿Estás bien?» Y ella respondió: «sí, sí, todo bien».

Después de eso no la vi por un tiempo.



LA PERDICIÓN
DEL ABANICO DE POSIBILIDADES

—Paty, ¿nunca te pasó que te gustaran dos personas?

—Que recuerde, no.

—Creo que me está pasando, amiga.

—¿Quién es?

—La conocí en el cambio. Está con alguien y creo que le pega. No puedo creer que esté viviendo eso. Todo el tiempo quiero ir a la casa y sacarla de ahí.

—Pero, si solo la atendés por la ventanilla. ¿Cómo te podés enamorar?

—Hablamos un poco y ya me alcanzó. No es como con Noelia, pero siento cosas fuertes.

—Bueno, amigo, decidite porque la sociedad no banca eso que querés. Ni ellas van a bancar eso. Carolina tarde o temprano va a querer que dejes a Noelia. Si uno se enganchara solo una vez, sería todo más fácil.

—Tá, no te me adelantes tampoco. Te dije lo que siento, no hice nada todavía. La verdad es que medio que me enamoro bastante seguido.

—¿Cómo es eso?

—Y que me pasa bastante seguido de conocer mujeres buena onda con las que podría tener algo.

—Sos muy antiguo. Vos te calentás y pensás que te enamorás.

—Puede ser, pero ahora me pasa que estoy pensando mucho en ella.

—Sí, porque la querés salvar. Vos sos un salvador por defecto. Es lo que te gusta. La posibilidad de rescatarla.

—¿Decís?

—Sí, es de manual lo tuyo.

—¿Y qué hago?

—Nada, dejá que pase. Todo pasa. La idealizaste. No sabés los defectos que tiene. Capaz que es re contra nazi y no lo sabes. Y vos sabés que esas cosas son definitivas.

—Y bueno, tenés razón, puede ser.

—Dejá pasar el tiempo y se te pasa. Yo me cuelgo con gente también, pero es como un encandile. Cuando entrás a escarbar, todos tienen sus cosas jodidas. Seguí conversando y vas a ver que aparecen cosas que no te van a gustar y ahí vas a decir: «Noelia es lo más». ¿Qué mina se va a fumar las perversiones tuyas de tríos y todas esas cuestiones? Ninguna. La gran mayoría de las mujeres quieren una relación monógama común y corriente, no quieren cosas raras. Incluso Noelia era común y corriente. Estás bien así, no rompas los huevos.

—Tá.



LA TRISTEZA DE VER TU PROPIA MISERIA AL COMPARARTE CON OTRO

Mi tía Milena se iba de viaje por tres meses y me pidió que le cuidara la casa. «¡Obvio que sí!», le dije. Hambriento de libertad, acepté sin pensarlo. Vivía en la casa de mi abuela fallecida (la otra, no la del abuelo que mencioné antes) en Mariano Sagasta, a una cuadra de Santa Lucía y a dos de Agraciada. Luego, en frío, pensé en los detalles y me di cuenta de que me quedaba muy mal para ir a trabajar. Tenía como una hora de viaje hasta Pocitos.

A la semana me mudé. Sábado 17 de noviembre.

El viejo borracho que vivió toda la vida enfrente estaba apoyado contra el muro semiderrumbado cuidando a su nieto que saltaba sentado en un burrito de goma azul. La cabeza del viejo se movía como la de los perritos cuello flojo de juguete que mucha gente lleva en su auto.

Llegué a lo de la tía con un bolsito con ropa, termo y mate, la guitarra, el videograbador vhs y un surtido de comestibles afanado de casa. Entré, le di de comer al gato Tallarín y al perro Raviol. Sí, pastas. Nunca le pregunté a mi tía sobre el tema.

Esa casa estaba a tope de recuerdos. Cada ambiente me llevaba a momentos puntuales de la infancia, a tal punto que imaginaba las situaciones como en las películas con la gente ahí presente en un color medio transparente, onda fantasmal.

Era una casa larga. Al entrar, estaba el living con unos sofás que te dejaban todo adolorido por sus almohadas duras y su respaldo bajo, un televisor viejo y la estufa a leña sin uso. A la derecha, había un comedor



con su respectiva mesa y varias sillas antiguas, el modular lleno de copas, vasos, la vajilla y todo lo que puede haber en un mueble alto hasta el techo. En el comedor había, además, una cama de una plaza bastante fuera de lugar para ese ambiente. Siguiendo por el pasillo, a mano izquierda, estaba el baño y, a la derecha, la vieja habitación de mi abuela. La cama de mi abuela tenía el colchón más duro que sentí en mi vida. A ese cuarto no entré casi nunca mientras estuve ahí porque estaba lleno de fotos viejas muy cargadas de emoción y todo ese mobiliario empapado de vivencias que me daba un poco de miedo. Me ponía muy triste pensar cómo noventa y dos años de vida se pueden reducir a un cuarto sombrío.

Continuando con el tour, al fondo, estaba la cocina, que tenía ese olor a casa vieja: mezcla de gas con humedad y pan viejo. Antes de salir al patio, había otra puerta a la derecha que daba a un cuarto de tres por uno y medio con un ropero y una cama de una plaza. Al entrar en ese cuartito, había una puerta a la izquierda que daba a otro cuarto más grande, que durante un par de décadas fue la oficina de la imprenta de mi tío y en la que mi viejo ayudaba haciendo los números. Aún golpetean en mi cabeza los dedazos de mi viejo en la máquina de escribir. Cuando él terminaba, yo le pedía que me pusiera una hoja para escribir y lo imitaba escribiendo bien rápido cualquier cosa sin sentido, pero imaginando que escribía cosas importantes tipo «ÚLTIMO MOMENTO: Sergio Tessitore gana Rutas de América nuevamente». Ahora aquella oficina era otro dormitorio con una cama de dos plazas, el mismo colchón durísimo de la cama de mi abuela, una estufa de piso con dos resistencias, una tele vieja pero a color y unos muebles. En uno de ellos estaban los libros de mi prima Lorena, entre los que se destacaban *1984* de



Orwell y *La senda del perdedor* de Bukowski. Decidí quedarme en ese cuarto.

A casi una semana de estar ahí (al quinto día se sumó un roedor que aún no lograba cazar), tocábamos con Los Jugadores Sensibles en un nuevo lugar: Café La Diaria. Ese 24 de noviembre Germany nos metió de teloneros de los españoles Cápsula: un trío con un guitarrista alto y de onda medio *dark*, parecido a Cristian Aldana de El Otro Yo; una chica bajista vestida como colegiala y un batero satisfactorio.

Probamos sonido, todo bien. Sobre las once empezó a caer gente. Llegó Patricia, después Noelia. También llegó el Topo con Charles y Conde de La Banda de las Canicas. A Charles lo conocía desde el liceo del barrio en Belvedere, luego él se mudó, conoció a la banda, yo lo iba a ver y también los conocí. Conde fue el otro con el que pegamos onda. Tuvimos un pequeño *impasse* luego de que en uno de mis cumpleaños se re contra mamó y se quiso levantar a mi novia de ese entonces, Viviana, y a mi madre. Lo tuve que echar como en las películas: lo agarré de la ropa por la espalda, lo mecí pendularmente y lo lancé a la calle con los ojos llorosos de bronca por haberme cagado el cumpleaños. Después nos arreglamos. Una vez le vomité el cuarto a un amigo y ahora es examigo. No quería ser así. Todo el mundo se mama alguna vez y hace cualquiera. Ya bastante condena es la culpa.

Mientras conversaba con Charles y Conde sobre lo que implica tener una banda, ensayos, discusiones, todo eso, me tocan la espalda. Me doy vuelta: Carolina… la del cambio. Atrás de ella estaba Hugo: alto y pelirrojo como el cantante de Queens of the Stone Age. Atrás de él, Patricia con cara de que había sacado toda la foto.

—Hola, ¿qué hacés por acá? —le dije a Carolina, ignorando a Hugo por completo.



—Vine a ver a Cápsula. Me encanta. ¿A vos también?

—Más o menos. Algunos temas. Estoy más bien porque toco con mi banda.

—¿En serio? ¿Sos de Jugadores Sensibles?

—Sí.

—¡Mirá qué casualidad! Che, me encantó Luna. Es una de mis bandas favoritas ahora.

—¡Qué bien! Me alegro.

—Mi amor, ¿entramos? —dijo Hugo.

—Bueno, entro. Nos vemos.

—Dale.

—¿Y eso? —me dijo Patricia apenas se acercó.

—¿Eso qué?

—La mina, ¿quién es?

—Carolina.

—¡Ahhh!

—Está Noelia por acá también y me siento desbordado.

—¿Pero estás mal con Noelia?

—No, estoy bárbaro, pero no sé. Es lo que te decía el otro día. Me gusta de otra manera. Lo poco que conozco me encanta, pero es una cagada. Está con este tipo que estoy casi seguro de que le pega.

—¿Entonces estás enamorado de las dos?

—No sé si enamorado, pero me gustan mucho las dos. No sé qué hacer. Creo que voy a hacer lo que decís vos y la voy a a dejar pasar porque con Noelia estoy bien. Esto otro debe ser una calentura.

—¿Y si le comentás algo? O sea, hicieron solo un trío y con un tipo, de última para emparejar…

—Sí, pero no sé si quiero trío. Es más fuerte esto.

—Bueno, calmate que tenés que tocar en un rato. Andá con Noelia que quedó sola ahí.

—Cierto. Vení que te la presento. Siempre le hablo de vos y a vos de ella y ni se conocen en persona.

—¿Te parece?



—Sí, todo bien, dale.
—Bueno.
Noelia me vio y sonrió.
—¿Cómo estás amor? —me preguntó.
—Bien, listo para tocar. Un poco nervioso como siempre.
—¿Nervioso por algo?
—Por hacer algo ante gente, como siempre. Con lo tímido que soy no sé cuándo se me ocurrió que podía estar bueno tocar un instrumento frente a no sé cuánta gente.
—Hola, ¿todo bien? —se presentó Patricia ante mi incapacidad de hacerlo.
—Todo bien —respondió Noelia—. Gracias por aquella recomendación, me re sirvió.
—Es lindo que investiguen para regalarte algo que te guste —dijo Patricia.
En esa me llamó Eduardo de lejos para juntarnos unos minutos previos al toque, así que me despedí.
—Bueno, gurisas, en breve arranca. Las dejo conversando. Nos vemos.
Entré y lo seguí a Eduardo al *backstage*. Cuando llegué, me estaban esperando con una rayota y medio Gregson´s en la mesa.
—¿Gregson´s? —dije.
—Sí, de los baratos, el más livianito —dijo Germany—. Tampoco nos vamos a dar vuelta.
Y enseguida convocó a Eduardo y Hansen que estaban afinando.
—Vengan un cachito.
Una vez juntos, arrancó el típico parlamento motivacional previo de Germany. Esta vez pareció un poco más craneado.
—Muchachos: hoy con todo. Es nuestro toque más importante, está lleno de gente y esta es una gran chance para agarrarlos. Estos pibes andan bien, así



que vamos a dejarles el escenario como una brasa, ¿tá? Y no nos comparemos: ellos son ellos y nosotros somos nosotros. ¿Saben lo que es «litost»? No, no saben porque no existe traducción al español. Es una palabra checa que define el sufrimiento de ver la propia miseria al compararse con otro. Sí, ellos tienen una palabra para eso. Por eso les digo, seamos nosotros, Jugadores Sensibles, sabemos que andamos bien, nos están nombrando en la radio y en cualquier momento salimos del under y por mérito propio, ¿tá? VAMO´, VAMO´ A ROMPERLA, ¡VAMO´!

Subimos al escenario concentrados..., duros en realidad. Arrancamos con todo. Germany movía su melena rubia, todos lo miraban y eso le transmitía tranquilidad al resto de la banda.

Entonces todos miraban a Germany mover la patita ante el *tutupa tututupa tututupa tututupa* de la base de batería con el bombo y el bajo en corchea. Luego entraba Hansen con una melodía en guitarra medio arabesca que se iba intensificando en distorsión. La gente se meneaba sutilmente. Después de tres minutos de esa base que se intensificaba, llegaba de pronto una pausa brusca...y ¡FFUUUMMM! La misma base *tutupa tututupa tututupa,* pero más rápida. La gente entró a moverse más. Notamos desde arriba que les copó y nosotros también nos copamos. Así empezamos con el tema «Joaquín», luego seguimos con «Hepatitis Ve...», «Rutger Hauer», «El Cielo sobre Berlín», «Halven», «Cecilia Ann» de Pixies, la favorita de Eduardo, y cerramos con «Pierdo y no me mato» en la que Germany agarraba una muñeca inflable y bailaba con ella durante todo el tema. La gente quedaba extasiada con esa *performance*.

Bajamos enteramente mojados y nos abrazamos como nunca. Habíamos dejado todo. La gente hasta AGITÓ. Logramos el objetivo de dejar el escenario



on fire. En Argentina tal vez hubiésemos ganado cincuenta personas de nuevo público. En Uruguay capaz que convencimos a dos de ir a nuestro siguiente toque.

Luego vino Cápsula y la descosió. Los españoles hicieron su clásico show que mezcla rockabilly, stoner, covers de bandas argentinas y psicodelia. Infernal. La gente también se re contra copó con ellos.

A la salida, luego de pedir a la gente del boliche para dejar las cosas y pasarlas a buscar al otro día, nos fuimos al Clash City Rockers que estaba a un par de cuadras: un boliche que había abierto hacía poco y decían que la gente era buena onda. Terminamos la noche ahí chupando hasta morir con los Cápsula, todos Los Jugadores Sensibles, Patricia, Noelia, Charles y Conde. Patricia entró a apretar con el cantante de Cápsula y al ratito se fueron. A las siete y media el dueño del boliche avisó que cerraban, así que salimos, enfrentamos el sol de mierda a esa hora y nos despedimos con tristeza por saber que no nos íbamos a ver nunca más.



ACTO DE VIOLENCIA EN TU CARA

Entraba el verano y las fiestas estaban a unos días. Llegué a casa a eso de las siete de la tarde para planificar quién pasaba dónde el 24 y el 31. Pensaba que podía estar bueno para juntar a mi familia y a la de Noelia por primera vez. Suponíamos que podía ser una reunión armónica. La familia de Noelia no solía moverse de su casa y la mía tampoco. Sabíamos que era difícil romper con costumbres tan arraigadas, pero ante esta relación que se consolidaba alguien iba a tener que aflojar.

En el comedor, mi madre tomaba mate junto a un gato desdentado que la semana anterior se había atrincherado en la puerta de casa y no se movió hasta que mi madre lo entró. En honor a un tío de ella, que andaba en un carrito tirado por un caballo raquítico, le puso Elmo. Lo único que recuerdo de él es que pasaba diciendo que comía gatos y que a mi hermano Johnatan le decía «compañero del SUNCA».

A mi madre le gustan las películas de terror, los chistes de pedos y el morbo. Por eso, su sección favorita del informativo es la de policiales. Me senté en el comedor y le pedí un mate. El informativo había empezado con noticias muy coloridas. Primero, un informe sobre diversas investigaciones que reforzaban la teoría de que Paul McCartney había muerto en un accidente en 1966 y que había sido reemplazado por un tal Billy Shears para que, por un lado, la banda siguiera generando mares de guita y, por otro, para evitar un ola mundial de suicidios de adolescentes. Ambos motivos me parecieron válidos para encajar a ese tal Billy Shears. Listo, me lo creí,



Paul McCartney está muerto. Mi madre dijo: «¿Sabés cuánto hace que están con esto? No te la creas, están sin noticias hoy, Marcelo».

La siguiente noticia era sobre la importancia de las abejas en el ecosistema mundial y el peligro que representa su carencia. El informe decía que entre 1988 y 2007 había desaparecido la mitad de las colmenas en Estados Unidos y que se preveía que seguirían desapareciendo a un ritmo aún más acelerado por el calentamiento global. A ese ritmo, aseveraba el informe, para 2030 no quedaría el número suficiente de abejas para polinizar la flora mundial que se convierta en alimento capaz de abastecer al planeta. Es decir, que comenzaría a escasear la alimentación a nivel global comenzando una cuenta regresiva hacia el fin de la breve existencia del ser humano en la historia de la Tierra. Listo, estamos en el horno, entendí. Siguiente noticia.

El repertorio noticioso fue por esa línea hasta que llegó a los policiales. Mi madre empezó a acariciar a Elmo demostrando su felicidad por el comienzo de la sección. La noticia comenzó con un móvil en vivo que presentaba a tres patrulleros apostados en María Orticoechea frente a la Facultad de Agronomía, cerca de Sayago.

En las imágenes, además de los patrulleros, había gente mirando desde una zona acordonada por la famosa cinta amarilla. Mientras se sucedían las imágenes, Jean Georges Almendras, periodista estrella de los policiales de Canal 4, continuaba con la crónica:

...sobre las 21h de la noche de ayer, tres estudiantes que salían de la facultad de Agronomía caminaban por una de sus calles aledañas cuando a un costado de la acera encontraron el cuerpo sin vida de Viviana Elisa Cabrera dos Santos de 25 años. El cuerpo poseía varios



golpes en cara y extremidades y diversas puñaladas en pecho y tórax. Unas horas más tarde se hizo presente la madre de la víctima y de inmediato dio testimonio a los efectivos policiales de que su hija el día anterior había llamado por teléfono a su casa diciendo que su pareja, GBHP de 32 años, la había amenazado de muerte y que estaba yendo a la Seccional 19 a hacer la denuncia por violencia doméstica. En este momento la policía busca incesantemente a su pareja quien es el principal sospechoso de este brutal homicidio, que de confirmarse las sospechas, se trataría de un caso más de violencia doméstica con consecuencias fatales siendo esta mujer la víctima número 144 en lo que va del año.

Quedamos en shock. Cuando en la tele mostraron su cuerpo tapado con una tela blanca entre los yuyos, nuestros rostros se hundieron de la congoja. Yo me sentía como si me hubieran descargado un Raid para mosquitos entero en medio de la cara. Mi madre, congelada en cuerpo y alma, comenzó a sollozar y luego a llorar y gritar desconsoladamente. Yo también. Nos abrazamos. Viviana, mi primera novia de verdad, tal vez la primera mujer que amé, la primera que se volvió parte de mi familia, estaba muerta, asesinada. Y la había matado el hijo de puta de «El de la Moto», que era como yo le decía a Gabriel, el tipo con el que andaba cuando nosotros ya estábamos mal.

Al otro día, llamé a Patricia para contarle.

—Sí, por el informativo.

—¡Fa! ¿Cómo estás?

—Triste… y caliente. Yo sabía que ese mierda le iba a hacer algo y no le dije nada. Soy un tarado.

—Bueno, tá, la gente toma sus propias decisiones también. No podés andar tratando de salvar gente por presentimientos. No funciona así. Vos lo veías complicado al tipo, le dijiste algo a ella en su momento



cuando te fue a pedir plata prestada, y ella decidió no darte bola. Ya está. No tenés la culpa de nada vos.

—¿Puedo ir a tu casa mañana? ¿Hacemos unos mates?

—Sí, claro. Mañana tengo psicólogo de dos a tres y después estoy libre. Llegaré tipo a las cuatro a casa.

—Dale, nos vemos.

A veces uno necesita un aliado en la tristeza, alguien que sienta esa misma compresión en el cuerpo, la misma congoja, que esté sufriendo igual que yo. Entonces busqué por internet el audio de un programa de radio de España en el que Zitarrosa cuenta con aire melancólico cómo son las costumbres uruguayas.

Periodista: ¿Podríamos, teniendo en cuenta que ya es Nochebuena en España, recordar un poco cómo es la Nochebuena en Uruguay?

Zitarrosa: Sí, claro. Ahora mismo estaba pensando hace un momento mientras buscaba la forma de llegar a Prado del Rey, porque me perdí por Madrid, salí once y media de mi casa y llegaba acá una y cuarto, recordaba a mi gente allá que seguramente están preparando ya un cordero, porque hay una diferencia de cuatro horas.

Periodista: O sea, ahora en este momento, ¿qué hora sería en tu tierra?

Zitarrosa: En Uruguay deben ser ahora las cinco de la mañana. Entonces deben haber colgado un cordero recién carneado al sereno...

Periodista: ¿Qué quiere decir recién carneado?

Zitarrosa: Recién muerto y despellejado, desollado, recién cuereado, y lo deben haber colgado al sereno, seguramente piensan adobarlo dentro de unas horas, y ya por la tardecita se prende el fuego, se preparan las brasas y se pone ese cordero al fuego. O un lechón, o también, claro, se come el pavo y tal, y luego toda aquella tradición de comer frutas secas y abrillantadas que no son propias del clima que se vive allá en nuestros países en esta época del año. Ahora allá hace calor. No obstante la gente se atiborra de nueces y avellanas y… pienso en mi gente...

Periodista: ¿Y con qué lo regáis?

Zitarrosa: Se toma sidra o champaigne, y se toma cerveza o se toma vino. La gente de nuestro pueblo previamente suele hacer…, digamos…, tomar una bebida blanca que allá se llama grappa o caña…, que son las bebidas populares… y luego en la comida se toma vino, cerveza. Y, claro, se brinda al final, a los postres, ya cuando se trata de comer las frutas secas, la fruta abrillantada y el pan dulce… Se brinda con sidra y los que pueden con champaigne.

Periodista: Feliz Navidad, Zitarrosa, que todo marche muy bien en esta tierra de España para las personas que no podéis estar en este momento en su tierra natal.

Zitarrosa: Felicidades y muchas gracias, amigo.

Lloré toda la tarde y me dormí hasta el día siguiente.



VI
CAPÍTULO FINAL

Enero de 2008

OTELO

Mi compañero del cambio Varsky era un encanto. Cuando yo llegaba a las tres de la tarde, él estaba al mostrador con la frescura de quien recién comienza el turno. Incluso a veces hacíamos la transición de cajas y se quedaba como una hora más. Parecía vivir una vida suelta, sin preocupaciones. Nunca lo vi tenso. Hablaba con el tono de quien está en una reposera en Praia dos Ossos con un Corazón de Indio en la mano.

—¿Te acordás de aquella competencia feroz de los noventa entre *Ritmo de la noche* y *Hacelo por mí*? —preguntó.

—Más o menos, era muy pendejo. Pero sí, bandas zarpadas traídas en los noventa con el menemismo, el uno a uno.

—Claro. Fue increíble. Era todo *playback* igual, pero los tipos estaban ahí. Estuve buscando las grillas de los programas... Un día tocó JAF, La Ley y los Ramones en *Hacelo por Mí* en el 92.

—¡Mirá!

—Esa batalla la ganó *Hacelo por Mí*. ¡Iron Maiden! —gritó.

—Sí, por lejos. Tinelli más terraja.

—Tinelli te metía unos Backstreet.

—Sí, iba a los «uno» de verdad en ventas.

—Y sí, es lo que se rescata de esa época de derroche. ¿Sabés que tengo unos relatos que hablan de todo eso?

—Ah, ¿sí? ¿Escribís? —pregunté con auténtica sorpresa.

—Sí, tengo unas cositas ahí. Igual, lo mío es más bien la poesía.

—¿Sabés que no le he encontrado la vuelta a la poesía? No me conmueve.



—¡Ah! Cuando le agarrás el *sheito,* es un viaje de ida. Hay de todo. Tenés que encontrar lo tuyo. Capaz que estás acostumbrado a la poesía pretenciosa, que es más bien una historia de jugar con las palabras y su musicalidad, más allá del verso o de la intención emocional. O sea, lo ideal es alcanzar todo, pero normalmente se queda en esa historia de meter palabras donde encajan. Si no tenés otra poesía que es un vómito de emociones sin tanto trabajo en el armado y eso para mí no está bueno. A muchos les conmueve eso, pero me suena a que si vos no encontraste algo que te conmueva es porque no te va ni la una ni la otra. Tenés que buscar otros formatos.

—Ahí va, voy a investigar. Bueno, yo también escribo. Tengo un borrador de novela.

—¿En serio? —preguntó interesado y sonriente.

—Sí, la acabo de terminar. Estoy viendo cómo publicarla.

—Hacé esto. Mandásela a las editoriales de acá y, si al tiempo no te dan bola, te paso el número de un editor argentino que, si le copa lo que escribiste, te va a ayudar. Además imprimir en Argentina es mucho más barato. Si acá querés hacer cien o cuatrocientos, te va a salir casi lo mismo, unos veinte palos. Si querés hacer quinientos y tenés la plata, hacelo acá, pero si querés hacer doscientos, mejor allá.

—Okey, pasame ese contacto entonces, porque no me da para hacer quinientos.

—Dale, te paso. Buscalo en facebook y escribile: Guillermo Calistri. O si no por la editorial: Khaleesi Ediciones. Normalmente edita cosas épicas o de fantasía, pero en realidad tiene de todo. No es solo de eso.

—¿Estás seguro de que me conviene estar en un catálogo así? ¿Me entenderá? Parece que le copa otra cosa —dije mientras me imaginaba en las estanterías



entre la saga de *El Señor de los Anillos* y *Las Crónicas de Narnia*.

—No te preocupes que es profesional. De treinta títulos debe tener unos diez así fantasiosos. Lo demás es variado.

—¿Y el nombre de la editorial es una variante del apellido o es algo?

—Creo que es un personaje de una saga como la de Tolkien. Una vez me contó, pero no me acuerdo. Una reina de algo…

—Ahí va. Bueno, lo busco y le escribo.

—Sí, es buena onda Guillermo. Che, me estoy yendo —continuó—. Mirá…, sobraron estos cien hace unos días. ¿Los paso como sobrante y se lo damos al millonario de Kupfferschmitta o repartimos? Como quieras.

—¿Qué hacés normalmente?

—A ese hijo de puta no le doy nada. Hizo plata con plata, no le cambia nada. Y medio que ya se sabe que hacemos esto. Hace años nos quitaron el quebranto de caja y no nos dieron nada extra. Así que hay como un acuerdo tácito de que si hay faltante lo pasamos como pérdida y no pasa nada; si hay sobrante hacen la vista gorda. Ahora, puede pasar que sobra y al tiempo alguien reclama, entonces van a las cámaras y ahí podés caer. Pero acá cincuenta o cien dólares son un vuelto. Nadie reclama. Se dan cuenta al tiempo o no se dan cuenta. Es como una propina. El Oso, el encargado, seguro que sabe.

—Y bueno…, vamo´ arriba entonces.

—Tomá —nos estrechamos la mano y me pasó cincuenta dólares bien doblados como si fuera una transa de droga.

—¿Kupfferschmitta dijiste?

—Sí, es el dueño.



—¿Vos sabés que en el concurso para este laburo entró un Kupfferschmitta conmigo? Buena onda el pibe.

—Bueno, legalmente entraste vos. Él entró a dedo.

—¿Y para qué hicieron todo eso?

—Porque si lo meten directamente se nota. Lo hicieron pasar por todo eso como un trámite. Es probable que él mismo piense que entró legalmente. Pero está todo arreglado. Vos fuiste el uno.

Quedé flasheando un rato. Otelo agarró el teléfono y disco un número en tiempo record.

—Hola, queridísimo Juri Terminator, ¿cómo estás?... Claro, al palo me imagino... Acá, tranqui, como siempre... Sí, está laburando acá... No, ninguna cagada por ahora, es bueno... Siempre el mismo sorete, vos T-1000. Che, escuchame, ¿no anduvo otro nuevo ahí?... Ah, el sobrino, claro..., claro... Sí, sí, obvio... Bueno, animal, que andes bien, no eches a nadie, sorete... Un abrazo.

—¿Qué onda?

—Dice Juri que el Kupfferschmitta anduvo trabajando unos días ahí, pero lo mandaron a central.

—¿Y eso es bueno?

—¿Qué? ¡Es buenísimo! En el shopping no parás de atender. En central es como un boliche. Los clientes se apoyan en la barra, compran miles de dólares y se quedan conversando. Le falta el whisky nomás. Yo voy a veces a central a cubrir al viejo Mario que se está por jubilar, y laburás re tranqui. Lo más probable es que este pibe labure un par de meses en la «barra» de central y después lo saquen del público para ir a laburar con el Oso. Y en no mucho tiempo va a ser nuestro jefe. Está clavado.

Otelo se fue y arranqué mi turno.



ESE
HUGO DE MIERDA

Era la segunda quincena de enero. La clientela era diversa. Aparecían clientes que se habían ido de vacaciones; turistas que caían como perdidos en ese súper escondido en una calle sin salida a comprar o vender dólares y, por alguna razón, futbolistas. Recuerdo puntualmente dos jugadores de Nacional que cayeron un domingo a las 8:05 de la mañana, todos transpirados y nerviosos, a cambiar cien dólares.

El último domingo de ese mes arrancó tranquilo. En la mañana, con el aire bien frío en dieciséis, miré *Un lugar llamado Notting Hill*, aquella en la que Hugh Grant hace de un librero en un pueblito y cae Julia Roberts, super estrella internacional, y se enamora de él. La había llevado en un pendrive, ya que teníamos un internet limitado al sitio del cambio y al del BROU para ver la cotización. Me dejó todo sensibilizado. A la tarde, apareció Carolina en el mostrador. No la veía desde el toque de noviembre. Tenía solo una factura de Movistar.

—¿Te gustó el toque? —pregunté.

—Sí, estuvo genial. El cantante de ustedes con la muñeca inflable fue increíble. Y los Cápsula muy buenos.

—Quedamos re copados. Me alegro de que te haya gustado. ¿Solo Movistar?

—Sí, sí.

—¿No hay carreras?

—No, ya fue. Era él el de Maroñas.

—Uh, bueno, disculpá que te pregunté.

—Todo bien. Fue lo mejor. Me estaba cagando la vida.



—Si no es para bien, es bueno darse cuenta a tiempo.

—Sí, era cualquiera, pero viste cómo es, una se acostumbra.

—Te entiendo. Pasé por alguna de esas.

—Pero tá, ya fue.

—Che, el 8 de febrero hay un toque acá en la playa. Voy con Noelia, mi novia. Si querés nos juntamos los tres.

—¿No le va a parecer raro?

—No, ni ahí. Somos una pareja medio rara. Le hablé de vos en el toque anterior y me agitó para que hiciéramos algo, pero vos estabas con el Hugo este y tá, no daba.

—Bueno, dale, vamos.

—¡Genial! Pasate por acá y arreglamos, o si no escribime. Creo que te di mi celu en algún momento.

—Buenísimo, te escribo o paso por acá.

—¡Dale!



EL CAMINO DE LOS JUGADORES

Estábamos empastadísimos. Caíamos bien al final de los compases, las violas siempre afinadas y Germany siempre a tono. El bajo metía distorsión cuando debía y yo me perdía poco y nada. Nuestros ensayos eran toques en vivo. Nos clavábamos dos litros de vino y nos poníamos teatrales; con chela y duros, acelerábamos cinco puntos el *tempo*, pero siempre dejando absolutamente todo. Se notaba que vomitábamos aquello con lo que el mundo nos quería atragantar. Esa era nuestra burbuja, ahí éramos otras personas, con un rol, con un papel, con un valor diferente, otra moneda. Así éramos…, al principio.

Ya al año y medio dejamos de detonarnos tanto y empezamos a trabajar en los arreglos de una manera más metódica. Se consolidó un sistema de composición que rara vez se alejaba del camino habitual, el más largo, denso y de un paisaje monótono. Las mismas influencias aparecían en nuevas canciones, no había descubrimientos, no había intento de ruptura. Nos volvimos una fábrica.

En ese tiempo había descubierto de todo: Modern Lovers, Magazine, Tribalistas, Manu Chao, Black Sabbath, Hermética, los Beach Boys, Fred Neil, Velvet Underground, los Strokes, Leonard Cohen, Dr. John, Yeah yeah yeahs, Ratatat, Interpol, Arctic Monkeys, Nacho Vegas, Christina Rosenvinge, entre otros cincuenta y pico más que me partieron la cabeza. Y yo quería un poco de todo en la banda. Entendía la ruptura como una combinación salvaje de influencias con un toque de lo que nos hace únicos, y la música de Los Jugadores ya no era una unión de influencias,



sino una intersección que derivó en nuevas canciones mediocres, estándar y normalizadas para el grupo de amigos y quince o veinte anónimos. Mientras, crecía una escena *indie* de bandas con canciones de letras despreocupadas pero conmovedoras, con ese toque femenino esencial que muchos hombres tienen; y otra de rock popular, con bandas que encontraron una fórmula para agrupar un número considerable de seguidores y recibir, salvo cinco o seis casos, una dádiva de *Agadu*.

Nosotros agarramos por un camino intermedio que nos hizo encajar forzosamente con un montón de bandas pobres en lo musical y muchas veces en lo humano. Un circuito de rock alternativo poco prometedor de bandas que estaban «en la chiquita» con sus veinte, treinta seguidores y no se salían del camino que pusiera en peligro la existencia de ese ínfimo grupo. Dedicaban su tiempo libre fuera de sus probables trabajos administrativos a ensayar un repertorio que les servía para hacer en vivo unos esforzados movimientos medio rockeros que los dejaba ante ese reducido séquito de amigos aguantadores como estrellas de rock al nivel de los Faces cuando Rod Stewart y Ron Wood chocaban sus espaldas y las glamorosas melenas rubia y morocha y se entreveraban formando una bola polimorfa mostaza-dorada, mientras sus rostros sudados, brillantes, apuntaban a los focos de colores allá arriba en el escenario y su mirada quedaba fija por los breves flashes que les recordaban a sus orgías en hoteles cuando dejaban entrar cuatro o cinco *groupies* de la fila habitual y decían: «Listo, man, no dejes entrar más chicas hasta mañana».



FINAL

En el transcurso del 2008 trabajé en dos grandes proyectos. Por un lado, terminamos el primer disco de Jugadores Sensibles llamado sencillamente *Jugadores Sensibles*. Era un típico primer disco que reunía nuestras primeras canciones y no había hilo conductor. Era una ensalada de géneros y texturas, pero con un sonido bastante uniforme que de cierta forma los terminaba uniendo en una obra. Estábamos contentos.

Por otro lado, luego de casi dos años de trabajo, tenía un borrador de mi primera novela. Reunía varios relatos en torno a mi primer trabajo en una transportadora de valores combinado con experiencias personales que me habían marcado. Me faltaba comenzar el largo camino de conseguir editorial o fondos para poder publicarla.

Sin embargo, todo el proceso me había dejado chupado y sentía que debía concentrarme en algo y, en ese sentido, ganó el libro. El rock y el under me tenían cansado. Sentía que no iban a ningún lado y yo estaba en una etapa utilitarista. No hubo necesidad de armar lista de ventajas y desventajas: era evidente. Por mi trabajo, ensayábamos martes y jueves de once a una de la mañana y eso me tenía harto. Era un viaje irse del Cerrito de madrugada y en los últimos meses no tenía ganas de ir a ensayar. Sumado a que era diciembre y uno siempre se replantea todo y normalmente, cuando anda en duda con algo, ese algo se termina dejando.

Entonces entré, les pedí que se sentaran entre la basura y empecé.

—Muchachos…, me voy de la banda.



—¿Cómo? —preguntó Germany.

—Me voy. Estoy cansado. No quiero seguir ensayando ni tocar para veinte personas con arreglos de mierda con los boliches. Todo lo que nos movemos por el facebook y el myspace, salimos a pegar afiches, todo, ¿para qué? Acá no hay gente, tenés que ser un genio para conseguir cincuenta personas.

—Bueno, entiendo —dijo Eduardo.

—No, yo no entiendo —refunfuñó Germany—. ¿Nos dejás ahora con un disco recién terminado? El año que viene lo tenemos que presentar, ¿y el que grabó todas las batas no va estar? ¿Por qué no dijiste antes del disco que te querías ir?

—Porque en ese momento no me quería ir. Mientras grabábamos, me fui dando cuenta y decidí esperar a terminar. Me parece que hubiera sido peor que me fuera en medio de la grabación, ¿no?

—Y sí... —dijo Eduardo—. Para mí estuviste bien. Me duele, pero si te querés ir, no se puede hacer nada.

Germany salió de la sala enojado. Él era muy visceral, impulsivo, no se podía aguantar nada. Cero diplomacia.

—La bata la dejo. No pienso tocar en un tiempo, así que si quieren se las vendo bien barata. Preciso plata para publicar mi libro.

—¿Libro? —preguntó Hansen.

—Sí, escribo hace tiempo y tengo una novela casi terminada. La vengo laburando hace unos años. Ya tengo un borrador para empezar a pulir.

—¿De qué se trata? —preguntó Eduardo.

—Sobre mi primer trabajo y otras cosas, sexo, música, lo que le puede pasar a gente como nosotros.

—Bueno, suerte —dijo Eduardo.

—Gracias. Espero que vaya bien el disco y que siga la banda. Seguramente consigan un batero mejor. Yo soy muy rústico. Cuando prueben a otro, van a ver que yo soy re básico.



DOS AÑOS DESPUÉS

DE LA NOVELA DE NOELIA *Rumiantes talentosos* (Khaleesi Ediciones, 2010)

PROBANDO 1, 2…
En noviembre de 2007 fui a ver a la banda de mi novio. Tocaban con unos españoles muy copados. Fue un toque importante para ellos. En la previa, además de su amiga de toda la vida, Patricia, apareció otra chica, Carolina, con el novio. Durante esos días, así como Marcelo se dio cuenta de que a mí me gustaba su amigo Germán, yo me di cuenta de que a él le gustaba Carolina, pero bueno, tenía novio y estaba de menos. Tal vez no era tan feo, pero cuando empezó a hablar de caballos todo el tiempo perdió el atractivo al instante. ¿Cuánto tiempo se puede hablar sobre caballos?
Poco después le pregunté sobre Carolina. Me dijo que la conoció en el Cambio. Era clienta. Le dije que me había dado cuenta de que le gustaba. Me contó que hace poco ella le dijo que había terminado con el novio y que él la invitó para ir los tres a un toque en Pocitos. La recordaba de mi tamaño, media rubia y bien de adelante. Cuando me comentó eso, supe enseguida que andaba en alguna degeneradez, seguramente quería que termináramos los tres en Mariano Sagasta, así que lo dejé para ver cómo lo concretaba.
Nos encontramos en la plaza Mistral. Marcelo se puso su remera más nueva, una de un gato que vomitaba un arcoiris en una cascada de



leche, bermuda tres cuartos negra y All Star rojos, también nuevos. Yo sentí calor todo el día y me puse un vestido bien fino de tonos marrones que con la luz dejaba todo a la vista. Ya me lo había puesto un par de veces y a Marcelo no le importaba que me miraran. No es que dependa de la opinión del otro, pero es claro que es un embole que el tipo te esté rompiendo los huevos todo el tiempo porque se ve todo. Te arruina la experiencia.

Ella apareció con un vestido parecido al mío, pero blanco. Se le notaba todo mucho más que a mí. Tenía buen cuerpo. Adelante era irresistible: todos los tipos la miraban concentrados, como si quisieran retener la imagen para después.

Me cayó re bien. Conversamos pila. Coincidimos en la opinión de las bandas que tocaron: Chala Madre una mierda; Yunque *maomeno* y Vinilo muy bien. Cuando terminó el toque estábamos los tres colocados de cerveza. Ahí Marcelo se lanzó y dijo: «Che, Carolina, yo vivo medio lejos, pero si querés compramos unas cervezas más y la seguimos en casa, ¿querés?» Ella preguntó dónde vivía y él dijo que en Paso Molino. Pensó un poco y dijo que sí.

Tomamos el 128 y fuimos conversando pila: principalmente de los noventa y del *grunge* y cómo se colaron los Pixies como los raros en todo ese contexto. Marcelo comentó que a esa movida con Pixies como pioneros y luego Weezer y Luna, entrados los noventa, se le llamó School Rock porque fueron bandas que se hicieron populares en las radios locales de las



universidades entre fines de los ochenta y principios de los noventa. También las bandas del *grunge*, las masivas y las que no, como Melvins, fueron parte de esa movida, pero el mercado las colocó en esa marca llamada «Grunge».

Se nos hizo rápido el viaje. Bajamos, compramos cerveza en un almacén por Freire y fuimos para la casa temporal de Marcelo. No sé cómo, pero sabía que ella quería hacer algo raro, como nosotros que ya lo teníamos claro. Estábamos en sintonía. Pusimos música, seguimos conversando del toque, de otras bandas, ella contó su historia tóxica con Hugo, nosotros hablamos sobre nuestra relación y le dimos a entender que éramos abiertos a cosas de tres.

Cuando estábamos ya en el punto de pasar a algo, Marcelo comentó: «¿Vamos al cuarto?» Ella dijo que sí. Fuimos, nos tiramos en la cama y quedamos medio desorientados un rato, conversando de cualquier boludez. En esa, Marcelo, que en estas cuestiones siempre tiraba la primera piedra, dijo: «Caro, mirá…, la idea es juguetear un poco acá nosotros, es la segunda vez que hacemos esto y somos tímidos». Ella se paró, se sacó el vestido y quedó en ropa interior. Marcelo y yo nos paramos e hicimos lo mismo. Entonces Carolina se acercó a Marcelo y lo besó con lengua unos treinta segundos. Después se me acercó y me besó de la misma manera, pero duró más. Después yo besé a Marcelo mientras ella se sacó la parte de abajo. Se quedó solo con el soutien. Yo dejé a Marcelo que se paró para sacarse el bóxer y Carolina y yo quedamos



de rodillas en la cama. Nos volvimos a besar mientras nos acariciábamos. Marcelo se quedó parado tocándose un rato hasta que se acercó, pasó su mano izquierda por mi cuerpo y su mano derecha por el cuerpo de Carolina. Ella se quitó el soutien, me sacó la tanga y me puso boca arriba en la cama. Se acercó a mi entrepierna y empezó a darme besos, primero por los alrededores y después directo en mi clítoris. Ahí empezó a lamerlo como nunca lo había sentido. Sabía exactamente por dónde ir. Era como si lo estuviera haciendo yo misma. Al ratito me incorporé y me puse arriba de ella al revés y empezamos un 69. Me di cuenta de que yo también tocaba los puntos exactos.
Marcelo ya se había puesto cómodo en una silla. La tenía parada, pero parecía estar bien mirando, así que seguimos. Con el 69 llegué dos veces. Salí de encima de ella y me recosté en la cama. Ella se incorporó y acomodó su concha junto a la mía. Con unos movimientos logró dejar su clítoris casi pegado al mío y subía y bajaba con suavidad. Yo también me empecé a mover suave, luego un poco más rápido y al final terminamos las dos a una velocidad supersónica. Llegamos a la vez y pegamos un grito que, de haber sido una tarde primaveral, habríamos hecho que los pájaros salieran volando espantados, pero dado que eran las cuatro y media de la mañana, como mucho le habremos pegado un susto a la vecina que solía darle clases de inglés a Marcelo que, a propósito, ya no estaba en el cuarto. Por eso lo amo.
Me levanté para ir al baño y al pasar por la cocina lo vi sentado tomando un vaso de



vino y leyendo una *Rolling Stone*:

—Te fuiste... —le dije algo sorprendida.

—Sí, vi que estaban bien así. No encontré un hueco para meterme. Linda Carolina, ¿no?

—Me encanta. Rebuena onda.

—Te dije…

Volví al cuarto, me recosté en la cama y Carolina me dio un chuponazo y se levantó, seguramente también para ir al baño.

Pasaron como veinte minutos y empecé a sentir la soledad, así que me levanté para ir a la cocina con Marcelo. Cuando me acerqué a la puerta sentí respiraciones fuertes. Al asomar la cabeza por el marco de la puerta, veo a Marcelo sentado en el mismo lugar donde estaba antes, pero esta vez con Carolina montándolo con intensidad. Enseguida me metí la mano por debajo de la tanga y empecé a tocarme, como en las películas de Salieri. Marcelo parecía estar concentrado únicamente en las tetas. Ella saltaba a buena velocidad. Yo miré todo el tiempo y tuve un tercer orgasmo. Cuando Carolina empezó con los espasmos, Marcelo gimió más fuerte, yo también, hasta que todos llegamos al unísono. Parece que yo grité más fuerte porque, apenas terminada la sentada, los dos giraron y me vieron en la puerta. Yo reí nerviosamente y ellos también. Ya eran las cinco y media. Estábamos agotados, así que nos acostamos. Carolina dijo que se acostaba en la cama del viejo cuarto de la abuela, pero le dije que si quería que viniera con nosotros. Marcelo apoyó. Así que nos metimos los tres en la cama y dormimos abrazados toda la noche.



Sobre el mediodía, Marcelo nos despertó con tostadas y manteca. Luego conectó la compu a la tele y puso capítulos de Monty Python que era su cuelgue del momento. Carolina miró un capítulo de onda, pero cuando empezaba el segundo dijo que no le veía la gracia. Marcelo hizo una mueca, pero enseguida lo detuvo y puso una peli de las que tenía en el disco duro. Nos enganchamos con *El asesinato de Jesse James por el cobarde Robert Ford*. La música de Nick Cave aporta muchísimo a la peli.
De esas noches hubo cuatro durante todo el 2008. Cada una iba mejorando cosas de las anteriores. Marcelo se fue metiendo cada vez más. Con el tiempo, fuimos encontrando una posición favorita que era Marcelo recostado, Carolina o yo montándolo, y Carolina o yo sentada en su cara, que a él le encantaba y a las dos nos hacía llegar al toque. Eso nos permitía vernos con Carolina mientras lo hacíamos y nos besábamos mucho. Todos teníamos dos estimulaciones. A esa altura, después de coger ya conversábamos sobre la idea de tener una pareja de tres. O sea, los tres nos queríamos. Si bien había una relación principal que era la mía con Marcelo, cada vez que nos juntábamos sentíamos que podíamos vivir así, que no era tan descabellado. El ochenta por ciento de la idea era genial, pero había un veinte que no podíamos solucionar. En ese veinte estaban las respuestas a las preguntas: ¿Cómo lo van a tomar las tres familias? En especial la de Carolina y la mía, porque conociendo a los padres de Marcelo, les parecería raro, pero no un escándalo. A la larga aparecería el orgullo de su hijo



bien macho que está con dos mujeres. Después estaba el tema de nuestras amigas. Carolina tenía sus casos que no conocíamos bien; en el mío estaba Constanza, Connie, que estuvo toda su vida con el mismo pibe que conoció en el liceo y que tenían un hijo de cuatro y otro de dos. Cada vez que le tiraba un centro sobre andar de a tres, me decía que era cualquiera, que cómo podía compartir al hombre de mi vida con otra, que cómo podía estar el amor de mi vida cogiendo con otra, que cómo íbamos a hacer si alguna de las dos quedaba embarazada. Connie hacía el máximo esfuerzo para controlar sus impulsos básicos y llegaba a plantearme estas cosas en una bien, pero era obvio que estaba totalmente asqueada con esta situación. Si hubiéramos estado en tiempos de la Inquisición, me mandaba a quemar de una. El hecho de que fuéramos antiguas amigas hacía que, tanto de un lado como del otro, se entendieran los reparos o incomprensiones. Una vez Marcelo me dijo: «Connie está buenísima, pero tiene una personalidad tan de mierda que no me mueve un vello.». Tampoco podía descartar la posibilidad de que Connie quisiera vivir algo de eso.

A principios de 2009, Carolina conoció a un pibe que la flechó mal y lo primero que hizo fue limpiar su historial del 2008. La entendimos. Quiso empezar de cero.

Supongo que ella nunca dejó de sentirse «la de afuera». Claramente mi vínculo con Marcelo ya tenía un tiempo y calculo que para que estas cosas de tres funcionen tiene que haber total equidad. Carolina se fue. Marcelo y yo seguimos. Repetimos



algunas jornadas con un amigo de Marcelo y también con chicas que conseguía el amigo de Marcelo. Eran jornadas larguísimas en las que estábamos todos con todos hasta que nos dolían todos los músculos. Después de esas doce, catorce horas, nos quedábamos recostados en la cama, medio apretados, mirando cosas que elegía Marcelo, por lo general clásicos de los noventa tipo *Terminator 2* o *El Demoledor*.

FIN

Montevideo, sábado 18 de julio de 2020.

Astromulo


Colección **Curva pronunciada**
(narrativa)

1. **Dunumurcu**. Marcos Robledo. Julio 2020.
2. **Filípicas a Montoto**. Piero De Vicari. Octubre 2020.
3. **Cuentos a lo loco**. Lua Acerenza. Noviembre 2020.


Colección **Camino sinuoso** (poesía)

1. **Príncipes decapitados**. Lilián Toledo. Octubre 2020.
2. **Las formas de la tormenta**. Verónica Pellejero. Noviembre 2020.


Colección **Bifurcaciones**
(ensayo, crítica y otres)

1. **Flores negras**. Poesía y anarquismos en el Uruguay del *Novecientos*. Daniel Vidal. Diciembre 2020.